



*Emergencia
de
Amor*

Laura Morales

Copyright © 2014 Laura Morales

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Autora: Laura Morales

Portada: Laura Morales y Carlos Gallego

Ilustraciones interiores: María Parra y Laura Morales

Corrección de texto: Antonia Cuenca Honrubia

ISBN-13: 978-1499263190

ISBN-10: 1499263198

Nº Registro Safe Creative: 1404240649873

AGRADECIMIENTOS

Ante todo quisiera darte las gracias a ti, que vas a dar una oportunidad a la novela, quizá te guste o quizá no, pero no importa, podrás conocer a Mimi y a Gabriel, dos personajes muy importantes para mí.

También tengo que agradecer a Cristina Campos, mi primera lectora (Cris, creo que ni vas a reconocer la novela), Elizabeth Valenzuela, Cristina Calahorro, Mari Lozano, Virginia Sobreira y Aida Pazos por haberme dado su más sincera opinión sobre el manuscrito, y sobre todo por ayudarme a mejorarla.

Sois tantos los que habéis hecho posible que esta novela esté publicada que sería imposible nombraros a todos, pero sí haré mención especial a mis queridísimas María Parra, Lucía Arca y Vanesa Vázquez, por aguantarme tanto con mis dudas y sobre todo, por haberlas solucionado.

Aunque he de reconocer que esta novela no habría salido a la luz sin tener a mi lado a dos personas muy importantes para mí: Olivia Monterrey y Carlos Gallego.

Olivia, gracias por ayudarme con la corrección, sé que te he dado muchísimo la tabarra, pero has hecho un trabajo excepcional, sin tu ayuda no habría sido capaz de sacarla adelante, y no solo te agradezco eso, sino por tu sincera amistad. GRACIAS.

Y a ti Carlos, ¿qué decir de ti? Creo que sobran las palabras, pero sí que te diré algo, gracias por ser mi «enfermero» particular. TE QUIERO.

Gracias a todos los que dedicaréis unas horas de vuestro tiempo. Gracias, de corazón.

A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.

Oscar Wilde

PRÓLOGO

Ya desde muy pequeña, a Myriam Rodríguez le gustaba diseñar los vestidos que les ponía a sus muñecas. Lo cierto era que siempre se le había dado muy bien. Su abuela le decía que había nacido con un gran don, pues toda tela que Myriam tocaba se convertía en una fantástica prenda de vestir.

Carla, su amiga desde la guardería, era de la misma opinión y no paraba de repetir que algún día sería una fantástica diseñadora. Pero Myriam no la creía, era un sueño imposible...

Marta, su madre, conocía a la dueña de una tienda de ropa de una firma bastante popular y le contó que en Toledo, su ciudad, todos los años organizaban un concurso de vestidos y trajes medievales, y, sin dudarlo, apuntó a su hija.

Myriam se enfadó mucho con su madre, pues debía haber contado con ella antes de tomar semejante decisión.

—No seas tan quejica —le regañó Carla—. ¡Anda que si ganas...! Creo que tu madre dijo que eran mil euros... ¡Así podrás comprarte un móvil como el mío! —Le mostró su nuevo teléfono de última generación.

Carla tenía razón... De ese modo, podría enviarle mensajes a Christian, su «novio». No sabía si llamarlo así era lo más indicado en su caso, pero cierto era que, no siendo ni de lejos el más guapo, se portaba muy bien con ella. Ambos tenían diecisiete años y tan solo se cogían de la mano y se daban algunos besos; parecía que ninguno de los dos se atrevía a ir más allá.

Y así, tras un mes y medio de esfuerzo, creó un espectacular vestido: morado, de suave terciopelo y mangas de gasa en unos tonos más claros. Sus padres y Carla la acompañaron a Toledo, donde presentó su diseño. Pero no era la única... Más de cien concursantes, hombres y mujeres, se postulaban en busca del anhelado trofeo, y, por desgracia, con trabajos de gran calidad.

—Cielo, no te preocupes, tu vestido es precioso y seguro que ganas —dijo Marta, su madre, dándole un fuerte abrazo.

—Mira. —Su padre apoyó una de sus grandes manos en el hombro de ella, infundiéndole tranquilidad—. Como vamos a estar aquí todo el fin de semana, vayamos a dar una vuelta por la ciudad, ¿qué te parece? Así estarás más relajada.

La familia vivía en una bonita y cuidada urbanización en la sierra de Madrid. No eran ricos, pero el trabajo de Lolo, su padre, como inspector de la Policía Nacional (dedicado a drogas, contrabando, etc.) les daba para vivir bastante bien. Era rara la ocasión en la que abandonaban Madrid, por lo que aquella excursión iban a aprovecharla muy bien.

Se encontraban en Zocodover, frente al ayuntamiento, donde habían dejado los trajes en una gran sala. Era junio y hacía bastante calor, por lo que, entre el buen tiempo y el

concurso, la plaza estaba abarrotada de gente. Los resultados del certamen serían dados en dos horas; tenían tiempo de sobra.

Lolo, que conocía bastante bien la ciudad, las llevó a la catedral. Myriam se quedó boquiabierta, disfrutando como una niña de la magnífica y bella estructura de los edificios. Lo que más le llamó la atención fue el enorme pórtico, adornado con las esculturas de los santos. Tras ello, visitaron el Alcázar, pero Myriam pasó de largo, pues había visto una bonita tienda de recuerdos donde se maravilló por la cantidad de hermosas espadas que allí había. El dueño disfrutó con ella, pues le pidió que se las enseñara todas. Unos días después sería su cumpleaños y rogó por una a su padre. Después de dejarle claro que eran objetos de exhibición y en absoluto peligrosos, no pudo negarse. Myriam era hija única y gozaba del cariño y atenciones que quería. La muchacha eligió una réplica de Excalibur, aquella de la que tantas leyendas hablan, la que empuñó Arturo Pendragón.

Pasó el tiempo y regresaron a la plaza, donde comenzaron a preparar la entrega de premios. Cada participante debía mostrar su traje caracterizado para la ocasión y defenderlo ante el jurado. Myriam, con ayuda de sus padres, se puso su elaborado vestido mientras Carla soltaba su pelo y se lo peinaba con los dedos como buenamente podía. Myriam tenía unas preciosas ondas que realzaban su melena, convirtiéndola en la envidia de todas las chicas de su clase. Su pelo era castaño y bastante largo, y se lo habían adornado con unas horquillas de flores, pareciendo una auténtica princesa del medievo. Rehusó utilizar maquillaje alguno; bastante ridícula se sentía ya como para echar más leña al fuego.

—¡Buenas tardes a todos! —gritó el organizador del concurso—. Que suban todos los concursantes, por favor.

Myriam ascendió al improvisado escenario, animada por sus padres y su amiga. Desde arriba fue más consciente de la gran calidad y elaboración de los trajes contra los que competía. Era imposible ganar.

—Ha sido muy difícil decidir los dos vestidos ganadores. Como sabéis, el primer premio son mil euros y, el segundo, cuatrocientos cincuenta. Así que después de tanto deliberar, comenzaré con el segundo premio. —Hizo un inciso que garantizaba la expectación, rota solo por unas cuantas toses, hasta que al final habló—: ¡Fernando Ruiz! ¡Enhorabuena!

Todos aplaudieron mientras el hombre, vestido como un auténtico caballero medieval, recogía el cheque y agradecía el premio.

—Y, bueno, lo hemos verificado y hay una jovencita que no llega a la mayoría de edad exigida, por lo que debería estar descalificada.

Esa era Myriam. El alma se le cayó a los pies. Miró a sus padres y a punto estuvo de salir corriendo, pero no le dio tiempo, ya que el juez continuó hablando.

—Pero nos ha dejado impresionados con su traje y, a pesar de no cumplir las normas, solo puedo felicitarla. Myriam Rodríguez, ¡enhorabuena por el primer premio!

Myriam no podía creerlo, ¡había ganado el primer premio! Cuando recogió su

certificado, el trofeo y el cheque, miró a sus padres y a Carla, que le sonreían. En ese instante, supo cuál sería su futuro.

CAPITULO 1

Doce años después, Myriam Rodríguez había conseguido su gran sueño. Desde aquel día en que ganó su primer premio con la confección de un traje medieval, consiguió ahorrar lo suficiente para entrar en la prestigiosa Queen Didiane, una academia de alta costura que había en Madrid y cuyo curso comenzaría al año siguiente.

Una vez regresó de Toledo con el primer premio bajo el brazo y las ideas claras en la cabeza, consiguió trabajo tras trabajo, haciendo trajes de época para series españolas, incluso para fiestas temáticas, bodas y mil cosas más. Para nadie fue un problema el tema de su edad.

Carla seguía sus pasos muy de cerca. Con el dinero que Myriam había ganado, la contrató como ayudante, secretaria y contable, algo que a la chica se le daba estupendamente bien.

Habían viajado mil y una veces a todos los países y ciudades que requerían sus trabajos e incluso acudían a desfiles a los que eran invitadas.

Se estaba convirtiendo, a sus veintinueve años, en una diseñadora de gran prestigio, sobre todo fuera de España. Además, había creado su propia firma: Mimi Rodríguez.

Estaba planteándose la posibilidad de abrir su primera tienda, pero tenía entre manos un vestido de fiesta para una mujer bastante famosa, cosa que le alegró mucho, demasiado, pues era su actriz favorita: Charlotte Thorn.

Había sido recomendada por los diseñadores Victorio y Lucchino, a los que conoció en una de esas fiestas y los cuales habían admirado su frescura y desparpajo.

Tenía tantas ideas, tantos bocetos, pero, no conforme, buscaba la perfección cada día.

Myriam lucía ahora una corta melena ondulada hasta los hombros, que marcaba sus finas facciones, dándole un aire maduro y haciéndole parecer la mujer interesante que en verdad era. Sus ojos negros siempre estaban pintados de colores llamativos, Rimmel y lápiz negro. Se había convertido en una adicta al maquillaje y los perfumes, ¡quién lo hubiese dicho años atrás!

Carla, como buena amiga y secretaria, era tan amante de los cosméticos que entre las dos juntaron una colección impensable de pinturas en su casa.

El padre de Myriam había conseguido un buen puesto en el cuerpo de la policía científica de Nueva York, independizándola de todo. Vendieron su piso en Madrid, pero ella no quiso marcharse de su hogar, por lo que, con el dinero que había ganado con sus múltiples trabajos, compró junto con Carla un chalecito bastante coqueto en la urbanización de al lado. La casa tenía dos plantas y no era demasiado grande. En el primer piso se hallaba el salón, la cocina, un gran baño con bañera y dos habitaciones. La segunda planta anteriormente había albergado dos grandes dormitorios y otro aseo, pero llevaron a cabo algunas obras y la dejaron diáfana, convirtiéndola en el taller de costura de Myriam. Aquel era el lugar donde Mimi pasaba la mayor parte del tiempo, enfrascada en sus

creaciones. En una esquina descansaba una gran mesa llena de papeles y carpetas, y un ordenador de última generación en el que Carla trabajaba. Un enorme armario con puertas de espejo, y repleto de vestidos y trajes que iba confeccionando, recorría la pared de un extremo a otro de la sala. Diversos maniquíes con algunos de esos diseños daban un aire divertido a la estancia. En otra esquina se encontraba la enorme máquina de coser, bastante moderna y muy cuidada.

Aquel día Myriam conducía su brillante todoterreno plateado. Regresaba a casa después de la entrevista con el intérprete del agente de Charlotte Thorn, con el cual habían contactado por medio de una costosa videollamada. Myriam mostró a la actriz sus bocetos y esta se quedó prendada de todos ellos, en especial de uno con escote palabra de honor y color aguamarina. Tenía al descubierto toda la espalda. Era un vestido recto, de seda, y, donde terminaba el escote, salía una pieza también de seda que hacía de cola, bastante larga y cómoda. Myriam estaba muy contenta, pues, desde luego, ese era uno de los mejores bocetos. El agente le había entregado un cheque de diez mil euros por el traje, pero ella no quiso aceptarlo. La actriz le insistió en ello y ya no pudo negarse.

Llevaba la música a toda pastilla. Mark Anthony y su salsa la animaron todavía más.

En ese momento sonó su teléfono móvil y, tras bajar el volumen, activó el manos libres.

—¿Sí?

—Ey, Mimi, ¿cómo ha ido la videoconferencia? ¡Me tienes en ascuas!

Carla, su mejor amiga y confidente no tenía paciencia, cosa que hizo sonreír a la chica.

—Uuuuy, tienes a Mark Anthony de fondo... Eso quiere decir...

—¡Elegió el aguamarina!—gritó Myriam eufórica.

Carla la imitó.

—¡Qué bieeeeeen! ¿Y qué más?

—Carla, voy de camino a casa, ahora te cuento.

—Ten cuidado, llueve mucho.

—Lo sé, tranquila.

De repente, Carla escuchó un grito, seguido de un frenazo y un fuerte golpe.

CAPITULO 2

Otra vez aquella maldita pesadilla. Gabriel no podía evitar soñar con ese momento. Lo recordaba como si fuese ayer. Aquella escena le perseguiría por el resto de su vida... Cuando tenía doce años, al regresar del colegio, encontró a su padre borracho, como tantas otras veces. Ya estaban acostumbrados a ello, pero esa vez fue diferente... Tomás López, un reconocido policía de Ponferrada, donde la familia vivía, había enloquecido de la noche a la mañana. Llevaba de baja por depresiones al menos dos años por culpa del estrés en el trabajo. La muerte de su compañero Marcos había sido el detonante de aquel estado en que se había sumido. Se sentía culpable por ello, haciendo su única cura el alcohol. Lara, su madre, tenía miedo de su marido, pues no era la primera vez que le levantaba la mano.

Ese día, Tomás estaba fuera de sí y más borracho que de costumbre, razón por la que comenzó a discutir con Lara. Ahí empezó todo... Cogió a su esposa del cuello y lo apretó con todas sus fuerzas. Ariadna, su hija, tres años mayor que Gabriel, gritaba cuanto podía mientras le tiraba del pelo intentando que soltara a su madre sin conseguir nada, solo cabrearle más aún.

Gabriel corrió a socorrerla cuando oyó los gritos, pero, al entrar en la cocina, el panorama era desolador: su madre yacía sin vida en el suelo y su padre sujetaba con brutalidad a su hermana del cabello.

El odio hacia ese hombre se incrementaba segundo a segundo, por lo que no lo dudó. Abrió el cajón de los cubiertos y agarró un afilado cuchillo. Cerró los ojos y, con un grito, clavó el frío acero en la garganta de su padre, quien soltó a Ariadna. La muchacha, atemorizada, cayó al suelo entre lágrimas mientras abrazaba el cuerpo inerte de su madre.

Miró a su hermano, que con sus manos temblorosas sostenía el cuchillo cubierto del rojo líquido. El cadáver de su padre estaba a sus pies, sobre un charco de su propia sangre.

Entonces entró la policía, alertada por los vecinos. Vieron al muchacho con el arma en la mano y los ojos anegados de lágrimas.

A los agentes no les hizo falta preguntar nada en ese momento, pues imaginaban lo sucedido.

Tras llamar a los familiares de los niños, condenaron a Gabriel a cuatro años de reformatorio, mientras su hermana era enviada con sus tíos maternos.

Fue un entierro sencillo, pues no querían que nadie acudiese. Los niños no pudieron asistir, tan solo recordar lo que su padre había hecho los derrumbaba.

Pasaron los años. El reformatorio era un lugar horrible, donde únicamente había delincuentes. Él no lo era, no había maldad en su corazón, pero lo tachaban de asesino.

Allí sus notas empeoraron, hasta que un día, cuando cumplió los dieciséis, tuvo una visita inesperada: su hermana Ariadna, que contaba entonces con diecinueve. Había conseguido hacerse cargo de él hasta que cumpliera la mayoría de edad con ayuda de su

tío, que ejercía la abogacía.

Gracias a Dios: si tenía que estar dos años más ahí, no sabía si lo hubiese soportado...

Ariadna, aconsejada por la familia, había vendido el pequeño piso donde vivían y se marcharon a Madrid con los parientes que acogieron a la muchacha durante aquel tiempo. En ese momento, despertó. En realidad, alguien lo sacó de esa horrible pesadilla que le perseguía cada vez que cerraba los ojos.

Hacía seis años que se había ido a vivir con su hermana Ariadna a un chalecito de alquiler en la sierra de Madrid. Les gustaba mucho la naturaleza y allí tenían de sobra.

Desde aquel día, Ariadna había comenzado a trabajar como recepcionista en la administración en el nuevo hospital que abrieron a las afueras de El Escorial, lugar en el que residían.

Era un hospital muy moderno. Tenía un gran módulo cuadrado de dos plantas y, sobre él, otra estructura redonda, simulando una gran plaza de toros, que, completamente cubierta y con grandes cristalerías, dejaban pasar la luz natural. El interior, de vidrio blanco y negro, y las cómodas salas de espera con sillones, le daban un aire sofisticado.

En esa estructura crecía un pequeño jardín con rosales y árboles frutales.

Además de urgencias y rehabilitación, tenía una planta especial para consultas y ambulatorio. Contaba con cien habitaciones individuales, un gran helipuerto, *parking* y modernos aparatos para las operaciones.

Tres años más tarde Gabriel tenía su título de enfermero, pues le gustaba ayudar a las personas. Desde que salió del reformatorio su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Tras tanto tiempo de psicólogos, decidió estudiar y trabajar, ya que quería ser algo en la vida, y ¿qué mejor que alguien que auxilia a la gente? En su oficio la psicología era algo muy importante, tanto que, si un profesional lo ayudó a él, ¿por qué él mismo no iba a ayudar a otros?

Su hermana le consiguió un puesto en el hospital, pero a él se le hacía muy raro pasar las veinticuatro horas del día con ella.

—Vamos, Gabi, tu turno acabó hace horas. —Era su hermana Ariadna—. Te he traído un café, si coges la moto tendrás que estar despierto.

Gabriel se incorporó en el sofá donde se había quedado dormido. En un principio, no recordaba en qué lugar se encontraba, hasta que vio más camas, una pequeña cocina con microondas y algunas neveras: la sala de descanso del personal del hospital.

Ariadna le ofreció el café bien cargado, como a él le gustaba.

—No tendrás un Donut por ahí, ¿no? —pidió Gabriel.

Su hermana sonrió, sacó de su bolso un paquete y se lo ofreció.

—Uno no, tres. Sé que no has cenado, me lo ha chivado Miguel.

—Puto bocazas...

Miguel era su compañero de trabajo y mejor amigo. Cuando Gabriel entró a trabajar en el hospital, Miguel ya estaba allí. Era celador.

Su amigo tenía el pelo rubio y corto y unos increíbles ojos azules. Era tan alto como él y también delgado. Ariadna estaba loquita por él desde hacía tiempo, pero nunca se había atrevido a decirle nada. En ese momento, el aludido entró en la sala y encontró a ambos sentados en el sofá. Les sonrió.

Gabriel y su hermana se parecían muchísimo. Los dos tenían el pelo rubio oscuro y los ojos azules como el mar. El cabello de él era largo, el cual siempre peinaba hacia atrás y recogía en una coleta, dándole un aspecto divertido, pues siempre acababa despeinado. Era más alto que su hermana y su cuerpo parecía sacado de un catálogo de modelos de ropa interior. Se había pasado años en el gimnasio, formando ese cuerpazo, lo que lo había convertido en un mujeriego indomable. Tenía por costumbre no acostarse nunca con la misma chica.

Miguel, al contrario, era un chico un poco tímido y le costaba mucho relacionarse íntimamente con las mujeres. Él buscaba su media naranja, no alguien con quien divertirse una noche y luego olvidarse de ella.

Por otro lado, Ariadna tenía el pelo largo y liso, casi hasta la cintura. Era alta y tenía sus curvas, algo que a Miguel le encantaba.

—Buenos días —saludó Miguel—. ¿O son noches? Ya no sé ni qué hora es.

—Son las cuatro de la mañana, chaval —respondió su amigo—. ¿Entras de guardia?

—Noooooop —dijo, alargando la vocal—. Me pasé por aquí porque tengo una amiga en urgencias. ¿Nos vamos?

—Ariadna, ¿te llevo? —le ofreció a su hermana, quien aceptó. No le gustaban para nada las motos, pero no tenía otro transporte y menos a esas horas.

Los chicos se quitaron sus uniformes del hospital y se pusieron su ropa de calle. Cuando acabaron, Ariadna los esperaba en la puerta del hospital, fumándose un cigarrillo.

Su hermano la miró con mala cara: no le gustaba que fumara. Ella le sacó la lengua. Gabriel le dio uno de sus cascos a la chica, que apuró su cigarro, y se lo puso. Estaba muy divertida, pues sus mofletes se apretaban contra él. El chico sonrió mientras se colocaba el suyo.

Se sentó en su preciosa Kawasaki Ninja 250R de color negro. Le había costado muchas horas extras en el hospital poder pagarla.

Cuando Miguel apareció delante de ellos con su viejo Seat Ibiza, Ariadna se montó tras su hermano y se agarró con fuerza a su cintura. Gabriel aceleró y alcanzó a su amigo.

—¡Nos vemos en base! —gritó Miguel para que su amigo pudiese oírle.

Los dos jóvenes, además de trabajar en el hospital, eran técnicos de emergencias médicas y voluntarios en una base de socorros y emergencias de El Escorial, cercana a donde ellos residían. Ellos eran los primeros que llegaban a los accidentes con su ambulancia.

Era algo que les gustaba mucho y que se les daba bastante bien, además de ganar algo más de dinero. Como eran voluntarios, no tenían horario fijo ni trabajo impuesto, sino que iban cuando les apetecía o tenían huecos libres para hacer las guardias.

Cuando llegaron, Gabriel dejó a su hermana en casa y después se marchó a la base, donde Miguel lo esperaba ya con el uniforme puesto. Gabriel se cambió y aguardaron junto a sus compañeros a que la central los llamara.

Nada más sentarse en el sofá, la radio sonó.

— Central para bravo 70. Adelante para bravo 70 —dijo alguien al otro lado de la radio.

—Afirmativo sierra. Bravo 70. Base operativa —respondió Silvia, que les acompañaba esa noche de guardia.

—Bravo 70, su móvil en la carretera del puerto de El Escorial. Accidente de tráfico, coche despeñado por barranco. Mujer, único ocupante atrapada en vehículo. Bomberos y UVI en camino.

—Recibido —Silvia cortó la comunicación.

Gabriel y Miguel se miraron y sonrieron. Les encantaba salir de urgencias. Miguel se frotó las manos.

—¡Fiesta! —gritó el chico.

Gabriel despertó a sus otros dos compañeros de dotación e, inmediatamente, montaron en la ambulancia. Las luces y la sirena les abrieron paso.

Había parado de llover, pero, aun así, la calzada estaba bastante mojada. La carretera del puerto era peligrosa, pues tenía muchísimas curvas y ningún tipo de iluminación, excepto la de los vehículos. Cuando la ambulancia llegó al lugar del accidente, aún no había ningún otro servicio de urgencias ni bomberos ni policía.

Los técnicos no dudaron en bajar del vehículo y, preparados con sus linternas, se adentraron entre los árboles que el todoterreno se había llevado por delante.

El descenso fue dificultoso, pues además de ir cargados con los botiquines, el tablero espinal, el *ferno ked*, el collarín cervical y las linternas, los matorrales se enganchaban en las mangas de sus polos, además de hundirse en el barro. Los pinos también complicaban el acceso al lugar del accidente, tan solo un vehículo apartado, cuyo conductor había sido testigo del incidente.

Normalmente, a aquellas horas y con la oscuridad, algunos animales salvajes salían a cazar o a beber agua a los arroyos, por lo que también tenían que estar atentos.

Con la luz de las linternas pudieron valorar un poco la situación. El vehículo se había estampado contra un gran árbol, destrozando por completo el morro. Por el estado de la carrocería, había dado varias vueltas de campana hasta empotrarse en el tronco. Alumbraron dentro del coche y pudieron ver a la mujer.

Por suerte, el airbag había saltado, salvándola de salir disparada contra la luna delantera. Miguel abrió la puerta del conductor y observó a la conductora. Su cara estaba cubierta de sangre. Siguiendo el protocolo de emergencias, Miguel examinó bien a la chica, que respiraba con dificultad. Tenía una fractura abierta en su brazo izquierdo.

—¡Respira! —gritó el muchacho.

Tenían que sacarla rápidamente de allí, no podían esperar a los bomberos.

Miguel se adentró con dificultad en el vehículo por la puerta trasera y se situó tras el asiento donde la mujer se encontraba. Gabriel se puso de rodillas en el asiento del copiloto y, mientras su compañero sujetaba la cabeza de ella, le colocó con cuidado el collarín.

—Hola, somos médicos, no te preocupes. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Gabriel.

—Miiiiiiiiiiii. —Ella no podía hablar, tenía una fuerte opresión en el pecho que le impedía respirar bien.

—Miguel, creo que se nos va —dijo Gabriel.

Silvia, el otro técnico, ayudó a Miguel a colocarle bien el collarín para que no le apretara.

La accidentada se retorció de dolor y comenzaba a sentir que se ahogaba, asustando a los técnicos.

—¡No puede respirar! —gritó Silvia—. ¡Hay que sacarla de inmediato!

La sacaron rápidamente del vehículo, sin pararse siquiera a intentar detener la hemorragia de su brazo. Gabriel desabrochó el cinturón de seguridad que sujetaba a la muchacha al asiento.

Mientras, Silvia y Miguel intentaban girarla sobre el asiento, con cuidado de no hacerle demasiado daño. Según ellos la giraban y la sacaban, Gabriel estiraba sus piernas.

Cuando los pies de Myriam tocaron el asiento, el chico salió del coche y corrió hasta donde Miguel y Silvia la sujetaban. Colocó el tablero en el suelo y entre los tres tumbaron a la muchacha sobre este. Entre los cuatro técnicos intentaron subir el terraplén hasta la ambulancia, cargando con el tablero y la chica, pero la tierra se hallaba demasiado mojada y sus pies se clavaban en el barro, dificultando el ascenso.

Decidieron atenderla ahí mismo.

Miguel sacó el kit de oxigenoterapia dispuesto a usarlo, pero, de pronto, la mujer dejó de respirar.

—¡Mierda! ¡No respira! —gritó Gabriel.

En seguida, Miguel comprobó que no ventilaba y, segundos después, introdujo una cánula de Guedel en la boca de Myriam, manteniendo abiertas sus vías aéreas, comenzando así el protocolo de RCP. Inmediatamente, tras descubrir el pecho de la chica, comenzó con las compresiones.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —dijo hasta treinta veces.

Entonces Miguel agarró el balón resucitador situándolo sobre la boca y la nariz de la muchacha y le insufló aire. Mientras tanto, Silvia se apresuró a preparar el DESA⁽¹⁾ en el torso descubierto de Myriam. Durante ese tiempo, el conductor de la ambulancia se comunicaba con la UVI, que no tardaría en aparecer.

Había comenzado a llover de nuevo, calándoles el agua hasta los huesos. Estaban

cubiertos de barro, lo que dificultaba sus movimientos.

—¡Vamos! ¡No te vayas, mujer! —dijo Silvia mientras presionaba la arteria más cercana y oprimiendo la herida, esperando que esto fuera suficiente para parar tan escandalosa hemorragia. Ella sabía perfectamente que si no lo conseguía, el trabajo de reanimación de sus compañeros sería en vano. Ciertamente era que estaba acostumbrada a ese tipo de cosas, pero siempre se le hacía un nudo en el estómago. Aun así, era su deber separar los sentimientos del trabajo.

Pero Myriam seguía sin respirar. Gabriel sentía su corazón latir a mil por hora, tenía que hacer lo que fuese por salvarle la vida a esa mujer. Era joven y tenía un largo futuro por delante.

—Gabi, ha perdido mucha sangre. Va a ser complicado recuperarla... —dijo Silvia, poniendo su mano sobre el hombro del chico.

—La esperanza es lo último que hay que perder, ¿no? —respondió él, más serio de lo normal.

Tras diez minutos de compresiones e insuflaciones, Gabriel empezó a desesperarse. A punto estuvo de tirar la toalla, pero tras una última descarga del desfibrilador la chica recuperó espontáneamente la respiración con una gran bocanada de aire que la devolvió a la vida. Por un segundo, abrió los ojos y pudo ver la mirada de Gabriel, su salvador, que la tapaba con una manta, evitando que la lluvia continuase empapándola.

La UVI no tardó en llegar. Varios bomberos habían bajado para recuperar con la grúa el coche donde Myriam viajaba, pero, antes de eso, ayudaron a los técnicos a subir el tablero con la chica hasta la carretera y la introdujeron en el interior, llevándola al hospital. La ambulancia de Gabriel y Miguel los siguió. La Guardia Civil que vigilaba el paso impidiendo que hubiese más accidentes les abrió el camino.

Los sanitarios de la UVI que iban con Myriam la valoraron exhaustivamente, confirmando la grave hemorragia producida por la fractura abierta de su brazo izquierdo.

Le hicieron una primera cura, tratando de evitar que se desangrara, pero resultaba complicado.

Una vez en el hospital, entraron en urgencias, donde se encargaron de ella con rapidez. Poco después, una enfermera avisó por megafonía de que las reservas de sangre estaban agotadas, pidiendo que algún donante de sangre de tipo O negativo acudiese urgentemente a información. Gabriel, que estaba terminando de rellenar el parte del accidente, oyó el aviso y, tras entregarle el papel a Miguel, se acercó a información, donde una enfermera esperaba a algún donante.

—Yo soy donante —le informó.

—¿Cuánto tiempo hace que has donado? —preguntó la enfermera.

—Más de tres meses.

La sanitaria, aliviada, lo cogió del brazo y ambos subieron al primer piso. Le pasó con prisa a la sala de donaciones, donde ya había otras enfermeras preparando todo para la extracción.

Quince minutos más tarde, Gabriel ya estaba fuera. Quiso acercarse a averiguar quién era la persona que necesitaba su sangre, pero no le fue posible. Como cada vez que donaba, empezó a marearse, por lo que se marchó a la sala de descanso y se tumbó en el sofá.

Su móvil sonó y vio en la pantalla que se trataba de Miguel. Le indicó dónde estaba y este se plantó allí con un refresco y un bocadillo de tortilla de patatas para su amigo.

CAPITULO 3

Un horrible dolor en su extremidad izquierda le hizo despertar. Cuando abrió los ojos lo primero que vio fue su brazo escayolado desde los dedos hasta el codo. Intentó incorporarse, pero no pudo: tenía demasiados cables alrededor de los brazos y en su nariz.

Myriam miró en derredor y descubrió que se encontraba en la habitación de un hospital. A la derecha, pudo ver a Carla tumbada en un sofá. Estaba dormida y con mala cara.

La chica se incorporó un poco y el dolor le arrancó un quejido, el cual despertó a su amiga. Al verla consciente, se levantó de inmediato del sofá y se acercó a ella. El pelo negro de Carla estaba completamente despeinado y sus ojos negros y rasgados, ojerosos.

—¡Mimi! Cielo, ¿estás bien?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Myriam.

—¿No recuerdas nada?

—Recuerdo que hablábamos por teléfono y después... el coche patinó. Di un volantazo intentando no salirme de la carretera, pero no recuerdo nada más...

—Te saliste de la calzada y te caíste por el barranco. El coche está destrozado.

—Por Dios, Carla, ¡mira mi brazo! ¡Ahora no podré coser el vestido para Charlotte!

—¡Myriam! ¡No me jodas, por Dios! Has estado muerta durante al menos diez minutos, ¿y solo te preocupa el puñetero vestido? —le gritó su amiga.

Myriam se echó a llorar y Carla le pidió disculpas por haberle alzado la voz. Estaba muy preocupada por ella, pues llevaba tres días sin despertar.

En ese momento, entró el doctor con un montón de papeles en la mano. Uno de ellos era la radiografía de su brazo. Se la mostró y Carla tuvo que apartar la vista. Tenía el cúbito y el radio rotos en tres partes.

—La operación ha durado más de cuatro horas, tuvimos complicaciones. —La cara de Myriam fue preocupante—. Perdiste demasiada sangre en el accidente. Nos quedamos sin reservas, pero, por suerte, encontramos un donante a tiempo. Has estado más de setenta y dos horas inconsciente. Deberás llevar la escayola como mínimo dos meses.

—¡Eso es imposible! ¡Tengo que entregar un vestido en menos de un mes! —dijo ella.

—Lo siento, querida, pero tendrás que hacer reposo. Enseguida te traerán la medicación. Seguro que te está doliendo.

El médico se marchó y las dejó solas, pero al poco entró un enfermero para suministrarle calmantes, ya que le harían falta.

Carla le explicó a su amiga que había avisado a sus padres, pero Lolo estaba «de misión» y no podrían viajar, por lo que Myriam le pidió que los llamara para decirles que se encontraba bien. Su compañera así lo hizo, pero, finalmente, ella misma acabó

hablando con ellos.

Se enfadaron mucho con la joven y aunque sabían lo importante que era el encargo de la actriz, su vida había peligrado. A punto había estado de morir.

Su madre se echó a llorar, agradeciendo al cielo que estuviese viva. La muchacha no pudo evitar deshacerse también en lágrimas. Por desgracia, Carla era una sentimental y lloró con ellas en silencio.

Una semana más tarde, Myriam salió del hospital. Le mandaron un fuerte tratamiento para calmar el dolor. Carla sabía que no se lo tomaría y que, si lo hacía, no cumpliría con los horarios, por lo que ella misma se encargó de suministrarle la medicación a su amiga y jefa.

Aquella mañana cuando Carla la llevó a casa en su BMW, lo primero que hizo al llegar fue subir a su taller de costura e intentar hacer algo.

Llevaba el brazo en cabestrillo, pero inmediatamente se lo quitó, cogiendo la tela aguamarina para empezar a hilvanar el vestido.

Se sentó en la butaca y trató de poner la tela sobre la máquina de coser, pero le fue imposible, ya que con la escayola era incapaz de girar la muñeca, además de que le dolía si forzaba la extremidad.

Carla la vio allí arriba y le echó una buena bronca, pero a Myriam realmente no le importaba lo que su amiga le dijese. Tenía en su bolso un cheque de diez mil euros y no pensaba devolverlos. Eso lo tenía muy claro.

Tras discutir con ella, Carla se marchó enfadada, dejándola sola en el taller. Myriam se acercó al armario y se miró en el espejo. Tenía la cara y el cuello llenos de cortes. Varios moratones «adornaban» su esbelto cuerpo. Y lo peor de todo era su brazo. Había buscado en internet imágenes de fracturas abiertas y se le había encogido el corazón. Podría haberlo perdido. Podría haber sido peor. Había estado muerta unos minutos y, si no hubiera sido por los servicios de emergencias, estaría muerta y no preocupándose por no poder confeccionar a tiempo un vestido para una *celebrity*.

Debía estar agradecida por encontrarse ahí en ese preciso instante.

Una llamada telefónica interrumpió sus pensamientos. Era su padre. Llamaba desde el destino inconfesable de su misión, pidiéndole que le dijese la verdad, si se encontraba bien o no, pues, si no, dejaría todo, incluso su importante cometido para ir con ella. Pero Myriam no iba a permitir que su padre perdiera el trabajo y aquella gran oportunidad. Realmente se encontraba bien, aparte de los dolores, y no necesitaba ayuda. La verdad era que no precisaba de sus padres. Era libre y podía hacer cuanto quisiera.

Ella y Carla mantenían un pacto: ninguna preguntaba si la otra llevaba «amigos» a casa. Eran dos mujeres maduras y no tenían que darle explicaciones a nadie.

Tras treinta minutos hablando con su padre, al fin colgó. Luego, llamó a su madre y le pidió que cancelara el vuelo a Madrid, pues no hacía falta que gastara tanto dinero. Su madre no quiso hacerle caso, era su única hija y tenía que cuidar de ella. Myriam, después

de más de tres cuartos de hora, consiguió convencerla. Por suerte, podría cancelarlo sin ningún tipo de cargo.

Nada más colgar, aliviada, bajó a la cocina y allí encontró a Carla, que no le dirigió la palabra. Cuando Myriam se enfadaba lo mejor era no contradecirle ni cabrearla aún más. Era como una fiera a punto de atacar. Ya lo comprobó una vez y las dos acabaron recogiendo trozos de vasos que tiró al suelo.

Cierto era que Carla tampoco era una santa. De su boca podrían salir toda clase de insultos e improperios. Aun así, eran las mejores amigas que podían existir.

—Carla, necesito tu ayuda —dijo por fin Myriam, bastante seria.

—No me pienso meter en la ducha contigo otra vez, maja —respondió su amiga sin mirarla, pero Myriam sabía que se estaba riendo.

—No es eso, tontaina —suspiró—. Necesito encontrar a quien me salvó la vida y agradeceréelo.

Carla dejó lo que estaba haciendo y se giró. La miró a la cara mientras elevaba una ceja.

—No me mires así, no he dicho nada malo —se defendió Myriam.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar...

—Pooooorfaaaaaaaaaa. —Su amiga puso carita de niña buena, pestañeando mil y una veces. Cuando ponía aquella cara, Carla no hacía otra cosa que echarse a reír.

—No me seas boba... Y quita esa expresión, estás horrible. —Al ver que su amiga no se deshacía de esa estúpida mueca, le arrojó un trapo a la cara—. Está bien, lo haré. Me deberás una, so perri.

—¡Graciaaaaaaaaaaaaaaaaaas! —Se levantó y la abrazó como pudo, estando a punto de darle un escayolazo en la cara.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Carla separándose de ella.

—Fácil, preguntando en el hospital.

—¿Fácil, dices? ¡Pero si no sabemos quién te encontró!

—Para eso ya estás tú: tienes tiempo libre, así que ¡hale, ponte a buscar!

—Mimi, esto te va a costar muy, pero que muy caro...

—Si lo consigues, te daré el cinco por ciento de lo que me pagan por el vestido de Charlotte.

—El cincuenta.

—Veinte.

—Cuarenta o si no, no lo hago.

—Perra chantajista...

—Es lo que hay, monina.

—¡Hecho!

Ambas se dieron un apretón de manos, formalizando el trato. Carla era magnífica con los acuerdos y los chantajes. Por eso aún seguía siendo amiga de Myriam.

—Y ahora... ¡fiesta! —gritó Myriam, poniendo la música a toda pastilla.

Estaba contenta por seguir viva y quería festejarlo. Su alegría inundó la casa y su amiga no pudo evitar mover las caderas con ella.

CAPITULO 4

Aquella mañana Gabriel no estaba de humor. Apenas había pegado ojo por culpa de sus vecinas: un par de brujas solteronas que le hacían la vida imposible. Necesitaba dormir, pues llevaba más de veinticuatro horas trabajando y tenía que descansar, pero aquellas dos insufribles tenían la música a toda pastilla, haciendo que *Baloo*, su gran pastor alemán, se pusiese nervioso y ladrara sin parar, algo que le molestaba mucho. A él no le gustaban los animales, tener que cuidar de ellos era todo un incordio, pero fue su hermana Ariadna quien lo quiso y no pudo negarse. Por desgracia, ver aquel cachorrito con tan solo un mes le había ablandado el corazón. Habían pasado cuatro años y, aunque le costara reconocerlo, le había cogido cariño.

Decidió acercarse a la casa de enfrente y darles cuatro voces. Se levantó de la cama y, sin quitarse el pijama, salió de su habitación y bajó al piso inferior.

Baloo corrió a saludarle. Su hermana no estaba en el salón ni en la cocina. Posiblemente, estuviese durmiendo. A Ariadna no había nada ni nadie que la despertase. Ni siquiera una bomba.

Abrió la puerta de la casa y cruzó la calle. Tenía que haberse puesto la cazadora, pues hacía bastante frío. Se plantó delante de la puerta de sus vecinas y apretó el timbre, manteniéndolo pulsado un buen rato, hasta que las chicas apagaron la radio y una de ellas se acercó a la entrada.

Myriam abrió la puerta sonriendo, pero su sonrisa se desdibujó al ver al idiota de su vecino.

Gabriel llevaba el pelo suelto y despeinado. Se había quitado las lentillas y llevaba unas enormes gafas de pasta de color negro. Parecía un empollón. Un empollón demasiado *sexy*. Llevaba puesto un pantalón de pijama largo y una apretada camiseta blanca de manga corta, que se ajustaba a la perfección a sus definidos músculos.

Myriam se quedó embobada por unos segundos, pero enseguida se espabiló.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó ella, apoyándose en el marco de la puerta mientras escondía su escayola tras ella.

Gabriel la miró de arriba abajo con mala cara, hasta que se detuvo en el pecho de la muchacha. Vestía una camiseta de tirantes bastante escotada y, para colmo, no llevaba sujetador, así que los suaves pezones se marcaban bastante.

Por un instante, se imaginó saboreando aquellos pechos, pero borró de su mente esos pensamientos al notar como lo que tenía entre las piernas empezaba a cobrar vida propia.

—Yo... ¡vengo a deciros que bajéis esa horrible música! ¡Hay gente que necesita dormir después de trabajar toda la noche! —gritó él, intentando evitar mirarla a la cara, pues, si lo hacía, sabía que no iba a ser precisamente a los ojos.

—Lo siento, pero son más de las doce de la mañana, la hora de respetar el horario ha pasado. Además, estoy en mi casa y hago lo que me sale del mismísimo.

—¡Serás...! —se mordió la lengua. Lo hacía para picarle, de eso estaba seguro—. ¡Bah! Sois unas brujas de mucho cuidado. ¡Ateneos a las consecuencias!

—¡Fíjate cómo tiemblo! —Fingió que le bailaban las piernas, cosa que enfadó a Gabriel.

Él se marchó y Myriam cerró la puerta con una sonrisa. Carla, que estaba escondida tras la puerta, se rio, contagiando a su amiga. El chico era un bombón, pero resultaba un poco tonto...

Gabriel regresó a su hogar, cerrando de un golpetazo la puerta. Ariadna asomó la cabeza por la cocina y lo vio apoyado en el marco.

—¿De dónde vienes? ¿Ocurre algo? —quiso saber ella mientras le daba un trago a su café.

—Estoy harto de esas dos brujas. Hace un momento tenían la música a toda leche y no podía dormir, ¡y lo necesito!

—Bueno, por lo menos tienes el día libre, puedes dormir a lo largo del día.

—No sé qué he hecho para merecer esto...

—Lo sabes perfectamente, no te hagas la víctima.

Fulminó a su hermana con la mirada, pero ella le ignoró y comenzó a comerse una tostada con mantequilla y mermelada. Por mucho que le pesara, tenía razón.

Cuando se fueron a vivir a la urbanización, los dos hermanos montaron una megafiesta a la que acudieron todos los jóvenes de allí. Ni siquiera los conocían, pero eso no importa cuando eres joven y tienes ganas de marcha.

A Gabriel se le fue la mano con la bebida y, sin ser consciente, se plantó en casa de sus vecinas y orinó en las bonitas plantas y flores que crecían en el paseo del porche a la puerta. Después, se dedicó a pegar patadas a las figuritas de porcelana que tenían en el jardín, convirtiéndolas en un *puzzle* irreconocible. A las chicas, quienes estaban asustadas, tan solo se les ocurrió activar los aspersores, mojándole por completo. Su hermana tuvo que ir en su busca, pues se había escurrido con las baldosas del paseo y se había caído, haciéndose un esguince.

Desde aquel momento, se había declarado la guerra... Al menos una vez por semana discutían por algo, aunque fuera una tontería.

—Me largo —dijo Ariadna, dándole un beso en la mejilla y marchándose—. No me esperes para comer, he quedado con las enfermeras de planta para tomar algo.

Se había quedado solo, era su día libre y ya no podía dormir. Se dio una ducha lenta y, tras ponerse un chándal, salió al jardín y abrió la gran puerta del garaje donde Ariadna guardaba un pequeño y horrible coche morado que le regalaron hacía años, pero que no funcionaba. Gabriel se lo iba arreglando poco a poco. Le gustaba mucho la mecánica y no se le daba nada mal. A su lado, lucía la enorme y brillante Kawasaki Ninja negra.

Cogió su caja de herramientas, puso la minicadena y la música de Mago de Öz sonó con fuerza. Abrió una pequeña nevera que tenían en el garaje y cogió una cerveza sin alcohol. Desde aquel mal trago con la fiesta y las vecinas, juró que no volvería a beber. Ni

siquiera en las celebraciones.

Al otro lado de la acera, Myriam y Carla espiaban a través de la ventana al «cuerpazo» que tenían por vecino. Las dos estaban locas por echarle un buen polvo, pero habían hecho una promesa: nunca lo harían y más después de las que montaban cuando discutían. «Se mira, pero no se toca», reían las dos.

Horas más tarde, Carla se acercó al hospital. Si conseguía averiguar quién era el «salvador» de su amiga, antes podría volver a sus cosas. La verdad era que Myriam la metía en unos líos alucinantes...

Se acercó a Administración y esperó a que la atendieran. Allí había cuatro chicas. Una de ellas le resultó familiar, pero no sabía de qué. Quizá ella estuviese cuidándola el día en que su amiga tuvo el accidente.

—Hola, buenos días —saludó Carla—. Mire, hace unas semanas ingresó una amiga mía por un accidente de coche. Bueno, pues mi amiga se ha empeñado en mostrar su gratitud a quien le salvó la vida.

—Mire, señorita —respondió la mujer, que se sorprendió al verla. Ariadna se había dado cuenta de que era una de sus vecinas, «las brujas», como Gabriel las llamaba. Se puso las gafas de su compañera para que no la reconociese. Veía fatal, pero debía aguantar unos minutos—. No puedo facilitarle el nombre de los enfermeros así como así, lo siento.

Carla pilló la indirecta rápidamente, sacó de su bolsillo cien euros y se los entregó con disimulo.

—Dígame, por favor, el nombre del paciente —pidió Ariadna.

—Myriam Rodríguez Cruz.

La muchacha tecleó el nombre en el ordenador y miró la ficha. Efectivamente, se trataba de su vecina. Continuó cotilleando su expediente. Había estado jodida de verdad, a punto de morir. Gracias a Dios, sobrevivió gracias a una RCP y una transfusión de sangre... ¡de su hermano! No se lo podía creer, él había sido quien le salvó la vida en dos ocasiones, al sacarla del coche y al donarle su sangre. Cuando se lo contara a Gabriel no iba a creerla. ¡Qué narices!, no se lo diría, que sufriese un poco, se lo tenía merecido.

—Mire, es complicado, tengo que ver la ficha completa y comprobar qué técnicos, enfermeros y médicos la atendieron —le informó Ariadna. Quizá así consiguiese que la chica le diese algo más de dinero, que la verdad, le vendría muy bien.

Carla puso los ojos en blanco. Había reconocido a la chica. Era su vecina, debía ser la hermana del bombón de pelo largo que vivía frente a ellas, pues se parecían muchísimo. Sacó de su bolso una chequera y su bolígrafo preferido de Tous y, tras rellenar un cheque, se lo entregó a la enfermera, que sonrió y se lo guardó distraídamente en el bolsillo.

—Dígale a su amiga que se pase el viernes por la noche a partir de las ocho. Yo estaré aquí y le diré quién es, pero, sintiéndolo mucho, no podré revelarle su nombre.

—¡Perfecto! Gracias y que tengas un buen día, vecina.

Carla se marchó, enfadada con su amiga, pues su petición le había costado quinientos euros. Además, estaba flipada por haber descubierto que su vecina trabajaba en el hospital.

Ariadna tragó saliva. A pesar de haberse puesto las horribles gafas, la había descubierto, pero realmente no le importó, pues había conseguido una buena cantidad llevando a cabo lo que más le gustaba: hacer rabiar a su hermanito. Normalmente, era él quien hacía las bromas. Ahora era su turno. Sabía que se podía meter en un gran lío si la pillaban dando esa clase de información.

Carla llegó a casa y le contó a Myriam lo que había pasado y qué tenía que hacer.

—Me debes quinientos euros, gorda —le dijo Carla tras contarle todo.

Carla era una mujer muy cariñosa, a todo el mundo le ponía el apelativo de «gordo» o «gorda», sin tener nada que ver con su forma física. A Myriam le hacía gracia, pues su amiga siempre la llamaba como quería: unos días «perra»; otros, Mimi; y otros, como esa vez, «gorda».

Cierto era que su amiga se merecía ese dinero y mucho más. Estaba nerviosa, pues al fin podría agradecer a su ángel de la guarda que le hubiese salvado la vida. Pero ¿y si era una mujer? En realidad, le daba igual, el agradecimiento no entiende de sexos.

Pasaron dos días y, al fin, llegó el viernes. Myriam estaba muy nerviosa, tanto que no sabía ni qué ropa ponerse, por lo que optó por un vestido rojo de punto por encima de las rodillas y unos zapatos de tacón bajo a juego.

Carla se ofreció a llevarla en su coche, ya que ella no podía conducir a causa de la escayola. Cuando entró en el hospital, Ariadna, que estaba en Administración, la vio entrar. Le quitó de nuevo las gafas a su compañera, que en ese momento había salido a fumarse un cigarrillo, y se las puso. Se hizo un moño alto para que no reconociese su pelo suelto y esperó a que se acercara.

Carla no quiso pasar, la esperaba fuera, a ver si caía algún enfermero o médico que curase su «ardor». La puerta de urgencias siempre era un buen sitio para ligar con algún sanitario.

Myriam se acercó al mostrador y Ariadna la miró con esas horribles gafas. Myriam no se había quitado las suyas de sol, estaba un poco nerviosa y la oscuridad de los cristales le inspiraba un poco de confianza, pero, aun así, ella también reconoció a su vecina.

—¿Eres Myriam? —preguntó Ariadna. La aludida asintió.

Ariadna se levantó y salió del mostrador, acercándose a ella. Myriam era bastante más alta que ella. La escudriñó de arriba abajo. Parecía una modelo.

Miró hacia el pasillo por si veía a su hermano, pero no había rastro de él. Al cabo de unos minutos, este salía de una de las salas y les daba la espalda.

—Es el enfermero de la coleta. No puedo decirte su nombre, lo siento —le dijo Ariadna. Si supiera su nombre, se liaría parda.

—Gracias, no te preocupes. —Fingió no reconocer a su vecina. Ya se lo agradecería en otro momento.

—Dale las gracias a tu amiga. Y gracias a ti también.

Ariadna regresó a su puesto, dejando sola a Myriam. Esta se armó de valor y, lentamente, se acercó a él.

CAPITULO 5

Gabriel acababa de visitar a uno de los pacientes que había en urgencias. Le esperaba una horrible noche: se había levantado de mal humor sin saber realmente por qué y su estado de ánimo probablemente le traería más de un problema.

Sin darse cuenta, se chocó con alguien. Cuando se levantó las gafas, que se le habían bajado hasta la punta de la nariz, se encontró con Maika, su última adquisición.

Maika era una auxiliar de enfermería de maternidad. Era menuda y bonita, y con un buen par de «razones» para acostarse con ella. La muchacha le sonrió, pasando por su lado e ignorándole. Gabriel recordó las magníficas cosas que ella le hizo con su boca. El recuerdo de aquel momento le hizo ponerse cachondo. Lo que le faltaba: acababa de empezar la noche con un irrefrenable deseo...

No debería hacerlo, era su regla número uno: no repetir. No podía permanecer así toda la noche o acabaría muy mal... Pero le daba igual, a la mierda sus reglas, esa noche lo necesitaba.

Se volvió en busca de Maika y ante él se encontró a una muchacha aún más atractiva que su anterior ligue. Llevaba gafas de sol a pesar de estar dentro del edificio. El vestido rojo de punto se ajustaba a sus curvas y su pelo castaño brillaba en unas increíbles ondas.

Su entrepierna se movió.

—Buenos días —saludó Myriam—. Mira, voy a ir directa al grano: hace unas semanas me salvaste la vida. —Le mostró la escayola del brazo—. Tuve un grave accidente de coche y gracias a ti y a tu sangre estoy viva —sonrió.

¿Él la había salvado? Hizo memoria y se acordó del aparatoso accidente en el que un todoterreno se salió de la carretera. ¿Se trataba de ella?

Myriam se acercó un poco más a Gabriel y apoyó su mano buena en el pecho de él.

—Quería darte las gracias de corazón. Ojalá salves siempre a la gente con esa gran dedicación y cariño. Seguro que habrá muchas personas que te lo agradecerán.

Se puso de puntillas, pues, aun con los tacones, él seguía siendo más alto que ella, y le besó en la mejilla. Sus gafas sufrieron un encontronazo y ambos sonrieron.

Gabriel se dio cuenta de que tenía la sonrisa más bonita que había visto en su vida.

—Me gustaría invitarte a comer o a cenar algún día —le dijo ella, apartándose un poco—. Sé que con ello no voy a compensar lo que hiciste, pero es un comienzo, ¿no?

Myriam lo cogió de la mano y le dio un apretón. Su corazón palpitaba demasiado rápido. Su salvador no era otro que su vecino, el idiota *sexy* con el que discutía diariamente, pero ya era demasiado tarde para retirar el agradecimiento, por lo que deseó para sus adentros que él no la reconociera y la mandara a la mierda.

—Encantada, enfermero sin nombre —sonrió otra vez, cosa que derritió al chico.

Era muy, pero que muy *sexy*, y también guapa, y su entrepierna estaba de acuerdo.

Gabriel miró hacia los lados para que nadie pudiera verle y, sin soltar la mano de ella, la guio hasta la sala de descanso, donde entraron sin dar la luz.

—Lo siento, princesa, pero llevo varias semanas sin sexo y te has cruzado en mi camino —dijo él con tono sensual y echando el cerrojo a la puerta.

A Myriam no le dio tiempo a protestar cuando él la empujó hasta la pared y, segundos después, notó los labios del chico en su boca. Quiso apartarse, pero ella también llevaba días sin un ligue y decidió que aprovecharía la situación. Tiró su bolso al suelo y se dejó hacer.

La lengua del chico jugueteó con la de ella. Mientras la besaba, Gabriel masajeó con una mano los pechos de la muchacha mientras con la otra le quitaba las gafas y se quitaba él también las suyas.

Myriam notó como la sangre le bajaba al brazo escayolado y comenzaba a dolerle y él se dio cuenta, por lo que, con suavidad, le colocó la mano sobre su fuerte hombro para que así descansara un poco. Ella se agarró con el otro brazo al cuello del chico. Él la atrajo hacia sí con una mano sobre el perfecto trasero de la chica.

La joven notó la dureza de la entrepierna de él, que pedía a gritos ser liberada.

Gabriel, con cuidado, le quitó el vestido desde abajo, dejándola en sujetador y tanga. Con tanta oscuridad no podía ver de qué color era la ropa interior de ella, pero no le importó.

Delicadamente, le quitó el sostén y le besó los pechos. Myriam notaba como se humedecía. Sus pezones se endurecieron, cosa que a él le encantó, y comenzó a lamerlos y succionarlos, arrancando un gemido a la chica.

Ella lo apartó y le intentó quitar la camisa del uniforme, pero con la escayola no era capaz, por lo que él mismo se desvistió. Pasó su mano buena por el curtido pecho del muchacho hasta llegar a sus abdominales perfectamente marcados. Como diría su amiga Carla: «En esa tableta de chocolate lavaría mis tangas.» U otra de sus ocurrencias: «Me pasaría todo el día lamiendo esa tableta». Recordar esos comentarios le hizo sonreír.

Gabriel no iba a aguantar mucho más, pero debía hacerlo, ya que también le gustaba complacer a sus amantes, por lo que deslizó la mano hacia el bajo vientre de ella, apartando la fina tela del tanga y acariciando el pequeño botón del placer.

Myriam se estremeció al sentir aquel contacto. El chico sabía lo que hacía. Lo masajeó con suavidad y después con rapidez, sin dejar de besarla.

Continuó besando el cuello de la chica y también sus hombros, hasta que gimió de satisfacción. Gabriel se percató de lo húmeda que ella estaba y deseó hacerla suya en ese mismo instante, pero, antes de continuar, se apartó. Ella sabía qué buscaba.

—En mi bolso —dijo Myriam sonriendo—. En uno de los bolsillos de fuera.

Gabriel se apartó y se agachó a recoger el bolso de la mujer. Encontró allí donde le había indicado su preciada búsqueda.

Una cosa era que le gustara el sexo y, otra, que no fuera responsable. Sabía

exactamente a qué se enfrentaba si no usaba los preservativos y, como suelen decir: chico precavido vale por dos. En este caso, ella había sido la previsora al llevarlos. No habría podido resistir más si no hubiese tenido la «gomita».

Se acercó de nuevo a ella y se lo entregó. Lo sujetó con la mano escayolada mientras con la otra intentaba bajarle el pantalón y el calzoncillo. Al hacerlo, notó la dureza de su miembro, deseoso de meterse en su «cueva».

Lo masajeó durante unos minutos y Gabriel suspiró.

—No voy a poder resistir mucho más —dijo él en un susurro.

Myriam sonrió y lo besó con avidez. Sus lenguas jugaron como si no existiese otra cosa mientras ella le colocaba con destreza el preservativo.

No aguantó más, la levantó con urgencia y, sin esfuerzo alguno, la colocó sobre sus caderas. Estaba tan húmeda que entró sin ninguna barrera o impedimento.

Apoyó la espalda de ella nuevamente en la pared mientras la embestía una y otra vez. Myriam lo besó mientras él se adentraba en ella sin detenerse. Jamás había sentido algo así. Le hacía el amor con suavidad y a la vez con intensidad. La estaba volviendo loca. Por segunda vez en unos minutos, alcanzó el orgasmo. Él, al darse cuenta de como se contraían los músculos de ella, no pudo evitarlo y su orgasmo también llegó.

Extenuados, se quedaron quietos unos momentos, aún apoyados en la pared. Myriam continuaba con las piernas alrededor de las caderas de él. Si hubiese sido por ella, se habría quedado ahí para toda la eternidad. Había sido el mejor polvo de su vida: misterioso y *sexy*. No era igual que con sus otros ligues, pues al resto solía cortejarlos usando sus armas de mujer, pero con este no le había hecho falta.

Gabriel la apartó de él y la dejó con suavidad en el suelo. La besó con dulzura y, tras recoger su ropa y el envoltorio del preservativo del suelo, se marchó al baño.

Myriam se colocó la ropa apresuradamente y se peinó como pudo. Esperaba no tener pinta de haber hecho lo que había hecho.

Recogió su bolso y sacó su agenda. Arrancó un trozo de papel, escribió en él y, tras terminar de colocarse bien el vestido, retiró el pestillo de la puerta y salió, vigilando que no la hubiera visto nadie.

Corrió hasta donde su amiga la esperaba, quien, al ver la sonrisa de ella, se imaginó que habría conseguido hablar con su salvador.

Cuando Gabriel salió del baño y encendió la luz, esperaba que ella continuase allí, pero se equivocaba. En su lugar había una nota. La agarró antes de que nadie la viese y la leyó.

Estaba escrita con una bonita letra curvada:

«Ha sido un placer el haberte agradecido que me salvaras la vida. Si sigue en pie la cena —o lo que sea— escíbeme: *mrc@gmail.com*».

No decía nada más. Se guardó la nota en el bolsillo del pantalón. Estaba muy seguro de

que le escribiría un *email*. ¿O no debería? Y si lo hacía, ¿qué le iba a decir? ¿Que le encantaba ese chochito dispuesto a todo? ¿O simplemente le agradecería la invitación a la cena, pero que ya estaba servido?

Se puso de nuevo las gafas y se hizo la coleta. Era una pena no haber sabido quién era.

Salió de la sala y se chocó con Miguel.

—Tío, llevo un buen rato buscándote. ¿Dónde estabas? —le regañó su amigo.

Gabriel sonrió, recordando lo que acababa de suceder en la sala de descanso.

—Nada, estaba en el baño —mintió él.

—No te estarías tocando, ¿verdad, pervertido? —rio su amigo.

—Bueno, no en realidad... Realmente, me han tocado a mí...

—¡Por Dios! ¡Has tenido sexo! ¡Ya era hora, tío! Pensaba que al final ibas a ir a por mí y ya estaba empezando a asustarme...

—¡No me seas idiota! ¡Mariconeos los justos!

—¿Quién es ella? ¿Otra de nuestras enfermeras?

—No tengo ni idea.

Gabriel recordó que ella le había comentado lo del accidente del barranco. Podría averiguar su identidad, pero su hermana no se lo permitiría.

Mejor así. Le encantaba el misterio.

CAPITULO 6

Descubrir que su vecino era aquel enfermero tan *sexy* le había dado unas energías enormes. Myriam estaba sentada frente a su máquina de coser y, aun doliéndole el brazo horrores, confeccionaba el precioso vestido de color aguamarina para su actriz favorita.

Había conseguido hablar con su agente para contarle lo de su accidente. Charlotte, que se encontraba con él en ese momento, no dudó ni un instante en hablar directamente con ella, preocupándose muchísimo por su salud, incluso más que por su vestido o su gran fiesta.

Hablar con la actriz le había levantado en buena medida el ánimo, por lo que no salió del taller durante una semana. Quería acabar el traje cuanto antes.

A pesar de las inmensas broncas que Carla le echaba, a ella no le importaba: estaba tan animada que nada le impediría terminarlo de una vez. Utilizaba a su amiga de modelo, a la que, a pesar de que no le dijese nada, le encantaba hacer de maniquí.

Durante ese tiempo, Myriam no se había acordado de su *sexy* salvador, pues no pensaba en otra cosa que en metros de tela y pedrería.

Aquella semana había sido muy dura para Gabriel. No había tenido apenas descanso entre el trabajo del hospital y las guardias con la ambulancia. Cierto era que su trabajo en la base no era obligado: se trataba de algo voluntario y lo hacía porque le gustaba.

Pero habían tenido mala suerte y durante esos días fallecieron varios pacientes. Uno de ellos, un niño de siete años que padecía una rara enfermedad. Era su trabajo y estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones; sin embargo, no podía evitar recordar su pasado.

Su hermana se enfadaba mucho con él, porque aunque Gabriel intentase evitar contarle nada, Ari siempre terminaba por enterarse sin saber cómo.

—Gabi, eres idiota, ¿lo sabías? —le gritó Ariadna—. Como vuelva a enterarme de que te escondes en el baño a llorar como una nenaza, te juro que a mí no me vuelves a ver el pelo.

Gabriel miró a su hermana. Estaba muy seria y supo que decía la verdad. Era algo que le gustaba de ella: la sinceridad de sus palabras. Y su genio. Cuando se enfadaba había que temerla más que a cualquier otra cosa. Por eso era su hermana mayor. Y por eso la quería. Sin embargo, sabía que Miguel era un bocazas, siempre se chivaba a Ariadna de lo que hacía.

Al no contestarle, Ariadna comenzó a ponerse roja a causa del cabreo, cosa que a Gabriel le hizo tanta gracia que no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —inquirió ella.

—¡Tu cara es un poema! Estás más roja que un tomate, hermanita —rio él.

Ariadna, mosqueada porque su hermano estaba pasando de ella, se levantó y le dio una

fuerte colleja en la nuca, haciendo que desapareciera la sonrisa de su cara.

—¡Au! —se quejó Gabriel, frotándose la nuca dolorida—. Ya he pillado la indirecta, pedazo de bruta...

—Y ahora, largo de mi vista. Date una ducha y vete a la cama a dormir. Tienes varios días libres, así que descansa. Para tu desgracia, tengo una semana de vacaciones. Te estaré vigilando muuuuuuuy de cerca —le amenazó.

Gabriel le sacó la lengua y ella se incorporó. Estaban en la cocina y, para evitar volver a darle una colleja a su hermano, se puso a fregar los platos.

El chico se levantó y se acercó a ella en silencio por la espalda y, cuando menos se lo esperó, le pellizó los mofletes, haciéndole daño. Ella se volvió con las manos llenas de espuma y se las plantó en la cara, sacándole ella ahora la lengua.

Eran como dos niños grandes.

—¡Lárgate de aquí o ponte a fregar! —le reprendió Ariadna.

Gabriel odiaba lavar los platos, así que desapareció de la vista de su hermana *ipso facto*.

Subió a su habitación y se dispuso a ordenarla, pues parecía una leonera: ropa tirada por todas partes, libros por el suelo, el escritorio y las sillas, CD sin cajas... Vamos, un auténtico desorden.

Cogió su uniforme del hospital, que estaba sobre la cama, y lo arrugó. Tenía que poner una lavadora inmediatamente. Un papel cayó al suelo, pero él no se dio cuenta.

Recogió toda la ropa sucia y bajó a la cocina, metiéndola en la lavadora bajo la atenta mirada de su hermana, que le vigilaba para que lo hiciese de forma correcta. Ya la había liado a los pocos días de comprar el electrodoméstico: por poco inundó la casa. Cerró bien la puerta de la lavadora, echó el gel en su lugar correspondiente y, poco después, le dio al botón de encendido.

Bien. No la había armado.

Ariadna se acercó a él y le besó en la mejilla. Eso significaba que, efectivamente, lo había hecho bien.

Tiró de nuevo a su hermana de los mofletes y subió de dos en dos los escalones hasta su habitación, donde, al entrar, encontró un papel en el suelo. Se agachó y lo recogió. Tras desdoblarlo y leerlo, se quedó boquiabierto.

Era el *email* de aquella chica con la que se acostó en la sala de descanso. Se había olvidado por completo de ella.

Pensar en la mujer y lo que había hecho con ella le hizo removerse incómodo, pues cierto era que le había gustado. Mucho. Demasiado...

«Ha sido un placer el haberte agradecido que me salvaras la vida. Si sigue en pie la cena —o lo que sea— escíbeme: *mrc@gmail.com*».

Leyó la nota una y otra vez. No sabía qué hacer. Repetir no era lo suyo, pero había algo en ella que le atraía bastante, y eso le sacaba de sus casillas. ¿Qué era eso? ¿Quizá estaba madurando?

—¿Madurar? ¿Yo? —se dijo a sí mismo—. ¿Podría ser verdad?

Entró en el cuarto de baño de su habitación y se miró en el espejo. A pesar de llevar las gafas puestas, pudo ver las enormes ojeras bajo sus ojos. Tenía una pinta horrible. A su hermana no le faltaba razón, necesitaba descansar.

Dejó la nota en la mesilla de noche y se tumbó en la cama, boca arriba y con las manos bajo la cabeza. Observó unos instantes el techo, de donde pendía un enorme póster de Mago de Öz, y cerró los ojos. Ni siquiera se quitó las gafas. De repente, le entró sueño y no pudo evitar quedarse dormido.

Horas más tarde despertó. Miró a su alrededor, pues no recordaba dónde estaba. Cuando vio que se hallaba en su habitación, suspiró aliviado. Había soñado que se encontraba en el hospital y que se volvía a topar con la paciente misteriosa. Volvió la vista hacia la mesita de noche y comprobó que ahí seguía la nota de la chica.

Se sentó y la cogió y, sin dejar de leerla una y otra vez, se sentó frente al ordenador, apartando todos los trastos que inundaban la mesa. Necesitaba verla, quería volver a hacerle el amor sí o sí. Nunca le había ocurrido algo así. La deseaba.

Encendió el ordenador y abrió la página del correo electrónico. Tecléo la dirección de ella y se dispuso a escribirle, pero... ¿qué le diría? ¿Debía ser directo? Aun así, si quería repetir, tendría que ser amable y tratarla bien, porque si la hacía enfadar, podría ser capaz de dejarlo allí plantado con el calentón. Era una tía, y todas las tías tenían un genio increíble... No, no sería directo, intentaría cortejarla. ¿Cortejarla? ¿Había salido de su mente esa palabra? ¿Desde cuándo la usaba?

—Madre mía, creo que maduro por segundos —rio.

No se lo pensó dos veces: escribió el *email* y, sin ni siquiera revisarlo, pulsó el botón de enviar. No había marcha atrás. No sabía si deseaba esperar una respuesta o no... Pero ella había dado pie a una nueva «cita»...

Myriam había terminado de hacer fotos al precioso vestido que había creado. Desde luego, tanto su amiga como Charlotte lucían el mismo tipo, aunque la actriz tenía algo más de pecho.

Carla provenía de una familia humilde. Era adoptada. Sus ojos pequeños y rasgados y el pelo negro como el carbón fueron las primeras cosas que llamaron la atención de Mimi. Carla era diferente a las demás niñas, por lo que tener una amiga japonesa para ella fue alucinante, sobre todo en el instituto, pues siempre llamaban la atención, en su mayoría la de los chicos. Gracias a ella, Mimi descubrió lo que era el *sushi*.

Mientras su amiga se desprendía con cuidado el vestido, Mimi descargaba las fotos a su

ordenador y, tras elegir las mejores y retocarlas un poco, se las envió a la actriz. Deseaba con ganas que le gustaran. Carla le había dicho que ella querría uno así para el día en que se casara (civilmente, por supuesto) con el hombre de sus sueños, el cual aún no había aparecido. Cómo no, Myriam estaba encantada con la idea.

De repente, saltó un aviso en su pantalla: tenía un *email* nuevo. Cruzó los dedos para que fuese la actriz o su agente dando el visto bueno al vestido. Comprobó el asunto y la dirección de correo del remitente y no era la que esperaba.

«Reunión», ponía en el mismo. ¿Reunión? ¿Tenía una y Carla no le había dicho nada? Curiosa, abrió el *email*, llevándose una agradable sorpresa:

Hola, princesa:

No sabía si escribirte este *email* o no... Pero lo hice. Me gustaría tener otra «cita» contigo. Si te apetece, nos vemos este sábado en el hotel Santa Bárbara, a las afueras de El Escorial. A las 23:00 h. Habitación 28. Pide una copia de la llave en recepción. La reserva está a nombre de Dorian Gray.

Te espero allí.

Firmado: Tu enfermero sin nombre.

Myriam rio ante la ocurrencia del nombre: Dorian Gray, el personaje principal de su libro favorito. Y la firma... ¿Era el enfermero del hospital y también su vecino! Sonrió nuevamente, pues deseaba volver a verle. Y besarle. Y desnudarle y...

—Myriam, por Dios, termina primero el vestido y luego piensa en el sexo —se dijo a sí misma cerrando el correo.

Y lo intentó. Trató de continuar con su encargo, pero no pudo. Aún era martes y ya empezaba a sentirse nerviosa. ¿En serio iría? ¿Y por qué no? Esto era mucho más excitante que pasarse la noche en una discoteca intentando buscar un ligue. No le había hecho falta utilizar sus encantos y eso le parecía muy, muy *sexy*. Sentirse deseada por un hombre así como así era algo que le subía la moral.

Leyó otra vez el correo, pero apareció Carla por la puerta del desván de improvisado y la asustó. Cerró rápidamente la bandeja de entrada.

—¿Qué te pasa? —preguntó su amiga, sin entender por qué se ponía nerviosa.

—Na-nada... Le envié las fotos a Charlotte y estoy esperando su correo. Estoy atacada. No sé si le gustará...

—Tranquila, ten paciencia, ¡sabes que las estrellas se hacen de rogar!

Carla tenía razón, así que tendría paciencia. Todavía debía aplicarse el cuento con su cita del sábado.

CAPITULO 7

La semana se le hizo eterna a Gabriel. Había tenido mucho trabajo, pero no en el hospital, sino en la base donde era voluntario con Miguel.

Habían asistido a dos parturientas. Una de ellas dio a luz en la ambulancia, la cual fue atendida por él y una compañera. Miguel prefirió quedarse fuera calmando a los maridos. Habían tenido, además, cuatro heridos por arma blanca y dos accidentes de coche, por suerte, nada graves.

Era viernes por la noche y también su último turno. No trabajaría hasta el lunes siguiente en el hospital.

No había olvidado ni por un segundo su cita con aquella paciente tan sexy y misteriosa, y ya empezaba a impacientarse. Deseaba verla y desnudarla. Le haría sentirse deseada. Le haría esas cosas con las que llevaba todo el día fantaseando.

Su amigo Miguel notó su nerviosismo, pues estaba bastante distraído.

—Gabi, tío, ¿se puede saber qué te pasa? Te estoy hablando y no me haces ni puñetero caso —le regañó el chico.

—Lo siento, tío, es que... He vuelto a quedar con aquella misteriosa paciente.

—¿La del accidente de coche? —Gabriel asintió—. No me jodas que desde entonces no te has liado con ninguna...

Gabriel negó. Miguel estaba asombrado.

—¡No me lo puedo creer! ¡Gabriel López sin sexo en casi dos semanas! —Su amigo le dio un puñetazo en el hombro—. ¡Auch! Lo siento, tío, pero estás cambiando...

—No es cierto. Soy el mismo de siempre.

—No te lo crees ni tú, chaval. Tiene que tener entre las piernas algo que te vuelve loco...

—¡No es eso, cacho imbécil! Quiere invitarme a cenar y agradecerme de nuevo el haberla salvado. Lo cierto es que la vez anterior me pilló un poco cachondo y no le dejé ni hablar... Pero esta vez lo haré, dejaré que diga lo que necesite. Tan solo será una cena de agradecimiento, nada más.

—Yaaaaaaaa —respondió Miguel, alargando la palabra—. Y si surge algo, que surja, ¿no?

—No sé si quiero que ocurra algo —mintió. ¿Por qué le mentía a su mejor amigo? Tenía toda la razón del mundo. Quería... No, no quería: deseaba que ocurriese algo entre ellos.

Miguel lo dejó por imposible. Gabriel era un hombre al que un par de tetas le ponían bien cachondo y, por lo visto, esa mujer las tenía, así que no dudaba del final de la velada, pero no quiso seguir metiendo cizaña. Si ocurría algo, tenía por seguro que su amigo se lo

contaría.

Tras acabar su turno, cada uno se marchó a su casa.

Cuando Gabriel llegó al hogar, subió directo a su habitación. Era tarde y su hermana ya estaría durmiendo, por lo que intentó no hacer mucho ruido. Lanzó la bolsa de la ropa de trabajo sobre la cama y fue directo a la ducha. Abrió el grifo y permitió que el agua ardiendo le relajara.

No podía dejar de pensar en las curvas de aquella mujer. Había algo en su interior que le hacía desear saber mucho más de ella.

Cuando su cuerpo se relajó, se secó a conciencia, y, tras ponerse el pantalón del pijama y una camiseta con el nombre de otro de sus grupos favoritos, Metallica, empujó la bolsa de la ropa al suelo y se tumbó en la cama. Estaba agotado, por lo que enseguida cayó en los brazos de Morfeo.

Cuando despertó eran más de las tres de la tarde. Menos mal que tenía el fin de semana libre y no le importaba levantarse a la hora que fuera, pero esa noche tenía una cita. Deseaba que aquella mujer misteriosa acudiese al hotel donde habían quedado. Se había gastado un dineral en reservar una *suite* con *jacuzzi* y una succulenta cena, por lo que rezaba para que se presentase.

Se desperezó y se puso en pie. Abrió la puerta de su habitación y no oyó ruido alguno. Su hermana seguro que también estaba durmiendo. La despertaría para preparar algo de comer. Se había levantado con bastante hambre por culpa de los nervios.

Se acercó a la entrada del cuarto de su hermana y golpeó tres veces, dándose cuenta de que apenas habían sonado, por lo que abrió la puerta despacio.

—Ari, voy a... —no pudo continuar hablando. ¡Su hermana estaba desnuda y tirándose a un tío!

La chica se dio cuenta y, rápidamente, se quitó de encima del chico, tapándose con las sábanas.

—¡Gabriel! ¡Por Dios! ¡Fuera de aquí! —gritó ella, espantada.

Su hermano no sabía dónde meterse, le había fastidiado la cita a su hermana. Miró de soslayo al hombre, intentando identificarle, y, para su sorpresa, se trataba de alguien que conocía muy bien: Miguel.

Su asombro fue aún mayor al verle en la cama de su hermana.

Cerró la puerta, estupefacto y a la vez enfadado, pero la volvió a abrir.

—Os espero a los dos inmediatamente en la cocina —ordenó Gabriel, más serio que nunca.

Tras ello, dio un portazo.

—Joder... —Miguel estaba muy asustado, nunca había visto a su amigo así—. Creo que la he cagado...

—Tranquilo: perro ladrador, poco mordedor —le calmó Ariadna.

La chica se levantó y puso una silla en la puerta, a modo de «pestillo». Así no podría volver a entrar. Luego, regresó a la cama.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —dijo ella, picaronamente.

—Ari, no...

—Ah, ya recuerdo. —Lo besó con pasión.

Él no pudo resistirse y continuaron con lo que estaban haciendo unos minutos antes, esta vez, sin interrupciones.

Gabriel estaba en la cocina, intentando preparar una buena cazuela de espaguetis a la carbonara. Le gustaba cocinar y le relajaba, cosa que necesitaba en esos momentos.

No podía creérselo. Miguel había traicionado su confianza, ¡se había acostado con su hermana! Por otra parte, se alegraba de ello, pues no habría persona más idónea para Ariadna que él.

Un buen rato más tarde, la pareja bajó a la cocina entre risas y abrazos. Al ver a Gabriel cruzado de brazos, se separaron inmediatamente. Miguel abrió la boca para hablar, pero su amigo no le dejó.

—No digas nada, Miguel, creo que ya he visto suficiente —dijo él, muy serio—. ¡No puedo creerlo, joder! ¡Te he abierto las puertas de mi casa! ¿Y así me lo pagas? ¡¿Follándote a mi hermana?!

El celador no se atrevió a abrir la boca. Estaba totalmente acojonado, nunca había visto a su amigo tan enfadado.

—Gabi, ya soy mayorcita para hacer lo que me venga en gana, ¿no crees? ¿Acaso te digo yo algo cuando te traes amiguitas a casa? —se defendió su hermana.

—Solo lo hice una vez, ella estaba muy borracha y no ocurrió nada esa noche. Lo sabes perfectamente.

—¿Y tengo que creerlo? —La chica se cruzó de brazos.

Ariadna tenía razón. Él era un mujeriego, no podía evitarlo.

—Gabriel, Miguel y yo nos queremos, y seguiremos juntos digas lo que digas —sentenció su hermana.

—¿Incluso si me largo y desaparezco? —La voz de Gabriel era triste y enfadada a la vez.

—Incluso con eso. Soy feliz y creo que lo merezco.

Esa era la prueba y su hermana la había superado. Si ella era feliz, él también. Ya habían sufrido demasiado.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó por fin Gabriel, visiblemente más calmado.

—Casi cuatro meses—respondió ella, mirando a su pareja.

—¿Cuatro meses? ¡Por Dios! ¿Tanto tiempo engañado? —Se tapó la cara, resignado. Su hermana sonrió—. ¿Vais en serio? No pienso volver a pasar por esto ninguna vez más.

Miguel, que había estado callado hasta el momento, no pudo evitar contestar por ella.

—Gabi, quiero a tu hermana como nunca he querido a nadie. Y sí, vamos en serio. Ojalá dure mucho tiempo, porque te prometo que la quiero de verdad.

La chica, al oír esas palabras, sonrió y le abrazó, dándole un dulce beso en los labios.

—¡Puaj! ¡Dejad de hacer eso, por favor! Necesito asimilarlo. —Se sentó en la mesa y se sirvió los espaguetis—. No pienso ser vuestra chacha, así que sentaos y comed o me lo comeré yo todo —les regañó Gabriel.

Ariadna, sonriendo, se acercó a su hermano y, tras darle un fuerte abrazo, le propinó un sonoro beso en la mejilla y se sentó a su derecha. Miguel lo hizo frente a su chica, a la izquierda de su mejor amigo.

Gabriel observó la forma en que la pareja se miraba y se percató de que una punzada de envidia comenzaba a recorrerle el cuerpo. ¿Envidia? ¿En serio? Se sorprendió a sí mismo imaginándose que era él quien agarraba la mano de aquella misteriosa mujer de pelo castaño.

Con el cabreo se había olvidado de su cita.

—No me esperéis esta noche, tengo una cita —dijo Gabriel.

Miró suplicante a su amigo, pidiéndole silencio sobre quién era la dama en cuestión.

—¿Ah, sí? —rio su hermana—. Pues nada, diviértete. —Le dio un codazo—. Ah, y a ver si encuentras ya a la idónea, que me hago vieja ¡y quiero ser tía!

Ese comentario le hizo mucha gracia a Miguel, que se rio con ganas. Gabriel puso los ojos en blanco y siguió comiendo, ignorando por completo a su hermana.

—Por cierto —comentó Gabriel—. Cómprate un cerrojo para tu habitación.

—Paso —respondió Ariadna—. Deja de abrir la puerta de mi cuarto y no te llevarás sorpresas desagradables.

El chico gruñó. Ariadna tenía razón. La próxima vez llamaría a la puerta y la colgaría de las orejas si llegaba a quejarse por los golpes.

Todavía eran las diez de la noche y Myriam no sabía qué ponerse. Lo único que tenía claro era que su ropa interior resultaba muy pero que muy *sexy*: sujetador y *culotte* de encaje negro. Al principio se había decantado por un sujetador con relleno, pero ella tenía bastante pecho, así que lo desechó.

Tras probarse mil y una prendas, finalmente eligió un vestido que ella misma había diseñado. Era de color blanco y el escote, en forma de U, estaba bordado con pedrería dorada. Era bastante corto, tanto que si se agachaba lo más mínimo, el que estuviese tras ella tendría una magnífica vista de su ropa interior. Carla tenía un nombre para ese tipo de vestidos: «RC» («raja chumino»). Tenía unas ocurrencias esa mujer... que con ella era imposible aburrirse.

Mimi quería lucir sus piernas, por lo que se calzó unos altos tacones, pues su enfermero era bastante más alto que ella.

Se soltó el pelo y lo peinó con esmero, creando unas ondas perfectas, sin llegar a rizársele. No le gustaban los adornos como las horquillas o las diademas, por lo que no llevaría nada.

Se maquilló sutilmente, pues no quería parecer ningún putón, cosa que quizá podría llegar a pensar su cita.

Tras mirarse varias veces en el espejo, cogió su abrigo largo hasta la rodilla y se lo puso, sin abrocharlo. Agarró también su bolso con la mano buena y salió de su habitación.

Carla estaba en el salón, viendo una película sentada en el sofá y con un enorme bol de palomitas. Al ver a su amiga salir, le lanzó un silbido.

—Joder, Mimi, ¡estás de muerte! Déjame que te vea —pidió Carla.

Myriam se quitó el abrigo y lo sujetó con el brazo escayolado, dando una vuelta sobre si misma.

—Madre de Dios, si fuera lesbiana te haría cosas que ningún tío podría hacer jamás —le piropeó su amiga.

—Anda ya, so boba. ¿Qué hora es?

—Las once y media.

—¡Mierda! ¡Llego tarde! El pobre va a pensar que me he olvidado de él...

—¿Te llevo?

—¿Me harías ese favor? Es en el hotel Santa Bárbara.

—Uaaaauuu, ¡es carísimo ese hotel! ¡Pues sí que debes de gustarle al tipo!

—Eso parece...

Carla se cambió rápidamente de ropa y acercó a su amiga al hotel. Nada más bajar del coche, Carla le guiñó un ojo y le deseó una estupenda velada, pues sabía que su cita era con aquel enfermero tan *sexy*.

Myriam entró nerviosa al hotel. Era la primera vez que hacía algo así y estaba preocupada. Sabía que Gabi era su vecino, el idiota del ruidoso cacharro que tenía por coche, si realmente podía llamarlo así. Nunca habían hablado y no se le veía mala persona, quizá un poco chulo, pero... ¿y si era un perturbado? ¿O un asesino? Mejor debía dejar de pensar en esas cosas. Siempre que quedaba con un chico le pasaba lo mismo. Tenía un miedo atroz a que algo le ocurriese...

Sin pensarlo más, (porque, si lo hacía, saldría pitando de allí), se adentró en el edificio. Tenía un *hall* fabuloso y era todo de mármol *beige*. A la izquierda, se encontraba el gran restaurante y la cocina, y, a la derecha, la recepción y una enorme sala de reuniones.

Se acercó a la recepción, donde había una chica joven.

—Buenas noches, señorita —saludó la recepcionista.

—Buenas noches. Vengo a por la copia de la llave de la habitación veintiocho, a nombre de Dorian Gray —pidió ella.

Por la sonrisa con la que la chica la miró, supo que estaba pensando en lo que no quería que sucediese. Creían que era una señorita de compañía. Y, para colmo, sus pintas parecían acrecentar la opinión de la muchacha.

—Su pareja y la cena la esperan, señorita.

Myriam no dijo nada, se volvió con urgencia para evitar mirarla. Si lo hacía, el color de su piel se volvería más rojo aún.

Atravesó el *hall* hasta llegar a un patio de gran tamaño. En el centro había una piscina redonda de tamaño considerable y, a su alrededor, veintisiete formidables cabañas de madera. Si se observaba el edificio desde el cielo, tenía forma del símbolo de la Omega.

Buscó su habitación, pero no la encontraba. Por suerte, había por allí un vigilante que le indicó dónde se hallaba ubicada. Cuando llegó a ella, se quedó estupefacta. Sacó del bolsillo de su abrigo la tarjeta que le habían dado para abrir la puerta. Le temblaba tanto la mano que no era capaz de meterla en la cerradura electrónica. Cuando por fin lo consiguió, abrió la puerta y entró sigilosamente. Era una gran *suite*, de madera negra y con grandes ventanales; la habitación más bonita que había visto en su vida.

Gabriel estaba demasiado nervioso. Eran más de las doce de la noche y su chica aún no había aparecido. Le había rechazado. No estaba enfadado, sino decepcionado, pues tenía tantas ganas de verla que no podía pensar en otra cosa. Le había costado mucho asimilar que la dulce chica con la que se había acostado no era otra que su vecina la bruja. Le gustaba, pero quería confirmar que sentía algo especial por ella. No quería dar ningún paso en falso.

Al ver que ella no venía (casi que le hacía un favor), a punto estaba de ponerse a cenar él solo cuando vio una sombra a través de las cortinas del ventanal. Era la figura de una mujer. ¡Había venido! ¿Y, ahora, qué haría? Se había hecho a la idea de que no vendría.

Se escondió tras la puerta y se peinó el pelo, haciéndose una coleta y se quitó las gafas, escondiéndolas en el cajón de la mesita de noche. Por un instante, pensó que para qué se las quitaba, no vería ni torta sin ellas...

La habitación contaba con una enorme cama con estructura de madera también negra, como el exterior. Dos mesitas de noche —una a cada lado de la cama— en forma de tronco de árbol, que le daban un toque íntimo.

Según se entraba por la puerta, se veía la del baño, también de madera, algo más clara, para crear un bonito efecto. A la derecha se encontraba un pequeño saloncito, donde había dispuesta una hermosa mesa de cristal ovalado, sobre la cual descansaba una cubertería de plata, una vajilla de porcelana, unas copas de cristal y un precioso jarrón con un gran ramo de rosas amarillas. La cena estaba sobre la mesa, dispuesta a ser devorada. Por suerte, se trataba de comida fría, si hubiese sido caliente, ahora estaría helada y no habría forma de volver a calentarla.

Notó que le costaba abrir la puerta. Estaba tan impaciente que a punto estuvo de

abrírsela él, pero prefirió no hacerlo. Quería darle una sorpresa.

Cuando Myriam entró, estaba todo a oscuras.

—¿Hola? —preguntó Myriam. Estaba arrepintiéndose por segundos. ¿Qué coño hacía allí, citándose con el imbécil de su vecino el friki? O se estaba volviendo loca o estaba totalmente desesperada.

Gabriel se puso tras ella y la cogió de la cintura.

—Hola, princesa. Creí que no vendrías —le dijo al oído.

La chica se asustó y se giró hacia él.

—Lo siento, no quería alarmarte —dijo él apartándose un poco—. ¿Tienes hambre? La cena está servida. Por suerte, es algo sencillo y no necesitamos calentarla.

Myriam sonrió. Había pensado en todo. Desde luego, era un chico con recursos. Y a pesar de ser quien era, le gustaba. ¿Y si estaba equivocada con él?

Lo miró de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta azul con el símbolo de Superman en el pecho que marcaba sus pectorales.

Gabriel le retiró el abrigo y el bolso con cuidado de no hacerle daño en el brazo escayolado, dejándolos sobre la cama. La miró detenidamente. Su vestido era tan corto que deseó arrancárselo de inmediato, pero se limitó a tomarla de la mano y llevarla hacia la mesa. Apartó la silla para que pudiese sentarse, tal como hacían los caballeros en las películas.

Se notaba que intentaba cortejarla.

La salita estaba alumbrada por velas que daban un aire romántico a la estancia, y una dulce melodía sonaba de fondo, aunque ella estaba tan absorta con la cena que ni se había percatado de ello.

El muchacho cogió una de las rosas y, tras cortar la punta para que no se mojara la mano, se la ofreció. Ella la olió y se la puso en el escote, haciendo que ambos sonriesen.

Gabriel deseó en esos momentos ser esa hermosa flor.

Sirvió con cuidado la cena a su ligue, consistente en una ensalada de marisco, lechuga, mahonesa y manzana.

—¡Oh! No te he preguntado si eres alérgica al marisco... —dijo él con rapidez, antes de seguir echándole comida en el plato.

—Tranquilo, me encanta el marisco. Si fuera por mí, me comería la fuente entera —sonrió y él le echó otro poco más—. ¡O todo el *sushi* del mundo!

Después, se sirvió a sí mismo y llenó las copas de vino. Myriam se dio cuenta de que era una botella bastante cara, por lo que no dudó en que le gustaría el sabor del rojo líquido, pero debería andar con cuidado, pues el vino se le subiría a la cabeza en un santiamén. No era la primera vez que se emborrachaba con esa bebida.

Tras un brindis, comenzaron a comer. Los nervios de ambos fueron desapareciendo al darse cuenta de que no hacían falta palabras para descubrir que estaban a gusto el uno

frente al otro.

Durante un rato hablaron del accidente de Myriam y de cómo habían actuado. Ella se sintió halagada, pues le estaba relatando con pelos y señales cómo le había salvado la vida. Después, le contó lo de la transfusión de sangre. Aquella era la guinda del pastel. Compartían algo que nadie más podría compartir: la misma sangre.

Tras la cena, Gabriel le ofreció darse un baño en el *jacuzzi*.

—Oh, no he traído bikini—dijo ella, levantándose de la silla.

—¿Quién ha dicho que lo necesites?

Gabriel sonrió picaronamente, acercándose a ella. Le acarició la mejilla con cariño. Ella se sonrojó y apartó la mirada, pero enseguida le miró a los ojos.

—No me has dicho tu nombre —dijo él, acariciando su largo pelo—. Yo soy Gabi.

—Llámame Mimi —le sonrió.

Gabriel se acercó más a ella y la besó con suavidad, y ella le abrazó por el cuello, con cuidado de no hacerle daño con la escayola.

Él se apartó y la cogió de la mano buena, arrastrándola hacia el gran patio, donde se encontraba el *jacuzzi*, decorado con velas encendidas y pétalos de rosas en el agua. Aquello era demasiado romántico para ella. Nunca la habían tratado así, tan caballerosamente. Estaba encantada.

El chico le dio la espalda y, tras desnudarse completamente, se adentró en el agua caliente. Myriam descubrió que Gabriel tenía un magnífico trasero, además de una gran espalda. Se había fijado en que en su brazo izquierdo lucía un tatuaje de un tribal que le abarcaba también casi todo el hombro, hasta su cuello.

Un hombre con tatuajes. Se imaginó descubriendo si realmente tenía algún otro en ese cuerpazo. Tan solo de pensarlo comenzó a excitarse.

Tenía muchas ganas de meterse en el agua con él, pero seguía algo recelosa y preocupada. Él tenía que saber por narices que eran vecinos, pero si él no lo había mencionado, ¿por qué iba a hacerlo ella? Entonces, no dudó en desnudarse.

Gabriel no pudo dejar de mirarla, pues se quitaba la ropa con sensualidad, provocándole una irremediable erección. Por suerte, el agua, las burbujas y los pétalos escondían su secreto.

Era perfecta. Aquel *piercing* en su ombligo era algo más que *sexy*.

Enseguida se metió en el agua y agradeció que la *suite* no tuviera más habitaciones alrededor y que la intimidad fuese total, si no, los habrían visto como sus madres los trajeron al mundo.

—Ey, Mimi, ¿quieres más vino? —le ofreció él, cogiendo la botella

La chica aceptó. Desde luego, tenía buen gusto para el vino.

Tras un buen rato de copas y risas, Gabriel calló de repente, dejando a la muchacha preocupada.

Él dejó su copa en el borde del *jacuzzi* y se acercó a ella. Le apartó el pelo de la cara y se lo colocó tras la oreja. La miró a los ojos.

—Tienes los ojos más negros que he visto en mi vida —dijo él en voz baja. Esa mirada le tenía hipnotizado.

Myriam no podía apartar la mirada de sus iris azules. Se sentía como si estuviese nadando en un mar infinito.

No pudo resistirlo más y le besó. Él le devolvió el beso con avidez. Ninguno de los dos estaba borracho, pero deseaban ir más allá.

Ella se sentó a horcajadas sobre él, notando la dureza de su miembro y sonrió. Le besó nuevamente mientras él le acariciaba la espalda. Después, bajó al suave trasero de ella y la atrajo hacia él. Mordisqueó sus labios con sensualidad. Sus lenguas jugueteaban mientras ella le acariciaba el pelo.

Gabriel le besó el cuello mientras masajeaba sus perfectos pechos, arrancándole un gemido. Segundos después, notó como se adentraba en ella sin dejar de besarla, mientras ella comenzaba a moverse con lentitud, dejando al muchacho sin resuello. La deseaba. Él besó cada centímetro de su cuello, sin prisa. Luego, la abrazó con fuerza.

Un rato más tarde, ambos llegaron al clímax.

CAPITULO 8

Aquella noche hicieron el amor dos veces, quedándose dormidos poco después. La primera en despertar fue Myriam, que no pudo evitar mirar como descansaba Gabriel. Se apoyó en su codo bueno y con la mano escayolada dibujó la silueta del tatuaje del hombro del chico, despertándole.

Gabriel la miró con dulzura y, tras desperezarse sonoramente, se puso en la misma postura que ella.

—Creo que tenemos un problema —dijo él acercándose peligrosamente a ella—. Nunca me había pasado nada igual, pero... creo que empiezo a sentir algo por ti.

Myriam se quedó sin habla. ¡Su vecino le estaba confesando sus sentimientos! Pero eso no era lo peor... ¡Ella también comenzaba a sentir algo por él!

—Gabi, yo... —No tenía palabras—. No sé qué decir... Creo que yo también siento algo por ti...

Se quedaron callados durante un buen rato, mirándose nada más, hasta que por fin ella habló.

—Tengo que marcharme, son más de las once... —Mimi miró el reloj que había sobre la mesilla.

—Desayunemos primero, por favor, me muero de hambre.

En realidad, ella también estaba hambrienta. Tras recuperar su ropa del suelo, se metió corriendo en la ducha mientras Gabriel llamaba a recepción para que les sirviesen el desayuno. Justo cuando ella salía del baño, secándose el pelo con la toalla, llamaron a la puerta. Tuvo que abrir ella, pues Gabriel había aprovechado para adentrarse en el aseo.

Agradeció al camarero el haberle llevado el desayuno y le dio una propina que el chico agradeció con una amplia sonrisa.

Cerró la puerta y cotilleó el interior de las bandejas: descubrió magdalenas, palmeras de chocolate, Donuts y cruasanes, además de café, cacao y zumo. Hacía años que no comía un bollo de esos, pues siempre había cuidado su aspecto.

Gabriel regresó enseguida con la toalla alrededor de la cintura y el pelo chorreando.

A Myriam se le cayó la tapa de la bandeja al suelo. Estaba más que sexy, estaba macizo, «Tope follable» habría dicho Carla.

Él se dio cuenta del efecto que había causado en ella y sonrió. Se acercó a la mesa mientras ella recogía lo que se le había caído, tomó un Donut y le dio un gran bocado, sonriendo de nuevo con la intención de mostrar los dientes, pero, en lugar de ello, Myriam pudo ver el trozo de bizcocho que él había mordido segundos antes, cosa que le hizo carcajearse con fuerza. Gabriel la imitó, debía tener una pinta de idiota tremenda.

Después del succulento desayuno, ambos tenían hambre de otra cosa, pero el sonido del móvil de él interrumpió el momento.

—¿Sí? —preguntó.

La voz de su amigo Richi sonó al otro lado.

—Ey, Gabriel, soy Richi. Perdona que te moleste, pero necesito tu ayuda. Estamos desesperados y sé que tú eres el mejor. Precisamos de tu experiencia en negociación psicológica...

—¿Un autolítico⁽²⁾?

—Está en el tejado de un quinto piso. No nos permite subir, amenaza con tirarse. ¡Por favor, ven rápido! La ambulancia y los bomberos están de camino.

—Estoy ahí en cinco minutos.

Y colgó.

—Mimi, tengo que marcharme —se colocó las gafas y puso los brazos en jarras, mirando al cielo—, el deber me llama. Muahahahahaha —gritó imitando una risa malvada, lo que provocó que ella se carcajeara. Después dio un largo trago a su café y se vistió a la velocidad del rayo—. Siento no poder llevarte a casa —se disculpó el chico.

—No te preocupes, le diré a mi amiga que me recoja.

Gabriel la besó efusivamente mientras posaba la mano en el trasero de ella. Él se marchó enseguida, dejándola sola.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder! Con la de tíos con los que me he liado, ¿y tenía que ser él? ¿Por qué siempre me enamoro de los más idiotas? ¿No podía ser normal? ¡Menudo friki!

Aquel suceso la había descolocado por completo. Entonces... ¿él también la habría reconocido? ¿Se habría dado cuenta de que se trataba de la odiosa bruja de su vecina?

Apuró su café y llamó a su amiga, que en cuestión de minutos estaba allí.

Myriam le contó a Carla lo bien que lo había pasado, pero no pudo revelarle quién era él en realidad.

Gabriel había cogido su moto, que estaba aparcada en el *parking* del hotel. Tras ponerse el casco, aceleró y se dirigió al lugar del aviso que Miguel le había mandado por mensaje al móvil.

Cuando llegó a la calle del Rey, bajó de la Kawasaki y vio a un montón de gente frente al edificio, muchos solo cotilleaban, pero había otros realmente preocupados.

Buscó a su amigo Richi entre los policías nacionales y locales que allí estaban. Cuando lo encontró, se fundieron en un fraternal abrazo.

Ricardo era un policía nacional, antiguo novio de su hermana y, aunque ya no estaban juntos, los tres eran muy amigos. Nunca habían perdido el contacto y, sin embargo, hacía mucho que no se veían.

Era pelirrojo, de ojos marrones con destellos verdes, y unas divertidas pecas adornaban sus pómulos y nariz. Siempre llevaba gafas de sol para intentar ocultarlas, pues no le

gustaban nada. Era tan alto como Gabriel, aunque algo más fuerte.

—Cuanto tiempo, Richi. ¡Te veo estupendo! —dijo Gabriel, dándole una palmada en la espalda.

—Tú no has cambiado, mariquita. Me ves tan bien porque mi rollete me cuida muy, pero que muy bien —chuleó el policía—. Bueno, dejémonos de gilipolleces. Allí arriba —señaló hacia el edificio—, está el tipo que se quiere tirar. Se llama Rodrigo Ballesteros y no es la primera vez que nos da un susto. El año pasado lo encontramos subido a un poste eléctrico y no se churrascó de milagro. Hemos intentado subir, pero cuando conseguí acercarme a él, salió a la terraza, se acercó al muro, se subió y se puso a la pata coja. Me acojoné tanto que nos largamos. Rodrigo lleva casi un año medicándose para su depresión, tenlo en cuenta, por favor.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí arriba?

—Aproximadamente una hora.

—Tranquilo, estoy acostumbrado a estos casos. —Se frotó las manos—. Por favor, avisa a mis compañeros de la ambulancia para que quiten las luces y la sirena cuando lleguen, no quiero que el hombre se espante. Sube conmigo, pero mantente alejado de su vista y no hables ni te muevas.

Y era cierto. Gabriel se había ganado la fama entre sus compañeros y fuerzas de seguridad como «el Negociador de El Escorial». No era la primera vez que evitaba accidentes graves.

Decidido, se quitó su chaqueta y la dejó encima de la moto. Después, se hicieron paso entre los curiosos y entraron en el edificio. Subieron por el ascensor, pues Gabriel necesitaba estar tranquilo y despejado; si el hombre notaba su nerviosismo, podría ocurrir lo peor.

Cuando llegaron al último piso, el policía abrió la puerta del ático donde el hombre vivía. La entrada estaba custodiada por otros dos agentes a los que Richi les explicó que era el experto en el tema y los dejaron pasar. Gabriel atravesó el salón de la casa, apareciendo por la puerta de la sala que daba a la gran terraza.

Allí vio de espaldas al hombre, que estaba subido sobre el muro, mirando hacia abajo. Sin moverse de la puerta, dio unos golpecitos en el cristal lo suficientemente fuertes para que el hombre los escuchara. Y los oyó. Se giró con cuidado para comprobar quién era.

Había un chico joven apoyado en el cristal. No tenía ningún uniforme.

—Buenos días. Rodrigo, ¿verdad? —preguntó Gabriel. El hombre asintió—. Mira, mi nombre es Gabriel López, estoy aquí para ayudarte. ¿Puedo hablar contigo?

El hombre no se movió de su sitio. Con lágrimas en los ojos, asintió.

—¿Podrías contarme qué te ocurre? —le pidió amablemente el muchacho.

Rodrigo dudó si contárselo o no, pero, tras secarse las lágrimas con el dorso de la mano, por fin habló.

—Mi-mi mujer está en co-coma irreversible —balbuceó—. No puedo hacer na-nada para ayudarla.

—¿Crees que tirándote al vacío la ayudarás? Yo creo que no. Si bajas de ahí, te prometo que iré personalmente a verla y a ayudarla. También soy enfermero, ¿sabes? —sonrió al hombre.

Rodrigo sabía que no mentía, pero no quería bajar de ahí. Se sentía mal, muy mal.

—Si te vienes conmigo —pidió de nuevo Gabriel—, te invito a comer, ¡me muero de hambre! ¿Tú no?

El hombre sonrió. Desde luego, tenía hambre. Pero no, seguía sintiéndose fatal.

—Todo es culpa mía —dijo Rodrigo, empezando a llorar de nuevo—. Aquella mañana discutimos como nunca lo habíamos hecho. Le-le fui infiel, ¿sabes? Y durante mucho tiempo, pero ella me perdonó. Me quería. Pero no supe verlo y me-me descubrió con mi amante en nuestra cama ¡En nuestra cama! —gritó—. Salió corriendo de casa y-y... ¡Y la atropellaron, joder!

Rodrigo dio un paso hacia atrás, acercándose demasiado al borde del muro. Estaba a unos centímetros de caerse.

Entonces Gabriel no lo dudó. Con tranquilidad, se aproximó a él.

—¡No te acerques! —le gritó Rodrigo.

Gabriel se detuvo a medio camino. No quería cometer una estupidez. Si ese hombre se tiraba, él se sentiría, una vez más, culpable por la muerte de alguien. Estaba acostumbrado a que alguno de sus pacientes perdiese la vida, pero al menos sabía que había hecho todo lo posible por ayudarlos. Y Rodrigo no iba a ser menos.

—Rodrigo, ¿tienes hijos? —preguntó el enfermero, sin moverse de su sitio y mirándole a los ojos.

—Sí, dos niñas. Mabel tiene seis años y Rosita, tres.

—¿Crees que sería justo que si su madre faltase, también lo hiciera su padre? Porque si tú también las dejases, las llevarían a un centro de acogida, irían de familia en familia, y a saber con qué desgraciados... ¿Quieres eso para tus hijas?

El hombre negó, rotundo. Claro que no lo deseaba. Sus niñas eran lo más importante de su vida. Que hubiese sido infiel a su mujer no significaba que no quisiera a las pequeñas.

Despacio, y sin que Rodrigo se diese cuenta, Gabriel iba avanzando lentamente hacia él. Dio unos pasos más y el hombre se percató.

—¡No te acerques más! —le amenazó de nuevo.

Gabriel levantó las manos en señal de rendición. Había estado cerca. Era complicado tratar con depresivos, pero algo tenía que hacer, no iba a permitir que dos niñas perdieran a su padre.

Entonces se acordó de su hermana y de cómo calmaba sus nervios.

—Rodrigo, ¿fumas? —El hombre le miró incrédulo, pero, aun así, asintió—. ¿Te apetece un cigarrillo?

—S-sí, por favor —titubeó.

—Se me han terminado, voy a pedirle a mi compañero unos cuantos y vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

Rodrigo asintió.

Gabriel fue despacio hasta el escondite de Richi, y el policía le entregó su paquete de tabaco y un mechero. El chico regresó junto al hombre.

—¿Puedo acercarme? —pidió él, enseñándole el tabaco.

Rodrigo le hizo un gesto con la mano, dándole así permiso, pero no bajó en ningún momento del muro.

El chico se aproximó despacio a él mientras se encendía un cigarro, intentando tranquilizar al hombre. Le dio una calada y le supo a rayos. No podía imaginar qué tenía que lo hacía tan irresistible para su hermana y para el ochenta por ciento de la población humana.

Le ofreció uno, pero todavía estaba un poco lejos de Rodrigo. Sabía que deseaba un cigarrillo, por lo que no se acercó a él. Si lo quería, tenía que bajar de ahí.

—Acércate —le pidió el hombre, estirando el brazo.

—Rodrigo, disculpa que no lo haga, es que tengo miedo a las alturas.

El hombre rio. Y Gabriel le imitó. Parecía que se estaba tranquilizando.

—Por favor...

Gabriel no pudo negarse. Era cierto que tenía fobia a los lugares elevados, pero era parte de su trabajo y tenía que hacer algo.

Dio unos pasos hacia adelante y se arrimó al muro. Debía de medir más de un metro veinte de altura. El chico se preguntó cómo había conseguido subir hasta que se percató de la presencia de una silla pegada a la pared.

Cogió aire y fue a por ella. Sin que Rodrigo le viera, se santificó, rogando por que no cayera ninguno de los dos. Se subió a la silla y después al muro. Procuró no mirar al suelo, pues si lo hacía, le daría un ataque de pánico.

Caminó despacio por el estrecho margen hasta llegar a Rodrigo, sin soltar de sus labios el maldito cigarro.

Una vez estuvo a su lado, le ofreció el cigarrillo y se lo encendió. Las manos del hombre temblaban exageradamente. Gabriel se dio cuenta de que no quería suicidarse, sino llamar la atención.

Miró de soslayo a la calle y allí vio a los bomberos y también la ambulancia, de la que salían Miguel y Silvia, sus compañeros de dotación.

Miguel le miró muy preocupado, sabía perfectamente el esfuerzo que debía de estar haciendo su amigo al permanecer en el extremo de la terraza.

Gabriel volvió a su «paciente», que fumaba con manos temblorosas.

—Cuéntame algo más de ti, Rodrigo —le pidió Gabriel con voz suave—. ¿En qué trabajas?

—P-pues tengo una li-librería aquí en El Escorial. S-se llama Página en Blanco...

—Me encanta leer, ¿sabes? Me gustaría mucho que me enseñases tu tienda. Ten por seguro que compraré un montón de libros. ¿Lo harás?

Rodrigo le miró suplicante. Su mirada era de agradecimiento. Entonces asintió.

—Si no fuese por ti —continuó Gabriel—, muchos niños de aquí no sabrían lo que es un libro. Sé que tú los cuidas mucho, incluso que de vez en cuando lees cuentos a los niños, ¿verdad que sí?

Rodrigo estaba asombrado, era cierto todo lo que el chico le decía.

Gabriel conocía perfectamente aquella tienda, había ido muchas veces a leer libros con su hermana cuando eran pequeños. Mucho antes del fatídico «accidente» con su padre.

—Yo era uno de esos niños —sonrió—. Si quieres seguir haciendo eso, tendrás que bajar de aquí, si no, no tiene ninguna gracia. —Gabriel hizo una mueca de enfado que sacó una sonrisa al hombre.

Rodrigo asintió, sin dejar de sonreír.

Ambos tiraron las colillas al suelo de la terraza y Gabriel lo abrazó emotivamente.

—Qué alegría que hayas cambiado de idea —le dijo el chico al oído. Rodrigo le devolvió el abrazo.

Le pasó un brazo por el hombro e intentó ayudarlo a descender por la silla. Primero, bajó Gabriel, que desde abajo intentó asistirle, pero no pudo hacerlo; Rodrigo pisó el cordón desatado de su zapatilla y cayó de lado en el borde del muro, precipitándose al vacío.

Pero Gabriel fue muy ágil y se subió de nuevo a la silla. La mala suerte hizo que se escurriera y se golpease con fuerza en el costado derecho. Ahora, la suerte sí le sonrió: había conseguido aferrar al hombre por los brazos.

Richi salió inmediatamente de su escondite y corrió para ayudar a su amigo. Lo agarró de la cintura para que él no cayese también.

Los gritos de la gente pusieron nerviosos tanto al policía como al enfermero que intentaban rescatar a Rodrigo. Richi se puso al lado de Gabriel y agarró del otro brazo al hombre, que lloraba sin parar pidiendo ayuda.

Miguel, que observaba la escena estupefacto, subió con sus compañeros como las balas hasta el apartamento, donde se cruzaron con los policías que vigilaban la entrada de la casa y ayudó a los chicos a poner a salvo al magullado Rodrigo.

El hombre pesaba mucho y era complicado subirle tomándolo únicamente de los brazos. Además, temían que pudiesen romperle o dislocarle algún hueso, algo más que probable por la forma en que gritaba.

Cuando, por fin, entre los tres consiguieron al menos que el pecho de Rodrigo tocara el muro, Richi intentó subirle la pierna hasta el borde; si lo conseguía, lograrían dejarlo sin problemas en tierra firme.

Tras unos minutos de interminable angustia, lo consiguieron: los cuatro hombres se

hallaban en el pavimento, intentando calmar a Rodrigo.

Gabriel era el que más cerca se encontraba de su cabeza y lo acunó como a un niño pequeño.

—Tranquilo, Rodrigo, ya estás a salvo. —El hombre lloraba—. No te preocupes, verás como enseguida te olvidarás de esto. Mabel y Rosita te esperan. ¿Estás bien?

El hombre asintió, muy agradecido por haber sido tan rápido en salvarle.

Miguel, Silvia y los otros dos compañeros de dotación colocaron a Rodrigo sobre el tablero espinal y entre todos lo bajaron por las escaleras hasta la ambulancia.

Tras ellos aparecieron Gabriel y Richi. Al verlos, todos los vecinos y curiosos les aplaudieron y abrazaron con cariño.

Amanda, la hermana de Rodrigo le dio mil y una vez las gracias, mientras lo abrazaba con fuerza.

Después, se acercaron a la ambulancia, donde Miguel los esperaba.

—Joder, tío. ¡Casi me da un infarto! —le dijo su amigo, propinándole un golpe en el hombro—. Si llega a pasarte algo, jamás sabría cómo decírselo a tu hermana...

—No me seas nenaza, ¡al que casi le da un infarto es a mí! Todo iba perfecto hasta que el maldito cordón apareció en escena... Y, para colmo, mi odioso miedo a las alturas...

—No te martirices, Gabi —le regañó Richi—. Por suerte, todo ha ido bien, seguramente solo tendrá el hombro dislocado, no sufre ningún otro daño importante que hayamos visto en un primer examen.

Miguel bromeó con Gabriel y le pegó en el costado. Inmediatamente, el chico se retorció de dolor. Se levantó la camiseta y descubrieron un enorme hematoma.

—¡Joder, Gabi! ¡Menudo moratón! —gritó Richi.

—Me resbalé con la silla y me di contra el muro... No creo que sea nada, solo el golpe —intentó quitarle importancia.

Sabía perfectamente que no era «solo el golpe», pero Rodrigo los miraba con tristeza y no quiso crearle otra recaída.

Se apartaron un poco y Miguel le examinó con cuidado. Palpó sus costillas y descubrió la razón del dolor.

—Creo que te has roto un par de costillas... —sentenció Miguel mientras continuaba observando a su amigo.

—No me jodas, tío, así no podré coger la moto...

—Mire, señorito «meencantamimotoysoymaschiquetú». *Usté* viene con nosotros en la ambulancia al hospital y, ¡no!, no me interrumpas o te sobo los morros. Te pienso meter en trauma y hacerte una radiografía, ¿te has *enterao*?

Cuando Miguel hablaba en ese tono no podía evitar echarse a reír, pero esa carcajada no le trajo ningún placer, sino dolor.

—Joróbate —le chinchó el celador, sacándole la lengua.

Dicho esto, Miguel y Gabriel, tras despedirse de Richi, montaron en la ambulancia y se dirigieron al hospital donde trabajaban.

CAPITULO 9

Las radiografías habían confirmado las sospechas de Miguel: Gabriel tenía dos costillas rotas. Su jefe le había obligado a cogerse un par de semanas de descanso, evitando así empeorar. Miguel, por su parte, habló con el ECO de la base, prohibiéndole también durante ese periodo de tiempo hacer guardias.

Por lo visto, iba a estar muy, pero que muy aburrido esos días, pues Ariadna tampoco iba a permitir que su hermano hiciese ninguna tontería (a sabiendas de que era un cabezota y que acabaría haciendo lo que le diera la real gana).

Gabriel, tumbado en su cama, jugueteaba con su móvil de última generación y, por un momento, pasó por su mente la sonrisa de Mimi. La echaba de menos, y, para colmo, no podría quedar con ella, pues su hermana lo tenía bien vigilado.

Se levantó con cuidado de no hacerse daño y se sentó frente a su ordenador, el cual nunca apagaba. Abrió su correo y escribió a Mimi, pidiéndole disculpas por no poder quedar con ella, aunque lo deseaba. Después, salió a pasear con *Baloo*.

Myriam había recibido tres correos importantes. Uno de ellos era de Charlotte: ¡le había dado el visto bueno al vestido! Le contó la gran noticia a Carla, que la abrazó muy contenta. Eso significaba que cobrarían una buena suma, de la que ella se llevaría un buen pellizco.

—¡Voy a por algo para celebrarlo! —gritó Carla eufórica.

Mientras Carla salía del taller, Myriam se dispuso a leer los demás correos que, para su sorpresa, pertenecían al enfermero *sexy*, el friki de su vecino.

Abrió el primero de ellos:

Querida Mimi,

Ayer sufrí un pequeño percance tras la llamada que recibí en el hotel. Tengo dos costillas rotas y me han aconsejado reposo absoluto. Deseo con toda mi alma volver a verte, pero no puedo apenas moverme.

En un par de semanas estaré bien y prometo que te compensaré.

Un beso,

Gabi.

P.D.: A no ser que prefieras pasarte por mi casa y hacerme compañía...

«Pobre», pensó ella. ¿Qué habría ocurrido? Esperaba de verdad que se recuperase cuanto antes porque también tenía ganas de verle. Enseguida abrió el siguiente *email*, que

también era de él.

Qué cojones... Me muero por verte de nuevo, princesa. Dime cuándo estás libre y salimos por ahí. Un beso.

Desde el momento en que descubrió que su vecino y el enfermero *sexy* eran la misma persona, por una parte, sentía una inmensa alegría, pero, por otra, una profunda tristeza, pues parecía que él no había sido capaz de reconocerla... O quizá sí y no le daba importancia.

Aunque realmente no le importaba. Gabriel le gustaba y seguiría adelante. Era tremendo en la cama y, además, estaba más bueno que el chocolate. Lo había decidido: se aliaría con la hermana del bomboncito.

Con la ropa de estar por casa, salió de su hogar y se dirigió a la vivienda de sus vecinos.

Llamó al timbre y abrió Ariadna, que se llevó una gran sorpresa.

—¡Buenas! —dijo Myriam con alegría—. Soy Myriam, tu vecina de enfrente, ¿podría hablar contigo? Te invito a café en mi casa.

—Pasa, estoy sola, te invito yo.

Myriam entró en la casa y siguió a la chica hasta la cocina. Ari cogió dos tazas con divertidos dibujos.

—¿Con leche? —ofreció Ariadna—. Es desnatada.

—¡Estupendo! —dijo Mimi mientras se sentaba en una silla frente a la mesa donde sus vecinos comían.

Ari sirvió los cafés y se sentó junto a ella.

—Tú dirás —dijo esta con una sonrisa.

—Verás... Quería darte las gracias por ofrecerme la oportunidad de agradecerle a aquel enfermero el haberme salvado la vida.

—Yo... no... No sé de qué me hablas —dio un sorbo a su café, mirando hacia otro lado.

—Te reconocí. No era la primera vez que te veía por el hospital. ¿Cuál es tu nombre?

—Joder... Vale, me has pillado. Sí, fui yo. Me llamo Ariadna.

—Encantada, Ariadna. Bueno, también quería confesarte que ese enfermero me gusta, cuando fui aquel día al hospital me hizo unas cosas, que ¡Dios mío! Y besa de muerte...

Ariadna se atragantó con el café y tuvo que limpiarse con la mano.

—¿Que mi hermano hizo qué?! —Ari alucinaba.

—¡Lo sabía! ¿Aquel enfermero tan *sexy* de verdad es tu hermano?

—¿«Sexy» dices? ¡Puaj! Pero sí... Por desgracia, ese mujeriego es mi hermano...

—¿Mujeriego?

—No debería contarte esto...

—Tu hermano me gusta. Quiero saberlo todo de él.

—¿En serio? ¿...Tienes tiempo?

Myriam apuró su café y, con una sonrisa, le pidió otra taza.

Enseguida llegó Gabriel de hacer una compras en la tienda de ultramarinos dos calles más allá de su casa,. Cuando entró en la cocina, se quedó de piedra al descubrir allí a su hermana y a Mimi, riéndose.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, sorprendido.

Myriam le miró y sonrió. Gabriel llevaba las gafas puestas y el pelo recogido en una coleta. Ella notó como el humor de él no era el de otras veces, esta vez no había obtenido ninguna mala contestación o insulto por su parte. Siempre que hablaban acababan discutiendo, pero en esta ocasión no fue así. No la había contestado borde (y eso que a ella le encantaba hacerle de rabiar).

—Necesitaba un poco de azúcar y nos hemos liado a hablar —respondió Mimi sonriendo.

Desde donde él se encontraba tenía una magnífica vista de los pechos de su vecina. Notó palpar su entrepierna y tragó saliva, pues no dejaba de recordar los momentos tan eróticos que con ella había pasado. Sin decir nada se volvió, dándole la espalda y apoyando las manos sobre la encimera.

Myriam se levantó y se acercó a él. Posó su pequeña mano en el trasero de Gabi, apretando con fuerza.

—Adiós, bombón —se despidió la chica.

Gabriel no pudo ni girarse. Sin embargo, su hermana se moría de la risa. Mimi guiñó un ojo a su nueva amiga y se marchó.

Cuando oyeron la puerta cerrarse, Gabriel se dio la vuelta y miró a su hermana. Estaba rojo como un tomate.

—¿Qué ha pasado, Gabi? —preguntó su hermana, con intención de burla.

—N-no tengo ni idea... —Él se hallaba tan sorprendido que no sabía ni qué decir.

Se sentía totalmente desconcertado. Aquella Mimi no parecía la mujer que cada día lo mandaba a freír espárragos.

Tras colocar la compra que había traído, subió a su habitación y se dio una lenta ducha. Mientras el agua caliente relajaba sus músculos, no hacía más que pensar en Myriam. Que su vecina le hubiese tocado el trasero le hizo sentir extraño, realmente empezaba a sentir algo muy fuerte por ella.

Salió de la ducha y se secó. Abrió la puerta del baño con la toalla en la cintura y se acercó al armario. Le dolía el costado una barbaridad, por lo que tuvo que sentarse sobre

la cama y respirar con lentitud.

Era un idiota, eso le pasaba por no tomarse la medicación. Ariadna se lo recordaba diariamente y él fingía tomársela. Por eso ahora necesitaba un fuerte calmante.

Se levantó despacio y se agachó a por su botiquín, que estaba en el suelo al lado del escritorio. Lo abrió y rebuscó en él uno de sus medicamentos.

—¿Buscas esto? —preguntó Ariadna, apoyada en el marco de la puerta con las pastillas en la mano.

Gabriel se incorporó con cuidado.

—Necesito una —dijo él, acercándose a su hermana.

—Gabi, tienes que tomarte la medicación a tus horas. No eres más hombre por aguantar el dolor, ¿sabes?

El chico intentó arrebatárselas, pero ella fue más rápida y se las escondió en el escote, donde sabía que él no metería la zarpa. Ya lo intentó en una ocasión para quitarle el tabaco y se llevó tal guantazo que aún le dolía.

—Dame una, por favor —pidió él.

Ariadna observó el horrible moratón del costado de su hermano. Era la primera vez que lo veía. Comenzó a sentir una fuerte opresión en el pecho. Mil imágenes recorrieron su mente hasta recordar uno de aquellos días en que tenía que curar las heridas que su padre le había causado; en concreto, aquella vez que le empujó contra la mesa. Tenía un hematoma parecido, pero en el lado contrario.

La tristeza se apoderó de ella y una lágrima recorrió su mejilla. Gabriel echó un vistazo a su magulladura y luego la miró a ella.

—Eh, tranquila, Ari. Estoy bien, ¿vale?

Pero ella comenzó a llorar y él la abrazó con fuerza.

—Ari, no llores, aquello ya pasó. Venga, tranquilízate, por favor.

Gabriel rompió el abrazo y la miró a la cara. Le limpió las lágrimas con la mano. Después, la besó en la frente.

—Vamos, que te pones más fea todavía cuando lloras.

—¡Idiota! —Le golpeó en el brazo.

—Con lo fea que eres, no sé cómo Miguel se fijó en ti.

—¡Serás...! —Levantó el brazo para darle otra vez, pero al ver que estaba sonriendo, tiró las pastillas sobre la cama—. ¡Tontaina!

—¿Tontaina? —rio él—. Pensé que conocerías otro tipo de palabra y no... esa.

Ariadna le sacó la lengua y se marchó de la habitación, dejándolo solo. Él cerró la puerta y se vistió, tomándose la pastilla después. Su hermana tenía razón, debía tomarse la medicación a sus horas y no aguantarse el dolor.

Se sentó frente al ordenador para buscar algún sitio interesante para quedar con Mimi,

pero, antes de nada, comprobó su correo por si ella le había escrito. Y así fue. No era un correo de texto, sino uno que contenía un vídeo.

Curioso y sonriente, descargó el vídeo y, tras abrir el reproductor, le dio al *play*.

Era ella, tan bonita como siempre. Su corta melena ahora lucía unos preciosos rizos e iba maquillada con sombra de ojos de color negro, que le hacía tener una mirada muy *sexy*.

—Esta vez elijo yo.

Esas fueron sus únicas palabras. Después, se agachó a coger algo, enseñando enseguida lo que tenía en la mano. Al principio, no pudo averiguar de qué se trataba, hasta que vislumbró el color rosa de una prenda de tela y alucinó. ¡Se había quitado el tanga!

La entrepierna del chico palpitó. Ambos pensaban en lo mismo: era buena provocando. Mucho...

Esperaría con ansia su siguiente *email*, en el que le diría el lugar del encuentro. Estaba nervioso. Jamás una cita le había puesto así. Siempre era él quien ponía histéricas a las mujeres. Intentó acordarse de alguna de sus otras citas, pero no fue capaz. Las únicas que recordaba sin ningún problema eran las que había tenido con aquella mujer de pelo castaño y ojos negros.

Mientras aguardaba con ansia el *email* de Mimi, ordenó su armario, pensando en qué ropa ponerse. Desechó un montón de vaqueros y camisetas de colores y dibujos: quería estar guapo para ella, pero a la vez informal, por lo que escogió unos calzoncillos de un grupo de superhéroes que todos conocían, aquellos que se hacían llamar «Los Vengadores».

Hora y media después y ya desesperado, actualizó la bandeja de entrada de su correo y allí estaba el *email* que lo mantenía en vilo. Mimi le citaba a las veintidós horas en el hotel El Cantar, situado en la ciudad, a las afueras de la urbanización. Incluso le había facilitado su número de teléfono móvil por si no encontraba el sitio.

Él nunca había oído hablar de él, por lo que buscó información en internet. Estaba bastante bien y tampoco es que resultara barato. No especificaba si habían quedado para cenar o no, por lo que decidió esperar a estar con ella.

Aún faltaban un par de horas para su cita, así que se dispuso a darse otra ducha.

Cuando salió, eligió su ropa: se vistió con unos pantalones chinos de color negro, una camiseta negra ajustada y remató el conjunto con su chupa de cuero. Se echó su perfume favorito, aquel que tanto gustaba a las chicas. La anunciaba un cantante de un grupo bastante famoso entre las mujeres. Por último, se puso las lentillas y dejó su pelo suelto.

Bajó las escaleras, esparciendo su aroma allá por donde pasaba. Silbaba de camino a la puerta y, por ello, su hermana le descubrió.

—¡Vaya! —se sorprendió—. ¡Estás rompedor! ¿Dónde vas, bomboncito?

—He quedado, no me esperes despierta. —Le sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Quién es ella?

—Es una mujer de ojos negros que me tiene loco.

—¡Te ha idiotizado!

—Lo que tú digas...

—Ni se te ocurra coger la moto —le prohibió ella.

—Para nada, voy en taxi.

—Adiós, ¡y pásalo bien! —Le besó en la mejilla.

Gabriel abandonó la casa y, nada más cerrar la puerta tras de sí, corrió al garaje y sacó la moto sin arrancarla. Se sentó a horcajadas sobre ella, se puso el casco y encendió el motor, acelerando a tope.

Ariadna, al escuchar el estruendo salió corriendo y le gritó mil y una palabrotas. Le esperaba una buena a la vuelta...

Tardó una media hora en encontrar el lugar donde estaba situado el hotel. Era bastante moderno, decorado con oscuras cristaleras. Aparcó la moto en el *parking* y le mandó un mensaje a la chica, que le respondió inmediatamente. Lo esperaba en el restaurante, así que se dirigió de inmediato hacia allí.

Se peinó un poco su largo cabello, se arregló la chaqueta y se colgó el casco en el brazo. Cuando se adentró en el recinto, la buscó en la zona de mesas, pero no se hallaba en ninguna. Entonces, se le ocurrió investigar la barra.

Allí estaba.

Podía distinguir a kilómetros de distancia su preciosa melena corta y ahora rizada.

El camarero que había frente a ella le sonreía de una forma muy descarada. Él era un hombre y había usado esa mirada: aquello significaba que estaba intentando ligar con la chica.

Se acercó con tranquilidad a la muchacha y se sentó a su lado. Ella le miró de reojo.

«Me encanta este juego», dijo para sí mismo.

—Póngame un vodka, por favor —le pidió Gabriel al camarero—. Buenas noches, señorita —se dirigió a Myriam—. ¿Podría invitarla a una copa?

Ella se giró y le miró. Llevaba puesto un corsé negro con encajes rojos que realzaba sus pechos, creando un sugerente escote. La falda que llevaba era tan corta como el vestido que exhibió en su anterior cita en el hotel que él eligió para la ocasión. Sus largas piernas estaban cruzadas, y lucía unos altísimos tacones de aguja negros, a juego con la falda.

—Disculpe, no puedo aceptar su invitación, no le conozco... —dijo ella.

—Lo siento, soy Gabi. —La cogió de la mano escayolada y le besó el dorso de la misma.

Aun con esa maldita escayola, seguía estando sexy.

—Mi nombre es Mimi, encantada. —Le dio dos besos muy cerca de los labios—. Bueno... Ya sé cómo te llamas, por lo que aceptaré tu copa.

El camarero, vigilando a Gabriel, le sirvió a la muchacha una bebida, sonriéndole como antes.

—Tengo que serte sincero —le dijo el chico a Myriam, que se acercó un poco más a él—. Estoy deseando desabrochar ese corsé. Sé que esos pechos tan perfectos desean ser liberados.

Mimi sonrió y se acarició el cuello mientras le miraba. Entonces, dio un trago a su vaso y se lamió los labios.

—¿Sabes? Tengo un poco de frío. —Se frotó los brazos.

Inmediatamente, Gabriel se quitó su chaqueta de cuero mientras se ponía de pie. Se puso a su espalda y se la colocó sobre los hombros.

—Me estás volviendo loco... —le susurró al oído.

Ella sonrió y se giró hacia él. Le miró a los ojos. Él sintió que se derretiría.

—Me... ¿me acompañarías a mi habitación? Necesito coger mi chaqueta —dijo ella con una gran sonrisa.

—Por supuesto.

Myriam se puso de pie al tiempo que él extraía su cartera y pagaba las copas. Miró al camarero y, tras fingir dispararle con los dedos y guiñarle un ojo a modo de burla, se dio media vuelta y colocó su mano sobre la cintura de ella, desapareciendo de allí.

De camino a la habitación, ambos bromearon sobre la cara del camarero. Ella también se había dado cuenta de que intentaba ligar con ella. Llevaba un rato tirándole los trastos y ya empezaba a cansarse de él. Por suerte, Gabriel llegó a tiempo.

Primero entró el chico y, después, ella. Mimi se apoyó en la puerta, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara. Él obedeció. Tenerla tan cerca hacía que su corazón palpitase como nunca lo había hecho.

Ella se agarró a su cuello y le besó con dulzura. Enseguida se apartó, pero Gabriel no estaba dispuesto. La agarró del trasero y la colocó sobre sus caderas mientras la besaba, pero un gemido de dolor le hizo encogerse.

—Oh, Gabi, tus costillas... —se apartó de él.

—Tranquila, no es nada... —dijo él, acercándose a la cama y sentándose.

—¿Estás bien?

Myriam se acomodó a su lado y le levantó la camiseta. Descubrió un moratón horrible.

—Tumbate —le pidió ella.

Gabriel se recostó con dificultad. Le dolía tanto que le costaba respirar. Ella se acostó junto a él y se apoyó sobre su pecho, en el lugar donde no tenía el golpe.

—Lo siento, princesa... —se disculpó él, con tristeza.

—No lo sientas. Debes curarte. Hazlo y ya me compensarás. —Le mostró una gran sonrisa.

—Lo haré. Prometo compensarte.

Gabriel la abrazó con fuerza. Se sentía un estúpido, si hubiera hecho caso a su hermana, eso no le habría ocurrido. Aun así, estar cerca de ella, era lo que necesitaba en ese momento.

CAPITULO 10

Cuando abrió los ojos, Gabriel se encontraba solo. Myriam había recogido sus cosas y se había marchado. En el lugar donde ella durmió abrazada a él, ahora se hallaba una nota escrita a mano:

Siento no haberte despertado, pero necesitabas descansar. Tengo una cita con un hombre al que le estoy haciendo un traje sorpresa para su mujer y no podía llegar tarde. Llámame cuando llegues a casa. Mimi.

Se levantó con cuidado para no hacerse más daño y, tras lavarse la cara, salió de la habitación. Montó en su moto, aun doliéndole el costado, y se marchó a casa.

Una vez allí, comprobó que su hermana estaba trabajando y subió a tomar una ducha. No hacía más que darle vueltas a lo que había ocurrido esa noche, se sentía totalmente avergonzado. Solo esperaba que ella no se hubiese enfadado por el ridículo tan impensable que había hecho.

Comparó esa noche con la gran velada en el hotel que él eligió. Recordó cada cosa que le había hecho: aquellos húmedos y pasionales besos, el roce de su piel desnuda dispuesta para él, haciéndole sentirse el hombre más afortunado y amado de la faz de la Tierra, pero, de pronto, se horrorizó en extremo. Pensar en aquellos momentos con ella le hizo recordar que no había sido precavido. ¡No había usado ningún tipo de protección! ¿Y si se quedaba embarazada?

—¡Mierda, mierda, mierdaaaaaaaaaaaaa! —Salió de la ducha como alma que lleva el diablo y con la toalla en la cintura buscó su móvil con prisa y llamó a Mimi, llevándose las manos a la cabeza.

Sonaron incesantes tonos, hasta que saltó el contestador, así que decidió dejarle un mensaje de voz.

Acababa de marcharse Julián. El hombre estaba muy contento con el trabajo de Myriam. A su mujer le encantaría aquel vestido que le regalaría por su aniversario de boda.

La muchacha cogió su móvil, deseando ver alguna llamada de Gabriel, pero no la había. En su lugar, apareció un aviso en la pantalla. Se trataba de un mensaje en el buzón de voz:

«Mimi, tenemos que vernos enseguida, ha ocurrido algo muy, muy grave y quiero solucionarlo cuanto antes. Nos vemos inmediatamente en el Cha Cha Chá».

¿Algo grave? ¿Dejarían de verse? No, no podían. No quería dejar de verle. El chico le gustaba, pero no estaba segura de qué sentía exactamente por él. Era especial, la trataba

bien, era cariñoso y un buen amante. Desde luego, era el mejor con el que se había topado en los últimos años. Lo estaba pasando realmente bien con él, ¿por qué dejar de verse ahora? Haría todo lo posible para que eso no sucediera.

Justo en ese instante entró Carla en el taller y la vio con mala cara.

—Cielo, ¿qué te pasa? —preguntó ella, preocupada.

—Carla, el chico con el que me he estado viendo, con el que parece que estaba empezando a ir bien... Me acaba de mandar un *email* un tanto extraño. Quiere verme urgentemente en el Cha Cha Chá...

—No suena muy bien, ¿no?

Myriam negó con la cabeza, con los ojos vidriosos. Carla se ofreció a llevarla al sitio donde habían quedado.

Se arregló un poco. Había decidido ponerse un vestido ajustado, dejando a la vista un considerable escote que adornó con un fino colgante de oro. La falda era más corta de lo que había creído, pero no le importó. Se calzó unos altos tacones, se retocó con algo de maquillaje y se peinó bien el cabello. Mientras se daba color a los labios, se miró en el espejo.

—¿Por qué hago esto? Ni siquiera sé por qué le gusto... ¿Será solo por el sexo? ¿Estaré haciendo bien? ¿Y si voy tal y como soy? No soy perfecta, lo sé —le dijo a su reflejo—. Pero soy Mimi, mujer de armas tomar. Sí. Iré. No pienso dejar que se me escape, por el momento —sonrió a su doble.

Entonces, a paso decidido, se encaminó al lugar de su cita.

El Cha Cha Chá era una conocida cafetería de la urbanización donde servían los mejores desayunos que Gabriel había probado en su vida.

Cuando llegó, Myriam ya estaba allí, sentada en una mesa en un pequeño rincón, donde podrían hablar sin problemas. Chica lista. Su pelo estaba suelto, como siempre, y vestía un vestido negro bastante provocativo. Uno de los camareros del local no dejaba de lanzarle miradas libidinosas, algo que enfadó al chico. Se colocó enfrente de ella, desde donde podía ver aquel turgente y perfecto pecho que durante horas había sido suyo, que había besado, lamido, mordisqueado... Se peinó un poco, intentando borrar de su mente aquellos ardientes momentos, pues iban a provocarle una irremediable erección y un gran problema.

Mimi le miró de soslayo, estaba tan guapo como siempre. Esa mañana había disfrutado durante unos minutos viéndole dormir.

Gabriel se sentó frente a ella. Ambos estaban muy tensos y apenas se miraron. Una de las camareras se acercó a ellos.

—¿Qué queréis tomar? —ofreció ella.

—Café con leche, por favor —pidió Myriam.

—Que sean dos —dijo Gabriel, sonriendo.

Enseguida tuvieron los cafés sobre la mesa. Gabriel cogió el azucarillo e intentó

abrirlo, pero estaba tan nervioso que no fue capaz. El azúcar acabó desparramado por toda la mesa, cosa que hizo sonreír a Myriam, quien le ofreció el suyo.

Gabriel se lo agradeció y, cuando lo agarró, sus dedos se rozaron ligeramente. Myriam se mordió el labio.

—¿Qué era eso tan urgente? —preguntó ella, mientras jugueteaba con la cuchara en su café, sin mirarle—. Si es por lo de anoche, ya te dije que no tenías por qué preocuparte...

—No es eso, es algo muy serio, Mimi...

—Por favor, no me asustes... —Dejó de remover la infusión.

—No sé cómo decírtelo...

—¡Dilo ya, por favor, que me estás poniendo muy nerviosa!

—¿Recuerdas nuestra segunda cita en el hotel? —Ella asintió—. Recuerdas lo que hicimos en la piscina y en la cama, ¿verdad?

Mimi sonrió, recordando aquella excitante noche.

—¿No echaste algo de menos?

Myriam no sabía a qué se refería.

—¿Te has planteado alguna vez tener hijos? —dijo por fin Gabriel.

—¿Hijos? —Por fin lo entendió—. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios mío! No, no, no. Ay, ay, ay... —Sus ojos se abrieron de par en par. Parecía que iban a salirse de sus órbitas—. ¡Por Dios! —Se llevó las manos a la boca intentando ahogar un grito.

Gabriel se sentía igual que ella. Pero, a pesar de ser un mujeriego, no era un cabrón.

—Mimi, te juro que si por casualidad estás embarazada, me haré cargo del bebé —dijo él mientras la tomaba de las manos—. Te prometo que todo irá bien.

—Gabi, es imposible. No, no puedo quedarme embarazada: mi trabajo y mis estudios peligrarían. ¡He tardado años en conseguir entrar en la academia!

—Tranquila, estaré a tu lado, te lo prometo.

Myriam comenzó a llorar. Gabriel se sentó a su lado y la abrazó con cariño. Tras acabar el café, salieron juntos del establecimiento y pasearon por la urbanización como una pareja más.

—Gabi, ¿qué hay entre nosotros? —preguntó ella, mirándole a los ojos.

—Una relación sexual ¡que flipas! —dijo él, riendo.

Ella también rio y le dio un codazo.

—¡Aaaaay! —se quejó él; le había golpeado en las costillas rotas.

—¡Lo siento! Oh, Gabi, lo siento mucho —lamentó la chica, llevándose la mano a la boca.

—Tranquila... No pasa nada.

—No has respondido a mi pregunta...

—Mimi... No eres como las demás chicas con las que he estado. Soy de los que no les gusta repetir, pero hay algo en ti que hace que desee estar a tu lado cada segundo del día.

—Tampoco tú eres como los hombres con los que he salido... Eres especial. Tus ojos azules tienen algo que me han hipnotizado.

—¿Qué te parece si probamos a ver qué tal nos va? —Al ver la cara de disgusto de ella, continuó hablando—. No tiene nada que ver con lo que ha pasado entre nosotros. Estés embarazada o no, quiero estar a tu lado. Quiero ser tu novio.

Myriam no contestó. Se acercó a él y le besó dulcemente. A él le bastó con esa respuesta. Si se gustaban, ¿por qué no iban a estar juntos?

Poco después, se despidieron. Myriam tenía que hacer unos recados y quería estar un rato sola, cosa que a Gabriel no le importó; a él también le vendría bien pensar un poco y ordenar sus ideas, aunque, en realidad, las tenía bastante claras.

De repente, una moto frenó en seco delante de él, dándole un susto de muerte. Cuando se volvió, vio al piloto, que se quitó el casco y sonrió a Gabriel.

—Ey, Gabi. —Era Richi, su amigo policía—. Te he visto de lejos, ¿qué tal llevas el costado?

—Me duele bastante... Oye, ¿me llevarías a casa, por favor?

El chico se subió detrás de Richi y se agarró a la cintura de su amigo por dos razones: una, no llevaba casco, y dos, al «madero» le encantaba correr.

El policía, que ahora vestía de calle porque no estaba de servicio, aceleró a tope la moto y salieron a toda velocidad, dejando en el asfalto la huella de las ruedas.

En unos minutos llegaron a su casa y Gabriel lo invitó a tomar unas cervezas que su amigo no rechazó.

Fueron al garaje, donde, sin dudarle, echó una mano a Gabriel para continuar con la reparación del motor del viejo coche.

Una hora más tarde, vieron salir de la casa de sus vecinas a Myriam, que llevaba un moño alto, gafas de sol, un vaquero largo, deportivas y un jersey de manga larga. No hacía tanto frío, pero tampoco hacía calor.

—Joder, Gabi, ¡tu vecina está buenísima! —dijo Richi, siguiendo con la mirada a la chica.

—No me toques las narices, Richi. Tanto ella como su amiguita son unas brujas de mucho cuidado —dijo para que su amigo no supiera que estaba enamorado de ella, pues sabía que se burlaría de él.

—¿Amiguita? ¡No me digas que son lesbianas!

—Mira, tío, dudo que lo sean. Lo cierto es que alguna vez he visto salir de ahí a algún hombre...

—¡Tríos, entonces! ¿Su amiga está igual de buena?

—No está nada mal, pero... ¡Joder, Richi, no me líes, que te conozco!

—Tienes que presentármelas.

—Y una mierda. Si quieres, te presentas tú, que ya eres mayorcito.

Richi le hizo burla y Gabriel le arrojó el trapo lleno de grasa a la cara, cosa que fastidió a su amigo, pues se manchó con el oscuro aceite.

Cuando Myriam regresó a casa se encerró en su habitación. No tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera con Carla.

Se sentó en la cama y extrajo de su bolso una caja de un test de embarazo. Se había puesto tan histérica ante la posibilidad de estar embarazada que decidió comprarlo. Aún no estaba preparada para contárselo a su amiga, y mucho menos para ser madre. Sabía que Carla estaba en contra de tener hijos fuera del matrimonio, para ella era un pecado y, como tal, le había echado más de una charla advirtiéndole que iría al infierno si lo hacía. Myriam era poco creyente, pero al comprobar el énfasis y la credibilidad que su mejor amiga sentía, hasta ella misma había comenzado a creerlo.

Esperaría un tiempo. Nada más faltaban tres semanas para que le bajara el período y así podría salir de dudas. Guardó la caja en el cajón de su mesilla de noche, resguardada entre los trastos que ahí escondía.

Cogió su portátil y lo encendió. Abrió su correo y leyó y respondió todos los *emails* recibidos ese día, incluyendo uno del agente de Charlotte en el que la citaba para viajar a Estados Unidos y reunirse con ellos para confeccionar los últimos retoques del vestido, pero ya enfundado en el cuerpo de la actriz. Ellos le pagaban el billete de avión (en *bussiness*) y el hotel, de cinco estrellas, el mismo donde se alojaría la actriz.

Estaba tan emocionada con la idea de conocerla que se olvidó de todo lo demás. En tan solo mes y medio la vería por fin en persona.

Pero entonces se acordó de él, del chico del que se había enamorado sin darse cuenta. Había sido un flechazo, amor a primera vista... Bueno, en realidad, a primer contacto. Era consciente de que a sus veintinueve años le quedaba mucha vida por vivir y disfrutar, pero uno no se enamora así como así. Ella nunca lo había estado, hasta ahora... Ni siquiera por Christian, su primer novio, había sentido lo que sentía por Gabi. Este último era dulce, amable, cariñoso, alto, fuerte, con un cuerpazo de escándalo ¡y besaba de muerte! Y qué decir en la cama...

La posible idea de ser madre no entraba en sus planes, ni en el presente ni en el futuro, por eso tomaba tantas precauciones. Además, con la cantidad de trabajo que tenía, no podía dedicarle tanto tiempo a un bebé.

Quería aclarar su cabeza: si estaba embarazada, algo tendría que hacer. No estaba preparada para ello...

Creó un *email* nuevo y escribió en la casilla de dirección el correo de Gabriel. No sabía qué decirle, así que cerró los ojos unos segundos y, tras abrirlos, comenzó a teclear. Las palabras salieron solas, aunque realmente no sabía si eso era lo que quería en realidad...

Gabi. Me disculpo por lo que te voy a decir. No quiero que te enfades conmigo ni que dejes de hablarme, pero necesito tiempo. Te pido, por favor, que no nos veamos en unas semanas, necesito asimilar la posibilidad de mi embarazo. Esto no significa que no quiera seguir adelante con nuestra «relación» o como queramos llamarlo. Además, a ti también te vendrá bien, tienes que curarte esas costillas...

Quisiera que me escribieses todos los días, pues no quiero que te olvides de mí y te marches con otra. No lo soportaría, y mucho menos tras haberme dado tu palabra de que te harías cargo del bebé.

Creo que es la primera vez que pronuncio estas palabras: te quiero. Mimi.

Y le dio a enviar.

Apagó el ordenador y, tras dejarlo sobre el edredón, se tumbó y cerró los ojos. Rezó por que no diera positivo el test. Sin darse cuenta, se quedó dormida.

Gabriel abrió su correo y se encontró con una agradable sorpresa: tenía un *email* de Myriam. Cuando lo leyó, su sonrisa se desdibujó un poco.

Ella le pedía tiempo para estar sola, tiempo para no poder rozar su piel, tiempo para no poder besar sus dulces labios..., pero no le dio importancia. Él también sentía lo mismo que ella. No sabía cómo había podido ocurrir. Él, el mujeriego, el seductor, el buen amante, se había enamorado hasta la médula de una mujer a la que apenas conocía. Pero realmente se alegró, pues sabía que sería un buen novio. Todas las mujeres con las que había estado, en alguna ocasión lo habían comentado, aumentando su ego ya de por sí bastante elevado.

Respondió el correo con una sonrisa, esperando que ella también sonriese.

Yo también te quiero, princesa. Cuando te veas con ánimo de verme, avísame y me pasaré por tu casa. Esperaré ese *email* con paciencia. Gabi.

Tras ello, regresó a su *hobby*: arreglar el coche. Una vez fue mecánico, pero salvar vidas era lo que más le gustaba y lo que mejor se le daba.

Ya tenía colocado el motor. Tan solo le quedaba comprobar si arrancaba o no. Se montó en el asiento del piloto, quitó el freno de mano y, tras poner la palanca de cambios en punto muerto, salió de nuevo del vehículo, empujándolo desde el lado del conductor y agarrando el volante para evitar que cambiara de dirección y fuese recto. Lo sacó a la acera y puso de nuevo el freno de mano.

Se sentó nuevamente y metió la llave. La giró, pero el coche no se puso en marcha. Maldijo por lo bajo. La giró de nuevo y mantuvo el contacto un rato, mientras el motor sonaba como si estuviesen matando a un gato, hasta que, por fin, funcionó.

—¡Sí! —gritó eufórico.

Aceleró a fondo, quería oír bien el rugido del motor. Aceleró varias veces. Quitó el freno de mano y metió la primera marcha, notando como se deslizaba poco a poco. Sonaba demasiado, era bastante escandaloso. Pisó el pedal del freno para comprobar la fuerza de los discos, frenando sin problemas.

—¡Magnífico! ¡Qué sorpresa se va a llevar Ari!

No se había dado cuenta, pero tanto acelerón había despertado de su descanso a su vecina, quien se asomó a la ventana del salón con una piedra que usaba como pisapapeles en la mano.

Era la oportunidad perfecta para que ella viera como se había tomado él aquel *email*, por lo que Mimi decidió chincharle como a ella le gustaba.

—¡Tú! ¡Pedazo de imbécil! —gritó Myriam desde su ventana mientras lanzaba el proyectil, que cayó a escasos centímetros del coche.

Gabriel levantó la mirada y la vio.

Llevaba esa camiseta de tirantes tan ajustada que marcaba sus grandes pechos. Richi tenía razón, era todo un bomboncito. Era perfecta, aun teniendo ese humor tan malo.

—¿Qué quieres?! —dijo él en el mismo tono de voz. No entendía por qué le contestaba así. ¿Se habría enfadado de verdad y el *email* que le había enviado había sido bastante *light*?

—¡Deja el maldito coche de una puta vez! ¡Hay gente que necesita descansar! ¡Si no paras de molestar, llamaré a la policía!

—¡Me parece estupendo! —Gabriel rio: si llamaba a la policía era más que probable que Richi apareciese por allí con alguno de sus compañeros.

Para hacerla rabiar más aún, aceleró varias veces, mientras veía como se metía enfadada en su salón. Enseguida dejó de hacer ruido: tenía razón, estaba molestando un poco. Los vecinos querrían descansar, por lo que quitó el contacto.

No pensaba seguirle el juego. Si ella era borde, él también lo sería.

—¿Pero qué se ha creído? De pronto, me quiere y, de repente, me insulta... ¡Las mujeres están locas! —dijo para sí mismo.

Se bajó del coche e intentó empujarlo nuevamente hacia el garaje, pero con una sola persona resultaba difícil. Además, no quería volver a encender el motor. Sin embargo, tuvo muchísima suerte: Miguel llegaba con Ariadna en el pequeño coche de él.

Cuando Miguel lo vio allí, apoyado sobre el capó y limpiándose las manos de grasa, bajó del vehículo seguido por su chica, y ambos se acercaron a él.

—¿Todavía sigues con esta chatarra? —preguntó su hermana mientras le besaba en la mejilla.

—Listilla, he conseguido que esta chatarra arranque, ¿sabes?

—¿En serio? —preguntó Miguel sin creerle—. Arráncalo, quiero ver si es verdad.

—Ahora no puedo, acabo de discutir con Myriam porque me he tirado un buen rato acelerando...

—¿Otra vez discutiendo con ella? —le regañó Ariadna—. Te lo tienes merecido. No haces más que liarla para que ella tenga que gritarte. —Cómo disfrutaba al ver a su hermano «picado». Mimi estaba haciendo un buen trabajo.

—Como si me gustara que esa loca me grite...

—Eres más tonto... —le soltó Miguel—. Un día te vas a buscar un buen problemón, Gabi, que las mujeres son muuuuuuuuy peligrosas...

Ariadna le dio una colleja.

—Estoy aquí, so bobo. Si quieres meterte con nosotras, espera al menos a que no esté delante.

Miguel le sacó la lengua a su novia, que puso los ojos en blanco, y se metió en la casa dejándolos solos.

El chico ayudó a Gabriel a guardar el coche en el garaje, siendo así muchísimo más fácil. Una vez dentro, cogieron unas cervezas y se las bebieron sentados en el suelo, y con la espalda apoyada en la carrocería del coche, la cual, por cierto, necesitaba un buen lavado...

—Gabi, ¿te ocurre algo? —preguntó su amigo, dando un largo trago a su cerveza—. Noto en tus ojos que hay algo raro...

—Miguel, si te cuento una cosa, júrame por lo que más quieras que no se lo dirás a nadie, ni siquiera a mi hermana.

—Uffff, me metes en un compromiso, ¿sabes? Le cuento todo a Ari...

—Venga, tío..., ¡eres mi amigo!

—¡Es broma, nenaza! Dime, ¿qué ocurre?

—Tengo dos problemas... Creo que me he enamorado...

—¿Y eso es un problema? ¡Ya era hora de que maduraras, coño! ¿Y el segundo?

—Creo que la he dejado embarazada...

—¡No fastidies! ¡Joder, Gabriel! ¿Y qué vas a hacer? Le habrás dicho que no lo tenga, ¿no?

El silencio de su amigo habló por él.

—Gabriel, ¿me estás diciendo en serio que quieres tener un hijo?

—No, no lo quiero, pero le di mi palabra de que me haría cargo de él. Miguel, tío, seré un maldito mujeriego, pero no soy tan cabrón. Además, ella me gusta y yo le gusto a ella. Creo que vamos a empezar en serio...

—Espera, espera..., ¿una novia? ¿Tú, con novia? —Gabriel le miró mal—. No me mires así, sabes que tengo razón. ¿Crees que vas a poder aguantar con la misma durante un tiempo?

—Miguel, ya nos hemos acostado juntos varias veces y hemos quedado otras cuantas.

—No se trata de quedar o acostarte con ella, tienes que enamorarla día a día, dejar que ella también te cuide a ti. Gabi, tener novia no significa que te la puedas tirar cuando te apetezca. El amor es caprichoso y te pedirá cosas a cambio. Cosas que quizá no estés dispuesto a hacer...

El chico miró a su amigo: estaba en lo cierto. Él nunca se había enamorado ni había tenido una novia. En cambio, Miguel sí; había salido durante bastante tiempo con algunas chicas, con las que finalmente no había continuado por no tener nada en común. Sin embargo, con Ariadna sí que compartía muchas: trabajaban en el mismo hospital, les gustaba el fútbol, sus platos preferidos eran cualquiera que llevara carne, incluso habían nacido el mismo día, pero de diferentes años.

Ambos se querían, soñaban con estar juntos toda la vida. En alguna ocasión, Gabriel también había pensado en algo así, pero sabía que nunca daría con la mujer ideal... hasta ahora. ¿La habría encontrado?

Miguel lo dejó solo con sus pensamientos, pues comenzaba su turno en la base y se tenía que marchar. Él tan solo llevaba unos días de baja y ya echaba de menos el trabajo.

CAPITULO 11

Las siguientes tres semanas se habían hecho interminables para Gabriel. Por suerte, esa mañana tenía que acercarse al hospital para la revisión de sus costillas. Con lo que allí le dijese, volvería al trabajo o no. Rezaba para que le diesen el permiso. También deseaba hacer guardias en la ambulancia con su dotación. Miguel le había contado los tipos de avisos que habían recibido: accidentes de coches, incendios, caídas... Y los del hospital también habían sido bastante interesantes: amputaciones, heridas graves, otras no tan graves...

Gabriel necesitaba emoción. Y la quería ya. El no poder ver a Myriam le estaba poniendo demasiado nervioso y le urgía estar entretenido para no pensar en ello. A pesar de que hablaban a diario por *email*, la echaba de menos y estaba muy seguro de que ella también lo extrañaba a él. Ella apenas salía de casa y él no se atrevía a cruzar la calle y llamar a su puerta.

En su último *email* ella le había comentado que tenía cita con el traumatólogo para que le echase un vistazo a la cicatriz de su brazo. La muchacha se había quejado varias veces, a través del correo, de que le dolía, pero él sabía que se trataba de los medicamentos porque, después de tanto tiempo, no le provocaban el mismo efecto que al principio. Así se lo había dicho y ella parecía más tranquila.

Cuando entró por la puerta de urgencias, saludó a su hermana, que trabajaba en administración esa semana por las mañanas. Él llevaba sus inseparables lentillas y el pelo recogido. Buscó a Miguel, pero Ariadna le informó de que estaba ayudando al traumatólogo con una paciente.

La bombilla del cerebro de Gabriel se encendió en ese momento: quizá era Mimi.

Buscó a su amigo por toda traumatología, hasta que lo encontró en el pasillo hablando con un médico.

Este, al ver a su amigo, dejó la conversación que mantenía y se acercó a él.

—Gabi, tu chica está aquí. El doctor Serrà le está quitando la escayola. Y creo que va a hacerle una radiografía... —le dijo Miguel.

—No sabemos si está embarazada o no, porque no me ha dicho nada... No debería hacérsela... Por favor, entra y díselo, por si acaso.

Miguel asintió y entró en la consulta. Enseguida salió y, tras él, el doctor Serrà.

—Buenos días, Gabriel —saludó el hombre.

El doctor Serrà era el mejor traumatólogo del hospital. Todos los pacientes querían ser atendidos por él. Tenía cincuenta años y el pelo completamente moreno, sin una sola cana, cosa que le hacía atractivo a todas las enfermeras y doctoras de su edad. Los ojos verdes del doctor se clavaron en los de Gabriel.

—Así que no sabemos si está embarazada o no, ¿verdad? —Gabriel asintió sin apenas mirarle a los ojos; se sentía un poco avergonzado—. ¿Quieres que le hagamos un análisis

para salir de dudas?

Una parte de él deseaba decirle que sí, pero él no era quién para decidir. Debería ser ella la que le diese permiso. Negó con la cabeza.

Miguel entró disimuladamente en la sala y le leyó a Myriam las normas para las radiografías.

—Señorita, ¿podría estar usted embarazada? —le preguntó él.

Ella bajó la mirada y le contestó en un tono tan bajo que a Miguel le fue imposible de oír, pero no hizo falta, pues sabía cuál era la respuesta.

—Entonces no podremos hacerle la radiografía. Si está usted embarazada puede afectar a la salud del feto.

Ella asintió, entendiendo el riesgo. Miguel le pidió que le acompañara. Salieron de la sala y se encontraron con Gabriel y el doctor.

Myriam, al verle, sonrió y él le correspondió.

—Doctor, ¿va a examinar la cicatriz? —le preguntó Miguel a su superior.

—Llévela a la sala de curas. Voy inmediatamente. —Miguel obedeció y los dejó solos—. ¿Es tu chica? —le preguntó a Gabriel, que asintió—. Por favor, cuando averigüéis si está embarazada o no, que venga por aquí, tengo que hacerle la radiografía. Y bueno, como a ella no he podido hacérsela, te la hago a ti.

Los dos se dirigieron a la sala de rayos X, donde el doctor Serrà comprobó el estado de las costillas del chico.

Tras esperar unos minutos a que saliera la placa, el hombre apareció con los resultados.

—Está muy bien. Por suerte, no fueron roturas graves, dentro de nada ya estarás haciendo de las tuyas —le dijo el traumatólogo.

—Doctor, necesito trabajar ya, ¡me aburro demasiado en casa! Quiero emoción, quiero volver a urgencias...

—¿Estás seguro? —Gabriel asintió—. De acuerdo, te daré el alta voluntaria. Bueno, tengo que ver a la señorita Rodríguez para volver a escayolarla. ¿Vienes?

Gabriel se asombró, no pensaba que le dejara ir.

—¿Puedo?

—Si te lo estoy preguntando es por algo, ¿no? —El hombre le guiñó el ojo.

Ambos se dirigieron a la sala de curas donde Miguel preparaba todo para la limpieza de la herida de la chica.

—Miguel, ¿qué haces aquí? Este no es tu trabajo —preguntó Gabriel bastante curioso.

—Le he pedido que me eche una mano, todos los enfermeros están ocupados y él, como tiene experiencia en curas y demás, me está ayudando —respondió el doctor en lugar del celador—. Pero no se lo digáis a nadie o le echarán la bronca.

El traumatólogo se acomodó frente a Myriam, que se había sentado en una de las

camillas. Gabriel lo hizo a su derecha y la cogió de la mano. Ella le miró y le sonrió. Estaba contenta de verle.

El doctor Serrà le atendió con cuidado la gran cicatriz, que curaba muy bien. Si continuaba así, en un mes estaría completamente recuperada.

Tras ello, Miguel le preparó la escayola y, entre el doctor y él, se la pusieron con cuidado de no hacerle daño, dejándole espacio suficiente en los dedos para que los moviera sin problemas.

Una vez terminaron, tanto el traumatólogo como el celador se marcharon, dejando solos a la pareja.

Gabriel se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Siento haberte insultado —dijo ella avergonzada.

—No importa. Dime, ¿cómo estás? —le preguntó él sin soltarle la mano.

—Aún no me he hecho la prueba, pero llevo cuatro días de retraso... Quizá...

—Que tengas retraso no significa que estés embarazada. Si tienes dudas, pido inmediatamente que te hagan un análisis.

—No, no te molestes, tengo el test en casa, quizá luego me lo haga.

—Sí, por favor, no aguanto más la espera...

Ella sonrió, al menos no era la única que estaba preocupada. Él también, lo que significaba que ella le importaba.

Salieron de la sala agarrados de la mano. Se marchaban ya del hospital cuando, de camino a la puerta, Miguel los alcanzó.

—¡Eh! ¡Te olvidas el parte de alta! —Se lo dio a su amigo—. Me da que mañana te veré de guardia, ¿verdad?

—¿Acaso lo dudabas?

Sin decirle nada más, se fueron del hospital.

—¿Te llevo a casa? —preguntó él.

—No te preocupes, me está esperando una amiga.

—Entonces, me marchó. —La besó de nuevo en la mejilla—. Por favor, avísame en cuanto sepas algo.

Gabriel se alejó de ella, pero la chica le llamó. Corrió hacia él y le besó en los labios.

—Gracias —dijo ella.

Él se apartó sonriendo mientras ella hacía lo mismo. Le había mentado: no iba a ir nadie a buscarla, pensaba regresar a casa andando.

Cogió su iPod y se puso los cascos, dejando que la música inundara sus oídos.

Llegó a casa tranquila, pero, cuando entró por la puerta, sus nervios comenzaron a atacarla. Cuando se ponía nerviosa le daba por comer chocolate, por lo que siempre

guardaba varias tabletas de chocolate con leche en la nevera. Y esta ocasión requería devorar el dulce vicio que tenía.

Se sentó en su cama mientras la música no dejaba de sonar en sus oídos. Sin darse cuenta, se había comido la tableta entera.

Tenía los labios reseco y alargó el brazo hasta el cajón de la mesilla de noche para coger su cacao favorito, pero su mano se topó con otra cosa: el test de embarazo.

Lo agarró y lo miró con tristeza. Suspiró, cerrando los ojos, y entonces los abrió. Estaba decidida. Se haría el test, y diese el resultado que diese, debería tomar una decisión inmediata.

Se levantó con energía de la cama y fue al baño. Siguió las instrucciones, pero no fue capaz de mirar el resultado, por lo que dejó el test en el lavabo y salió. No podía verlo, no en ese momento, quizá más tarde... Tenía un miedo atroz a lo que el aparato pudiera mostrarle. El pánico que tenía a los niños la superaba. Nunca había tenido amigos, ni siquiera cuando era pequeña, hasta que Carla llegó, pero ella era tan diferente que enseguida la trató como a una hermana. Pero aquello era muy distinto. Cuando veía algún bebé por la calle, se quedaba mirando, pero solo imaginarse tener uno las veinticuatro horas del día, le hacía sudar la gota gorda.

Necesitaba que le diera un poco el aire, por lo que salió de casa.

Mientras, Gabriel regaba las plantas del porche, quería dejarlas bien húmedas antes de marcharse de guardia. Tras recolocarse las gafas de pasta que se le habían bajado hasta la nariz, vio que alguien salía de la casa de sus vecinas.

Cerró rápidamente el grifo de la manguera y corrió hasta ella.

—¡Eh, Mimi! —gritó el muchacho para que pudiera oírle.

La chica escuchó que alguien la llamaba, miró a los lados, pero no vio a nadie.

—¡Mimi! ¡Detrás de ti!

Myriam se dio la vuelta y se encontró con su vecino. Allí estaba él, con su largo pelo despeinado y esas horribles gafas de pasta tan grandes que le hacían parecer un insoportable empollón.

—¡Hola, Gabi! ¿Qué haces aquí? —preguntó ella besándole en la mejilla.

—Regaba las plantas. —Le señaló su vivienda.

Mimi sonrió, estaba contenta porque él no parecía darle importancia a los insultos que le había dedicado hacía semanas. En ese momento llegaban Miguel y Ariadna.

—¡Mimi! ¡Qué alegría verte! —gritó Ari, abrazando a su vecina—. Hoy comerás con nosotros, ¿verdad?

—Si a Gabi no le importa...

—¿A mí? —preguntó él—. Por cierto, Miguel, esta es Mimi. Mimi, Miguel es mi mejor amigo y compañero de trabajo.

—Tú eres el enfermero que ayudó al traumatólogo, ¿verdad? —dijo Myriam.

Miguel asintió. Se quedó embobado mirándola. Ahora entendía por qué su amigo se había enamorado de ella. Era una mujer encantadora.

La comida con ellos en casa de Ariadna y Gabriel fue muy amena. Contaron mil y una historias divertidas. Las mejores eran en las que los chicos se ridiculizaban.

Cuando se dieron cuenta de la hora, ya era casi la de cenar.

—Tengo que marcharme —anunció Mimi mirando el reloj que llevaba puesto Miguel.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —preguntó Gabriel.

—No puedo, lo siento. Mi compañera de piso me espera. Llevo todo el día sin dar señales de vida y debe de estar preocupada.

Gabriel la acompañó a la puerta.

—¿Podré... podré verte esta noche? —dijo él mientras la tomaba de la mano.

—No sé si deberíamos...

—Empezaré a trabajar otra vez y no tendré tanto tiempo libre...

—Si mi compañera no tiene planes, quizá me pase un rato.

—Te estaré esperando. —La besó en la mejilla.

Mimi se marchó a casa. Allí la esperaba Carla, preocupada, pues no había atendido a ninguna de sus llamadas.

Myriam se sentó a su lado en el sofá y le contó todo lo que había pasado ese día.

—Vamos a ver... O sea, ¿que nuestro vecino bombón es tu enfermero? ¡Qué romántico! —dijo Carla, sonriente—. ¿Por qué no me lo habías contado antes? Pero... ¿no os lleváis mal? Siempre estáis discutiendo...

—Él parece no darle importancia. No sé si iré esta noche a verle...

—Gorda, ¿le quieres?

—Creo que sí...

—¡Pues, entonces, ve y diviértete! No siempre ocurren cosas así. Creo que es cosa del destino. ¿No dicen eso de «los que se pelean se desean»? —Myriam rio ante su comentario—. Además, te lo digo en serio, el chaval está de toma pan y moja... ¿Has visto el tatuaje de su brazo? Pero qué idiota soy. —Se golpeó la frente con la mano—. ¡Le has visto mucho más que eso! ¿Qué tal besa? ¿Cómo es en la cama? ¿La tiene grande?

Su amiga le tiró un cojín a la cara, ignorando sus preguntas. Myriam se levantó y se dispuso a preparar la cena como buenamente pudo por la escayola.

Carla se acercó a ella y la empujó, apartándola; ya cocinaría ella.

Sobre la medianoche, Gabriel deseaba que Mimi fuese a verle, pero ya era tarde y estaba seguro de que no acudiría.

Miguel y su hermana habían salido a pasear, por lo que se encontraba solo y aburrido. Estaba tumbado en la cama, y a punto de quedarse dormido, cuando alguien llamó al timbre de la casa.

Se levantó rápidamente, bajó las escaleras de dos en dos y abrió la puerta.

Allí estaba ella, la mujer que le volvía loco. Mimi vestía un *short* vaquero y un top rosa que dejaba al descubierto su ombligo, en el que lucía un bonito *piercing*. Su larga y sedosa cabellera estaba suelta, como siempre.

—Vaya, me gusta esta forma de recibirme —sonrió ella mientras le miraba de arriba abajo.

Gabriel se dio cuenta de que solo llevaba puestos unos *bóxer* anchos, a modo de pantalón. Myriam lo empujó suavemente y entró en la casa cerrando la puerta tras de sí.

Se acercó a él, acorralándolo contra la pared.

—¿Me tienes miedo? —dijo ella, sonriente.

—Realmente, tengo miedo de mí mismo, pues estoy deseando hacerte mil y una cosas...

—¿En serio? Pues, entonces, me dejaré hacer lo que quieras.

—Antes tenemos que hablar, ya sabes, de tu posible embarazo.

—Gabi, no tengo ganas de hablar de eso. Podías usar tu lengua para otras cosas... Ya hablaremos en otro momento —le guiñó el ojo.

Gabriel, sonriente y excitado, la tomó en brazos, al igual que un novio coge a su esposa para entrar en la habitación donde pasarían su noche de bodas, y la besó dulcemente mientras ella se agarraba a su cuello.

El chico subió las escaleras y la llevó a su habitación. La dejó sobre la cama con suavidad y, sin dejar de besarla, se colocó sobre ella. Esa noche pensaba compensarle el no haber podido hacer nada dos semanas atrás por culpa de sus costillas.

Y así lo hizo. Ya hablarían en otro momento.

Por la mañana, ella despertó primero y bajó a la cocina a preparar el desayuno. La noche había sido estupenda. Él se comportó como un caballero y le hizo el amor dos veces. La había vuelto loca con sus besos y caricias, hasta que, extenuados, se quedaron dormidos.

Sabía que él tardaría en desperezarse, por lo que se puso un café mientras se peinaba con su característico moño alto.

Ariadna le había aconsejado darle una «lección» a Gabriel y ella estaba de acuerdo. Quería saber qué tipo de persona era realmente. Ari le había contado a su nueva amiga lo mujeriego y egocéntrico que era su hermano. La chica le caía bien y tenía una buena corazónada con ella, sabía que podía hacerle mucho bien a su hermano y estaba dispuesta a demostrárselo.

Un rato después, se levantó el muchacho y bajó desperezándose por las escaleras. Se frotó los ojos y la saludó.

—Buenos días. —Allí estaba su vecina, la bruja *sexy*.

—¿Sabes? Pasé la noche con una mujer maravillosa, caliente, *sexy* y... no con la bruja de mi vecina —bromeó.

—¿Cómo me acabas de llamar?! ¿Eso soy para ti? ¿Una bruja?! Joder, Gabriel, pensé que entre tú y yo había algo bonito. —Fingió tener un cabreo del quince—. ¡No me digas que no has sido capaz de darte cuenta de que soy algo más que una mala persona! ¿Eso es lo que te importo?

—Joder, joder... Yo...

—¿Tú, qué?—Al final no iba a salir tan bien como pensaba. Ese silencio le había asustado—. Me has decepcionado, Gabriel...

No pudo decir nada más, un dolor lacerante recorrió su cabeza y se desmayó. Si no hubiera sido porque Gabriel estaba a su lado y la había agarrado con rapidez, se habría dado un buen golpe en la cabeza.

El chico la cogió en brazos, la llevó a su habitación y la tumbó con suavidad en su cama. Entró en el baño y mojó en agua fría la toalla de mano. Se sentó en la cama, al lado de ella, y le puso la helada tela sobre la frente.

Bajó corriendo a casa de sus vecinas y llamó varias veces al timbre, golpeando también la puerta, pero allí no había nadie, por lo que inmediatamente volvió a su casa y subió de nuevo a la habitación, donde Myriam seguía inconsciente.

Abrió su enorme botiquín y cogió el fonendoscopio y el esfingo para tomarle la tensión. Le colocó en el brazo la tela y la apretó con el velcro. Hinchó el instrumento con la pera y, tras estar lo suficientemente ajustado, situó la campana del fonendoscopio sobre la piel de la muchacha. Escuchó las pulsaciones demasiado lentas. Tenía la tensión más baja de lo normal.

Le quitó la almohada de la cabeza con suavidad. Fue a la habitación de su hermana, se hizo con varios cojines que tenía sobre la cama y regresó a su dormitorio. Le elevó los pies con las almohadas, dejándolos más altos que la cabeza de ella.

Si no existiese la posibilidad de que estuviera embarazada, le prepararía un buen café o un refresco bien fresquito con cafeína para elevarle la tensión, pero no le sentarían nada bien.

Esperaría unos minutos y, si no se despertaba, llamaría a sus compañeros de la base para que fueran con la ambulancia.

Al ver que seguía sin volver en sí, bajó a la cocina a prepararse un sándwich; no había comido apenas nada desde la noche anterior y tenía bastante hambre.

Myriam recobró el sentido de repente y se dio cuenta de que se encontraba en la habitación de Gabriel. Se incorporó en la cama y observó a plena luz del día la estancia: CD, libros, ropa sobre la cama y un uniforme de enfermero encima de la silla del ordenador.

Se alzó inmediatamente. Se asomó por la puerta de la habitación, que estaba abierta, y, al comprobar que por allí no había nadie, se quitó los tacones y los llevó en la mano, intentando no hacer ruido.

Bajó las escaleras; frente a ellas se alzaba la puerta de salida, por lo que descendió a toda prisa. En unos metros alcanzaría su meta, pero le fue imposible.

Los escalones crujieron. Gabriel, que desayunaba en la cocina, conocía perfectamente ese sonido, así que dejó su sándwich sobre la mesa y corrió hacia la puerta, colocándose a unos centímetros de Myriam. Se apoyó de espaldas sobre la entrada, impidiéndole salir.

—¿Dónde crees que vas? —le dijo Gabriel bastante enfadado.

—Déjame salir —ordenó ella, mirándole como si le estuviese perdonando la vida.

—No hasta que me cuentes qué te ha pasado. ¿A qué viene ese humor? Tú eres dulce, amable, cariñosa y...

—Soy la que te insulta cada vez que te ve, la que desea que te largues de esta urbanización —le cortó la muchacha—. Pero si tanto te molesta eso, no volveré a hacerlo.

—No eres la única que me insulta, cierto es que no soy un gran vecino.

—Gabi, la última vez vine con tu perro y te amenacé con llamar a la policía.

Odiaba con ganas a esa bruja que tenía por vecina, pero amaba a la mujer que tenía frente a él. ¿Qué más daba si eran la misma persona? Por suerte, ganaba la parte que la quería.

—Mimi, por mi parte no cambia nada de lo que siento por ti. Al contrario de lo que piensas, me alegro de que siempre hayas estado frente a mí, aunque no haya sido capaz de atreverme a llamar a tu puerta. Sí, sé perfectamente quién eres, sé que eres la que a las ocho de la mañana de un sábado se pone la música a toda pastilla para levantarse —dijo él, bastante calmado.

Sin embargo, Myriam no estaba para nada tranquila. Se sentía muy nerviosa.

En ese momento, alguien intentó entrar en la casa, pero no pudo, pues Gabriel aún seguía apoyado en la puerta.

—¡Gabi! ¡Abre! —gritó Ariadna desde la calle.

El chico, al reconocer la voz de su hermana, se apartó y bajó la manivela, dejando hueco para que ella entrara. Myriam aprovechó la ocasión para escapar de la casa, pero él se lo impidió, agarrándola del brazo escayolado.

—¡Me haces daño! —se quejó la muchacha.

Ariadna, al ver a su vecina, no pudo evitar preguntar.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —se cruzó de brazos. Gabriel temía cuando su hermana hacía ese gesto.

—Ya me iba—dijo Myriam, intentando deshacerse de Gabriel.

El chico le soltó el brazo al ver la cara de dolor de la joven, pero, en su lugar, la tomó de la cintura.

—Tú no te marchas de aquí hasta que aclaremos esto —sentenció él.

—O me sueltas o gritaré —le amenazó Myriam.

Ariadna se acercó a su hermano y le pellizcó en el brazo con todas sus fuerzas, haciendo que soltara a la chica, que aprovechó para salir corriendo de la casa.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Gabriel mientras se frotaba la zona dolorida.

La chica cerró la puerta y miró muy enfadada a su hermano.

—Ya me estás contando qué coño le has hecho a Mimi para que se enfade tanto.

—No tengo por qué contarte nada. No te debo ninguna explicación.

—Ooooh, por supuesto que me la debes. Canta ya o te juro que te arrepentirás.

Cuando su hermana se ponía así, lo mejor era no contradecirla. Le podía su mal genio. Sabía que era capaz de propinarle una buena tunda o decir algo de lo que posiblemente luego ambos se arrepintieran.

Le obligó a sentarse en el sofá con ella, donde le contó todo lo sucedido.

Ariadna no podía creerlo, estaba alucinando con lo que su hermano le contaba, ¡se había enamorado como un tonto! Se sentía contenta porque Myriam le caía bien, la veía una mujer muy trabajadora, elegante y, sobre todo, muy, muy guapa. Vamos, la mujer que todo padre o madre quisiera para su hijo.

—Hay algo más, ¿verdad? —Parecía que Ariadna le había leído el pensamiento.

—Sí... ¿No tenías ganas de ser tía? —dijo él, avergonzado y a la vez enfadado.

—Ay, Gabi..., no me digas que... —Ariadna alucinaba, su vecina no le había contado eso en ningún momento.

—Aún no es seguro, me dijo que se haría la prueba, pero no me ha dicho nada. Tan solo me contó que tenía un retraso de cuatro días.

—Pero eso no significa que lo esté...

—Lo sé..., hemos pasado la noche juntos, ahora está enfadada conmigo y no quiere hablarme. ¡Y no sé por qué!

—Yo haría exactamente lo mismo —confesó Ariadna mientras subía los pies a la mesita de cristal.

—¡No es justo! Para colmo, sigo enamorado de ella —dijo él, apesadumbrado, tapándose la cara con las manos.

Ariadna sentía lástima por su hermano. Jamás lo había visto así por una mujer. Normalmente, eran ellas las que se sentían de ese modo por él, saturándole el correo electrónico. Al menos, era un chico listo y jamás les había dado su número de teléfono.

Tenía que hacer algo, debía ayudar a su hermano. Él se había portado muy bien cuando descubrió lo suyo con Miguel (a pesar de haberse cabreado tanto en un principio), pero había sido comprensivo.

Ensimismada en sus pensamientos, no se dio cuenta de que su hermano se había

marchado de casa.

Se asomó a la puerta y lo vio cruzando la carretera, de camino al hogar de su vecina.

Allí Gabriel llamó a la puerta varias veces. Nadie le abrió.

Sabía que Myriam se encontraba allí, pero ella no quería dejarle entrar. Deseaba saber qué sentía él realmente por ella. Pero él insistió una y otra vez, hasta que Mimi, fingiendo estar muy enfadada, abrió la puerta de malos modos.

—¡Déjame en paz! —gritó ella con furia.

—No hasta que me perdones. Sé que me quieres.

—Jamás te he querido.

—Eso no es cierto. No te creo.

—Me da igual lo que creas o no. Lárgate de aquí o llamaré a la policía.

—Hazlo, no pienso moverme de aquí hasta que hables conmigo.

Myriam sacó de su bolsillo el teléfono y cumplió su amenaza. Les explicó a los agentes lo que estaba pasando, pero Gabriel no sentía miedo y mucho menos tenía intención de marcharse de allí.

Ella trató de cerrar la puerta, pero el chico metió el pie, evitando así que pudiera cerrarla. Se cruzó de brazos y ella le miró con mala cara.

En unos minutos se presentó un coche patrulla, y, tal y como Gabriel había imaginado, Richi era el conductor.

La pareja de guardias salió del vehículo, estudiando la situación.

—Buenas tardes —dijo el otro policía—. ¿Podrían explicarnos qué ocurre aquí?

—Mire, este hombre no deja de molestarme. Como podrá comprobar, ni siquiera me permite cerrar la puerta de mi casa.

—¿Por qué molesta usted a esta señorita? —preguntó ahora Richi, fingiendo no conocer a Gabriel.

—Pues mire, señor agente, esta señorita y yo hemos tenido un lío bastante ardiente hasta esta noche y, ahora, de repente, finge no conocerme, por lo tanto, solo le estoy pidiendo una explicación —respondió el aludido.

El otro agente se rio con ganas, haciendo que Richi sonriera.

—Marcos, déjame a mí, por favor —le pidió Richi a su compañero.

Este asintió y, sin dejar de reírse, se metió de nuevo dentro del coche.

—Vamos a ver, Gabriel —dijo Richi.

—Perdone, ¿se conocen? —preguntó Myriam, mirándole con cara de boba.

—Preciosa, Gabi y yo somos amigos de hace tiempo.

—¡Lo que me faltaba! ¿Y si realmente este idiota me estuviese haciendo algo? —gritó ella, dirigiéndose a Gabriel.

—Tranquilízate. Si te estuviera haciendo algo, ya lo habría esposado. Ahora, por favor, no nos hagáis perder el tiempo con estas peleas de pareja, hay asuntos más importantes que debemos atender. Gabriel, si no quiere darte una explicación está en su derecho. Algo le habrás hecho.

—¡Venga, hombre! —Gabriel levantó las manos al cielo—. Siempre yo, ¿no? Vale, es verdad que soy un maldito mujeriego, pero...

Gabriel había quitado el pie de la puerta para dirigirse a su amigo, momento que Myriam aprovechó para cerrarla y echar la llave, evitando así que él tuviera tentaciones de abrirla.

—¡Estoy enamorado de ti, cacho mema! —gritó Gabriel con todas sus fuerzas para que ella pudiese escucharle.

Pero dudaba de ello.

—Gabriel, ¿estás hablando en serio? —Su amigo estaba incrédulo.

—Richi, jamás he sentido nada por ninguna mujer como lo que siento por ella —dijo señalando a la puerta, como si ella estuviese ahí.

—¡Ay, colegaaaa! ¡Que una mujer te ha tocado la patataaaaaaaaa! —rio Richi con ganas.

—¡Pues sí! ¡Y mucho más que me ha tocado!

Richi sabía por dónde se dirigía su amigo, pero no le dejó continuar. Le aconsejó que se marchara a casa y la dejara tranquila: si ella quería hablarle, sería cuestión de tiempo.

—No hagas ninguna tontería o te juro que te llevo a comisaría —le amenazó su amigo.

Lo que le faltaba, tener antecedentes en su currículum... Si le detenía, podía peligrar su empleo en el hospital y en la base y no podría seguir haciendo lo que más le gustaba, por lo que, tras prometer a su amigo que no haría nada raro, se despidieron y regresó a casa.

Ariadna no le dijo nada. Su plan había dado resultado gracias a la ayuda de Richi. Su hermano había confesado sus sentimientos por Mimi gritándolos a los cuatro vientos.

CAPITULO 12

Myriam lo había oído todo. Había escuchado como Gabriel gritaba que estaba enamorado de ella sin importarle que los demás lo supieran. Y ella también lo estaba de él. Hacerse la mala y ver como él iba tras ella, le hizo sentirse querida.

Pero... ¿y si su relación se afianzaba y él le era infiel? No lo soportaría. Ella tampoco era de relaciones duraderas, pero era muy consciente y lo tenía muy claro: una vez se enamorase, solo existiría él.

El dolor de su brazo le hizo volver a la realidad. Era hora de tomarse sus pastillas, por lo que fue a la cocina y se preparó un sándwich.

Mientras comía, se acordó de aquel momento en el que descubrió que Gabriel, su vecino estaba como un queso. Aquel día no llevaba gafas y tenía el pelo recogido en una coleta. Arreglaba la chatarra que tenía por coche en su garaje. Quiso acercarse a él y hablarle, pero le daba tanta vergüenza que no fue capaz. Se quedaba ensimismada mirando el tatuaje que su vecino lucía en el hombro.

En ese momento, Carla llegó a casa. Se extrañó mucho de que a esas horas no hubiese nadie, pues la llave estaba echada.

Cuando entró y vio a su amiga en la cocina, se asustó.

—¿Qué haces encerrada en casa? —preguntó Carla, dejando las bolsas de la compra que llevaba en las manos.

Pero su amiga no respondió, la miró y continuó con su sándwich.

—Vale... He visto a la policía que se iba de aquí, que, por cierto, ¡el pelirrojo estaba cañón! ¿Ha ocurrido algo?

Myriam seguía en silencio.

—Como tenga que sacarte las palabras con sacacorchos, te juro que te dejo sin dientes. No me pongas nerviosa, Mimi.

Myriam dejó el sándwich a medias sobre la encimera. Tras dar un trago a su refresco, la miró y, con una gran sonrisa, le contó todo lo que había pasado. Su amiga alucinó por lo mala que había sido con el muchacho.

—Estás como una puta cabra, tía... —le dijo Carla mientras colocaba la compra.

Por el tono en el que Myriam hablaba de él, notaba que le gustaba, incluso podría apostar a que se había enamorado.

Le contó el «altercado» en la puerta y que había llamado a la policía, que estaba metida en el ajo. Que el agente fuera amigo de su vecino era un punto muy gracioso, por lo que rio al ver la cara de su compañera.

—¡No te rías! —se defendió Myriam.

—Vamos a ver, alma de cántaro, por una vez tienes a un tío más que macizorro y que te

salvó la vida, loquito por tus huesos, ¿y vas tú y lo espantas? Estás fatal, Mimi. Yo, si hubiera sido tú, me habría lanzado a sus brazos.

— Ariadna, su hermana, me contó todas sus aventuras con otras chicas. Quería saber qué sentía exactamente por mí y también si sería capaz de cambiar... Y sí, me gusta. Mucho.

Myriam dudaba si contarle la posibilidad de su embarazo o no. Ni siquiera estaba segura de que lo estuviera. Se trataba de una decisión difícil, por lo que decidió que, hasta que no lo comprobase, no le diría nada.

Dicho esto, Carla puso los ojos en blanco y dejó tranquila a su amiga. Era una cabezota y jamás sería capaz de hacerle cambiar de idea.

Durante los tres días siguientes, Myriam no se había atrevido a salir de casa. Se había encerrado en su taller intentando bocetar nuevos modelos de vestidos y le pidió a Carla que hiciese «el trabajo sucio» por ella: como la compra o tender la colada en el patio trasero, para que su vecino no tuviera la mínima oportunidad de acercarse a ella, y, por suerte, lo estaba consiguiendo.

Gabriel no podía evitar comprobar por la ventana si Myriam salía de casa; quería hablar con ella, pero sabía que no era posible. Richi le advirtió de que si ella volvía a quejarse ya tendría que denunciarle, y no iba a permitirlo.

Aquella mañana compró una enorme caja de bombones y escribió una bonita dedicatoria en una tarjeta. Llamó al timbre de Mimi, pero nadie le abrió. Dejó la caja y la nota en la puerta: si ella quería salir, la encontraría. Si, por el contrario, su amiga entrase, la vería igual.

Y así fue. Carla llegó a casa tras recoger algunos trajes de la tintorería y se topó con una bonita caja roja. La cogió y sonrió al descubrir que la nota iba dirigida a su amiga. No le hacía falta comprobar de quién provenía, pues lo sabía a la perfección.

Entró en casa y vio a Mimi sentada en el sofá.

—Tengo una cosita para ti —dijo la muchacha—. Y es muy dulce.

Myriam se giró hacia ella y se encontró con la caja de bombones. Le pirraba el chocolate, por lo que no dudó en abrirla y meterse dos a la vez en la boca sin siquiera leer la nota.

—No seas tan mala, ¡léela al menos! —la regañó su amiga.

—Léemela tú, que estoy ocupada —pidió Myriam, comiéndose otro bombón.

Carla le quitó de malos modos la dedicatoria. Desde luego, se estaba comportando como una cría y eso era algo que odiaba de ella. Cuando algo no le salía bien, podía cogerse hasta una pataleta como un niño al que le has robado un caramelo.

Leyó para sí misma la nota y sonrió. El chico, ciertamente, era un romántico. Ojalá ella encontrara a alguien así algún día.

—Veamos... «Mimi —comenzó a leer—. Quisiera no quererte, pero te amo. Quisiera

olvidarte, pero estás en mi mente. Quisiera no oírte, pero habitas en mi corazón. Intento alejarme, pero vives dentro de mí. No verte me está volviendo loco. Desearía abrazarte, pero te alejas de mí. Sé que tú también me quieres, no lo hagas más difícil. Te quiere, Gabriel» —suspiró—. Joder, Mimi, hasta su nombre es perfecto.

Mimi lo sabía. Sabía que Gabriel era perfecto en todo su ser. Y aunque realmente no lo fuera, ella le quería. Sí, le quería con toda su alma, pero no estaba preparada para tener un bebé, aun sin saber si estaba embarazada o no.

Hacía días que se había hecho el test de embarazo, pero lo había escondido en el cajón del armario de su baño sin siquiera mirarlo. Cuando se sintiera preparada le echaría un vistazo, pero, por el momento, no lo estaba.

Los días siguientes fueron exactamente igual: regalos para ella con dedicatoria incluida. Algunas más románticas que otras e incluso picantes.

—Ey, esta vez son rosas amarillas —le dijo Carla—. Qué bonitas... Por cierto, Mimi, esta pondría cachonda hasta a una perra, escucha: «Deseo tanto el calor de tu cuerpo que mi piel se quemó de pasión. Deseo fundir mi cuerpo con el tuyo. Deseo que tu mirada me desee a mí. Quisiera que mis labios recorrieran cada centímetro de tu piel desnuda, que mis manos tocaran cada parte de tu cuerpo, besar tu cuello, tu pecho, tus labios... Deseo hacerte mía hasta que te quedes sin aliento...». —Cogió aire—. Joooooooooder, ¡si no lo quieres tú, me voy ahora mismo a apagar su fuego! La leeeeeeche. Como lo haga todo igual que escribe...

—¡Calla! No quiero que digas más.

—Por Dios, Mimi, habla con él. No puedes estar todo el puñetero día encerrada aquí, sin salir del maldito taller.

—Tengo mucho trabajo, Carla, en cuanto acabe te prometo que iré a hablar con él —sonrió, intentando apaciguar a su amiga.

Dicho esto, Carla subió a la buhardilla. Tenía demasiado trabajo con la contabilidad de la empresa. Aunque no poseían ninguna tienda aún, tenían muchísimo papeleo. Había encontrado un local en plena calle Goya, en Madrid centro, y necesitaba entregarle un montón de documentación al dueño del establecimiento.

Si todo iba bien, pronto sería suyo y podrían empezar a vender allí sus modelos. Myriam no sabía nada, le quería dar una sorpresa: en un mes cumpliría años y ese sería un gran regalo.

Cuando entró en el taller, se dio cuenta de que hacía bastante que no lo visitaba. Estaba hecho un verdadero desastre: telas rotas por el suelo, lentejuelas por todas partes, hilos mal colocados... Parecía que había pasado por allí un huracán.

Poniendo los ojos en blanco ante el desorden de su amiga, entró en el aseo y cogió la escoba y el recogedor.

Se puso a barrer mientras recogía bocetos y vestidos del suelo, colocándolos sobre la silla de trabajo de Myriam. Estaba segura de que los había tirado en uno de sus enfados

porque no los veía perfectos, cosa que a ella le parecía una soberana estupidez, pues eran todos magníficos.

Le llevó más de una hora tener perfecto el taller. Había colocado los bocetos en la carpeta de ideas de Myriam, los trajes ya confeccionados, en sus perchas correspondientes dentro del armario, y los hilos ordenados por colores, en el enorme maletín de costura.

Como siempre, cogió revistas, vestidos, la escoba y mil cosas más, tanto que apenas veía a la altura de sus ojos. Pisó una de las telas y a punto estuvo de caerse al suelo, pero, por suerte, solo se le cayó lo que llevaba en las manos.

Maldiciendo, se agachó a recoger las revistas y entre ellas descubrió algo que jamás habría imaginado: una sobre bebés. Le echó un vistazo, pues no podía creerlo. Ahora sabía qué le pasaba realmente a Myriam.

Terminó de coger lo que se le había caído, y depositó la revista en el suelo, ya le preguntaría a su amiga más tarde. Quizá no era lo que ella pensaba, le costaba creer que no le hubiese contado nada.

Una vez terminó, no pudo evitarlo, dobló la publicación por la página que le interesaba y se la escondió en la espalda, entre el pantalón y su camiseta. Bajó al piso de abajo y la buscó en el salón, pero no la encontró. Myriam se estaba preparando otro sándwich de crema de cacao. Carla rio; desde luego, era una golosa...

Borró su sonrisa y se sentó en la barra americana, frente a ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Myriam con la boca llena.

—He encontrado tu test.

—¿Un test? ¿De qué?

Myriam no sabía a qué se refería. Quizá había visto el test que el médico le había dado por la operación de su brazo. O quizá...

Mierda... ¿Habría descubierto el test de embarazo del baño?

—No-no sé de qué me hablas —titubeó.

—Venga, no me mientas.

—Es imposible que lo hayas encontrado, lo escondí... —se calló de repente. Había hablado demasiado.

Carla sacó de su espalda la revista y la puso de malos modos sobre la encimera, frente a ella. En la página podía leerse un test bastante completo: «¿Estás preparada para ser madre?»

—¿No lo niegas? —exclamó furibunda.

El silencio de su amiga fue suficiente. Exhaló un suspiro y todo el enfado que sentía en ese momento se esfumó, creando una gran desilusión en ella.

—Mimi, creí que confiabas en mí. Pensé que era tu «hermana».

—Carla, yo...

—¡Deja de excusarte! —gritó colérica—. ¡Te has comportado como una cría! ¡Podías haberme pedido ayuda!

—Por favor, Carla, no te enfades conmigo... ¡Ni siquiera sé si lo estoy! ¡Escondí el test sin mirar el resultado!

—¿Y tengo que creerte?

—¡Nunca te he mentido!

—Eso no es cierto. Lo acabas de hacer.

Se levantó decepcionada con su amiga y, tras coger su bolso y las llaves, salió de casa. Myriam dejó su sándwich en la encimera y corrió tras ella.

—¡Carla, por favor! ¡No te vayas! —rogó Myriam, notando como las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Pensé que teníamos suficiente confianza para contárnoslo todo... —dijo Carla con las mejillas mojadas por las lágrimas, mientras se acercaba al vehículo—. Pero parece que no...

—Te juro que quería contártelo, pero no estaba preparada para saber la verdad.

—No te creo...

Carla caminaba de espaldas por el paseo del jardín hasta el garaje mientras miraba llorosa a Mimi. Se metió en el coche, cerró la puerta y, tras encender el motor, metió la marcha atrás y se marchó.

Myriam regresó al porche. Se sentó en las escaleras y lloró. Se sentía fatal. Había mentido a su mejor amiga, a su «hermana». Ella, que odiaba las mentiras, le había contado una. El remordimiento la ahogaba...

No supo en qué momento dejó de llorar, pero se había quedado dormida en los escalones de madera del porche.

Ya era de noche cuando Carla regresó a casa. Era bastante tarde y, posiblemente, Myriam estuviese durmiendo ya. Había coincidido con Richi, el policía nacional pelirrojo, y habían terminado enrollándose en el vehículo. Aparcó el coche en el garaje y un hombre se plantó frente a ella cuando se dirigía al porche.

Su aspecto sucio y desaliñado le hizo pensar lo peor. Miró con disimulo a su alrededor, buscando algún tipo de auxilio por parte de sus vecinos.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó la muchacha, dejando patente su nerviosismo.

El hombre imitó el gesto de Carla, vigilando que no hubiese nadie cerca. Metió la mano en su gabardina y sacó una pistola.

Carla abrió los ojos de par en par.

—¡Dame inmediatamente el bolso y las llaves del coche! —gritó el hombre, amenazándola con el arma.

La muchacha no dudó ni un instante, le entregó el bolso y buscó en su bolsillo las llaves del automóvil, que le ofreció sin resistencia alguna.

Había escuchado unos fuertes gritos y Myriam despertó. Le había parecido reconocer la voz de su amiga y, tras levantarse, la buscó.

Frente a ella se encontraba Carla y un hombre con muy mala pinta dándole la espalda. Se acercó con sigilo a él. Su amiga la vio y negó perceptiblemente para que no se aproximara, pero Myriam no iba a permitir que el hombre le hiciese daño.

Cuando llegó hasta él, agarró con fuerza el cuello del hombre e intentó asfixiarlo. Este trató de defenderse, apartando con la mano libre los brazos de la muchacha, que lo estaban ahogando.

Pero, de pronto, sonó un disparo.

Como acto reflejo, Myriam soltó al hombre y se agachó, cubriéndose la cabeza.

El ladrón, más asustado que ellas, desapareció de inmediato, sin llevarse el objetivo de su atraco.

Myriam miró a la otra mujer, que estaba de rodillas en el suelo. Corriendo, se acercó a ella.

—Carla, ¿estás bien? —preguntó mientras inspeccionaba el cuerpo de su amiga.

Carla la miró con los ojos inundados de lágrimas. Estaba muy asustada. De pronto, tosió y de sus labios brotó sangre, lo cual asustó a Myriam.

—¡Estás herida! —Myriam comenzó a desesperarse.

Le quitó la chaqueta a la chica, intentando descubrir dónde se hallaba la herida, y se llevó una desagradable sorpresa: el pecho de Carla estaba cubierto de sangre. Le arrancó la camisa y pudo ver el agujero que el arma del ladrón le había provocado.

Carla, agotada por el dolor que sentía, cayó sobre el cuerpo de Mimi.

Myriam, aterrorizada y con las lágrimas recorriendo sus mejillas, dejó con suavidad a su compañera en el suelo y caminó veloz hasta la casa de Gabriel. Él era enfermero, algo podría hacer. Cuando llegó, golpeó con fuerza la puerta, llamando también al timbre mil y una veces.

—¡Gabriel! ¡Necesito ayuda! ¡Socorro!

Pero nadie acudió en su auxilio.

Regresó donde Carla yacía. Varios vecinos habían oído el disparo y los gritos de Myriam. Una mujer mayor se acercó a ella y le dijo que acababa de llamar a emergencias y a la policía; enseguida llegaría una ambulancia.

—Carla, por favor, no me dejes sola —le pidió Myriam a su amiga, llorando desconsoladamente mientras la acunaba como si fuera un bebé.

CAPITULO 13

Tras dos turnos seguidos y una movida noche de guardia con la dotación y la ambulancia, Gabriel descansaba en las camas de la base. Notó que alguien lo despertaba.

—Vamos, Gabi, levanta, tenemos un aviso. Por lo visto ha habido un atraco y hay una persona herida... —Miguel lo zarandó para espabilarlo.

Gabriel se estiró como un gato y, tras frotarse los ojos, se levantó de la cama. Se peinó con los dedos el pelo y se lo recogió en una coleta. Se fue al baño y se quitó las gafas, guardándolas en su funda, y se puso las lentillas. Era mucho más cómodo trabajar con ellas.

Corrieron a la ambulancia, que ya los esperaba con el motor y las luces encendidas, tan solo restaba encender la sirena; —¿Dónde es? —preguntó Gabriel mientras dejaba paso a Miguel, que se sentó a la derecha del conductor. Después, se acomodó él junto a la puerta.

—En la calle Jazmines, en la urbanización —le dijo Román, el conductor.

Miguel y Gabriel se miraron preocupados.

—Nosotros vivimos ahí... —comentó Gabriel.

Inmediatamente, cogió el teléfono móvil y llamó a su hermana. Los tonos no dejaban de sonar.

—¡Joder! ¡No me coge el teléfono! —gritó Gabriel.

—Tranquilo, lo intentaré yo también —respondió Miguel, llamando a su novia.

Pero tampoco tuvo suerte. Ni a la tercera ni a la cuarta...

—¡Date prisa, Román! —pidieron los dos amigos a la vez.

Román, que sintió la preocupación de sus compañeros, se concentró en llegar lo antes posible, sin provocar un nuevo accidente. La sirena les abrió paso por las calles de El Escorial hasta la urbanización.

Gabriel intentó llamar a su hermana una vez más y, por fin, contestó.

—¿Si? ¿Qué pasa, Gabi? —respondió al otro lado Ariadna.

—Ari, ¿estás bien? —Su corazón se calmó al escuchar la tranquila voz de ella.

—Sí, ¿por qué?

—Ha habido un atraco en nuestra calle. ¿Estás en casa?

—No, estoy cenando con Lala y Helen. ¿Es grave?

—No lo sabemos, estamos de camino. Luego te llamo.

—Voy inmediatamente para allá. —Y colgó.

Tardaron apenas diez minutos en llegar y vieron a varios coches de policía frente a la casa de Myriam.

Gabriel no dejó que Román frenara la ambulancia y abrió la puerta, bajando en marcha. Corrió hacia donde se encontraban los guardias y encontró a Myriam muy nerviosa y cubierta de sangre. Se pensó lo peor y se acercó a ella rápidamente.

—Mimi, ¿estás bien?

Myriam le miró. Amargas lágrimas recorrían sus suaves mejillas. Gabriel sintió la necesidad de abrazarla y no soltarla nunca, pero se contuvo: no quería forzarla.

Ella no le pudo contestar. Se estaba mordiendo las uñas por los nervios. Apartó la mirada y la dirigió al suelo, descubriendo allí a sus compañeros de dotación, que intentaban taponar una herida en el pecho de su otra vecina, la compañera de la que había sido su amante.

Miguel observó a su amigo, cuya cara demostraba horror y asombro. Con un gesto de cabeza, le indicó a Gabriel que él se encargara de Myriam. Él era el experto en ofrecer apoyo psicológico.

—Tiene una herida por disparo en el pecho, posible neumotórax. Responde lentamente a los estímulos dolorosos. Le cuesta respirar —observó Silvia, explicándoselo a Miguel, quien solicitó inmediatamente un recurso avanzando.

—Prepara inmediatamente vendaje para evitar que se desangre —ordenó Miguel—. ¡Y ponle oxígeno!

Intentaron estabilizar a Carla mientras esperaban a la UVI móvil, que entraba en la urbanización. Mientras tanto, Gabriel trataba de calmar a Myriam.

—Mimi, ¿qué ha ocurrido?

—É-él estaba frente a ella, mo-molestándola. Sabía que pasaba algo ma-malo —intentó decir mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Lo agarré del cuello para asustarlo, pero entonces so-sonó un disparo...

Y no pudo seguir hablando. Otro torrente de lágrimas inundó sus negros ojos. Se los tapó con las manos para esconder su dolor.

Gabriel trató de tranquilizarla, pidiéndole que buscara la documentación de su amiga, incluso algún informe o algo que los ayudara a saber si padecía alguna alergia.

Myriam entró en casa, cogió su bolso y entró en el baño. Se miró en el espejo y contempló su horrible aspecto: tenía el pelo completamente alborotado y los ojos rojos de tanto llorar. Se peinó un poco, pero no pudo hacerlo demasiado bien. Le temblaban las manos de los nervios. Se mojó la cara con agua fría y se secó a conciencia. Después, abrió el cajón del armario para darse un poco de maquillaje y ocultar su mala cara, pero se llevó una sorpresa.

No recordaba haberlo escondido allí. Pero ahí estaba el test de embarazo, metido en su caja. Tuvo la tentación de abrirlo y ver el resultado, pero sabía que no era el momento adecuado, por lo que guardó la caja en el bolso y, sin haberse puesto el maquillaje, salió del baño.

Fue a la cocina y se sirvió un buen vaso de agua fría, pues tenía la boca demasiado seca. No pudo evitarlo y metió la mano en el bolso, sacando la caja del test.

Su corazón comenzó a palpar con demasiada rapidez. Un sudor helado empezó a caerle por la frente... Pero, finalmente, guardó el test de nuevo, pues no estaba preparada para mirarlo. Salió de casa, echando la llave. Cuando se giró, Gabriel se encontraba frente a ella, con cara de preocupación.

—Ya llegó la UVI y se han llevado a tu amiga al hospital. Ven con nosotros en la ambulancia, tengo que valorarte a ti también.

Gabriel le ofreció su mano, que ella cogió sin rechistar. Si quería que la dejaran estar con Carla, tendría que hacer lo que él le pidiese.

En ese momento, llegó Ariadna en un taxi. Miguel fue a recibirla y le explicó lo sucedido. La chica se llevó las manos a la boca, evitando que un grito escapara de sus labios. Se acercó a Gabriel y Myriam. Mimi reconoció enseguida a su vecina.

—Por favor, si necesitas cualquier cosa, aquí me tienes —le ofreció Ariadna a Myriam, que le agradeció el gesto con un asentimiento—. ¿Puedo ir con vosotros? —le preguntó a su hermano, que le dio permiso.

Cuando montaron en la ambulancia, Gabriel, Miguel y Silvia fueron detrás con Myriam, mientras Ariadna y Román iban delante.

Gabriel le pidió a Myriam que se tumbara en la camilla, pues estaría más cómoda. La muchacha no mostraba muy buen aspecto, por lo que él no dudó en valorarla. Le tomó las pulsaciones así como la saturación de oxígeno, notando como su corazón iba demasiado acelerado. También le tomó la tensión; no la tenía tan baja como aquella vez que se desmayó, pero había descendido bastante.

Ariadna estaba preocupada, pues el ladrón seguía suelto. Se tranquilizó cuando su hermano recibió una llamada de Richi, dándoles una grata noticia: una vecina había grabado con su móvil la agresión y habían detenido al ladrón. Sus compañeros del cuerpo de policía habían encontrado al lado de Carla el arma que había disparado, que ya se encontraba en manos de la justicia.

Si había suerte, lo encerrarían en la cárcel durante años.

La llegada al hospital había sido todo un caos organizado. Los médicos de la UVI llevaron en la camilla a Carla, atravesando a toda velocidad los pasillos de urgencias. Gabriel, Miguel y Ariadna corrían tras ellos acompañando a Myriam, que no se había soltado de la mano de Gabriel.

Cuando llegaron al Box Vital⁽³⁾, Miguel paró en seco.

—No podemos continuar —le hizo saber a Myriam. Al ver su cara de preocupación, añadió—: Tranquila, van a hacer todo lo posible. Verás como dentro de nada vuelves a hablar con ella.

Pero Myriam sabía que no era verdad. Había perdido demasiada sangre como para que Carla pudiera sobrevivir. Sin embargo, debía mantener la esperanza.

Se había soltado de la mano de Gabriel, quien, en ese instante, habría deseado continuar rozando el calor de su piel. Miguel agarró del brazo a Gabriel, alejándolo de allí. No podía quedarse con ella, aún tenían mucho trabajo, por lo que se marcharon de nuevo a

la ambulancia a esperar un nuevo aviso. Ariadna tomó a la muchacha por los hombros y la llevó consigo a un lugar más tranquilo donde pudiese descansar.

Sin soltarla, pidió permiso a su superiora, que les dejó tomarse un café de los buenos, de cafetera, en la sala de descanso del personal. En esos momentos, no había nadie, por lo que entraron y Ariadna ayudó a Mimi a sentarse. La veía sin fuerzas y temía que se desmayase en cualquier momento.

—Tranquila, enseguida sabremos algo. Tenemos muy buenos médicos y cirujanos, harán un buen trabajo —intentó tranquilizarla Ariadna mientras le ofrecía una tila bien cargada.

Myriam no se había percatado de que era la sala donde había conocido a Gabriel durante aquella magnífica sesión de sexo con un enfermero de lo más *sexy*. Dio un largo sorbo al oscuro líquido y miró a su vecina.

—Sabes tan bien como yo que no es cierto —respondió Myriam con manos temblorosas.

—No pienses así. Debes ser optimista. ¿Qué pensaría ella si te hubiera ocurrido a ti? Seguro que estaría rezando para que todo saliera bien.

Myriam bajó la mirada, avergonzada. Tenía razón. Mucha razón. Conociendo a Carla, estaría plantada frente a la puerta de la sala de familiares a la espera de alguna noticia sobre su estado. Y eso haría ella.

—Ven, intentaré colarte conmigo, a ver si podemos averiguar algo —dijo Ariadna, tratando de calmarla.

Se levantó y le ofreció el brazo. Veía tan débil a su vecina que no quería que se desmoronase. La chica se levantó y se agarró a su brazo con una leve sonrisa.

Tras hablar Ariadna con los de seguridad, que eran amigos suyos, se introdujeron por la puerta de los quirófanos hasta la zona de la UCI donde pronto meterían a su amiga. Ariadna no se separó de ella en ningún momento, incluso consiguió que se olvidase un poco del tema, preguntándole cómo le iba el trabajo a ella y a su amiga.

Myriam le contó orgullosa que había conseguido vender otros tantos diseños. Ariadna se dio cuenta de cómo Mimi hablaba de su trabajo. Notó la pasión que sentía por hacer algo que amaba y como subía escalones con cada logro conseguido con grandes actores y famosos. No dudó en pedirle que le hiciera un vestido para ella. Seguro que lo usaría en alguna ocasión. Su vecina sonrió mientras ella le explicaba cómo le gustaría que se lo diseñara.

Se había enterado de que Carla hacía de secretaria, chica de los recados, contable y mil cosas más. Debía de ser muy gratificante trabajar en algo que le gustaba. Ella no es que amase su trabajo como recepcionista en la administración del hospital, pero pagaban bien y trabajaba media jornada, por lo que no podía quejarse.

Las horas pasaron rápidamente para las dos chicas, pues ninguna parecía haberse percatado de ello. En ese momento, un médico salió por la puerta del quirófano. Ariadna lo reconoció y, tras pedir a Myriam que esperara, se acercó al cirujano. Habló con él durante unos minutos y, después, este se marchó.

Ariadna se acercó a ella y asintió, les habían dado permiso para ver a Carla. Myriam se levantó y siguió a Ariadna.

—Tengo que serte sincera —le dijo Ariadna, parándose de repente y sin mirarle a la cara—. Sigue con vida, pero está muy, muy grave. Ha entrado en coma y no saben si despertará...

Mimi sintió como sus piernas flaqueaban. Su corazón latía a mil. Las lágrimas amenazaban con salir de nuevo y el nudo en su garganta cada vez se hacía más grande. Respiró hondo y cerró los ojos unos segundos.

—¿P-podría verla, por favor? —le rogó su vecina.

Ariadna la acompañó a la habitación donde se encontraba Carla. Entraron en la sala. Allí había dos enfermeras que las regañaron por estar en zona restringida. Andrea era una de ellas, una de las mejores amigas de Ariadna. Esta les pidió que, por favor, dejaran que Mimi pudiera ver a Carla unos minutos y que después se marcharían. Las dos mujeres, al ver la cara de tristeza de Myriam, la dejaron pasar.

Myriam entró y se acercó a la cama. Allí estaba Carla, inconsciente, con un tubo en la boca que la ayudaba a respirar. De su pecho salían otros tantos cables, enganchados a una máquina que había visto cientos de veces en películas y series. En sus brazos tenía varias vías por las que le suministraban la fuerte medicación.

—Hola, cielo —dijo ella mientras cogía con su mano escayolada la de su amiga—. No sé si me oyes... N-no quiero que me dejes... —No podía apenas hablar, notaba un enorme nudo en la garganta—. Todo esto ha sido culpa mía. —Dolorosas lágrimas comenzaron a encharcar sus ojos—. No tenía que haberte ocultado nada... Si no lo hubiera hecho, no te habrías marchado con el coche y jamás te habrían atracado...

Sin soltar la mano de Carla, abrió el bolso y sacó la caja del test.

—Lo he traído. Quiero que seas la primera en saber el resultado. No sé si será positivo o no, pero no quiero ocultarte nada más. No eres mi amiga ni mi hermana, eres algo más: mi alma gemela. Bueno, eso ha sonado muy raro —rio—, pero sabes a qué me refiero... Antes de abrirlo, quiero saber que me perdonas. Si te marchas sin hacerlo, mi conciencia acabará conmigo.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas, dejando un surco de triste decepción. Estaba decepcionada consigo misma. Ella nunca había tenido secretos con Carla, incluso hablaban de sus citas y de sus momentos íntimos.

No haberle contado eso, que en ese instante le parecía la estupidez más grande del mundo, algo realmente sin importancia, le hacía sentirse la persona más despreciable del universo. Si Carla se lo hubiese hecho a ella, estaría furiosa, incluso quizá le habría dado un buen guantazo. Que no confiara en ella también le habría resultado muy doloroso.

—Por favor, Carla, dime que me perdonas... Si no lo haces... N-no sé qué sería capaz de hacer. Quiero que despiertes. Quiero que despiertes para que me golpees, me insultes, lo que sea, pero despierta, por favor.

Pero no hubo ninguna respuesta.

—Si te marchas, jamás te lo perdonaré.

Comenzó a sentir que se ahogaba, tenía tanto dolor en el corazón que temía que se le parase en ese mismo instante.

—¡Lo siento tanto! —logró decir entre lágrimas—. ¡He sido una estúpida! —Consiguió abrir el test y, tras coger aire con dificultad, miró el resultado—. Enhorabuena, vas a ser tía... —dijo mientras reía amargamente.

En ese momento, notó como Carla le apretaba la mano. Myriam se sorprendió, pero no quiso darle demasiada importancia, pues había visto cientos de veces en la televisión que podían ser movimientos esporádicos que no aseguraban que el paciente realmente le oyese.

—¿Carla? ¿Me escuchas?

Soltó inconscientemente el test, que cayó al suelo, y agarró con cariño la fría mano de su amiga.

—¿Me puedes oír?

Nuevamente, notó que le apretaba la mano.

—¡Carla! ¡Oh, Dios mío! ¡Despierta, por favor! No puedes dejarme. Perdóname por todo... Te lo ruego.

Más lágrimas entorpecían su visión, pero la esperanza inundaba su corazón al sentir otro suave apretón de su amiga.

—¡Vuelvo enseguida! ¡Voy a buscar ayuda!

Myriam soltó la mano de la chica y corrió fuera de la habitación, buscando algún médico o enfermero, pero allí solo estaba Ariadna, que, sonriendo, se apresuró en buscar a alguien.

Entró de nuevo en la habitación y no se despegó de la mano de su amiga. Notó como el pecho de ella se levantaba con lentitud, como si intentara respirar por sí misma. Una enorme sonrisa se dibujó en su cara, imaginándose que Carla despertaría de un momento a otro.

—Cielo, estoy aquí, no me voy a apartar de tu lado. Pronto nos iremos a casa y te prometo que haré lo que sea para que me perdones.

Enseguida llegaron varias enfermeras y el médico que la había operado. Comprobaron que, en efecto, había despertado del coma. Hablaron entre ellos y no pudieron asegurar que aquello significara que estaba completamente bien, pero Myriam no los escuchó, tan solo tenía ojos para su amiga, que pestañeaba poco a poco.

Le retiraron la entubación y Carla tomó aire por primera vez ella sola, a la vez que abría los párpados.

Lo primero que vio fue el demacrado rostro de Myriam, que lloraba de alegría.

—Du-duele —se quejó la muchacha.

El médico comprobó que se le había acabado el efecto de los calmantes y le pidió a una

de las enfermeras que le suministrara un poco más de morfina.

Tras hacerlo, le dijeron a Myriam que tenía que marcharse ya, pero Carla no apartó su mano, tenía bien cogida a su amiga. Les pidió que, por favor, la dejaran unos minutos más y los médicos se lo permitieron, a pesar de que ya le habían permitido demasiado tiempo antes.

Myriam se lo agradeció de corazón.

Cuando se marcharon, Myriam abrazó a su amiga, hecha un mar de lágrimas.

—Mimi, me haces daño...

—¡Lo siento, cielo! Creí que te perdía...

—Cari..., no me quedan fuerzas... Siento que me voy...

—No digas eso...

—Es cierto... —Inspiró aire con dificultad—. He soñado... que iba a ser tía...

—Y lo vas a ser... Voy a ser mamá..., pero no puedo... No quiero...

—Mimi... Ten el bebé, hazlo por mí... Así estarás ocupada cuando yo ya no esté.

—¡No vuelvas a decir eso! —Apretó con fuerza su mano—. En unos días estarás en casa regañándome de nuevo por tener el taller tan desordenado, me ayudarás a buscar alguna clínica donde me saquen esta cosa que tengo dentro y...

—Te quiero, Mimi...

Y sus ojos se cerraron.

Bip, bip, biiip.

—¡No, nononono! ¡Carla! ¡Carla, despierta! —Zarandeo a su amiga—. ¡No me dejes sola! ¡Nooooo!

De repente, notó que alguien la agarraba de la cintura y se la llevaba en volandas fuera de la habitación, mientras un grupo de sanitarios intentaba reanimar el corazón de Carla con un desfibrilador.

Mimi intentó agarrarse como pudo a los marcos de la puerta mientras gritaba desesperada el nombre de su amiga, haciéndose daño en el brazo escayolado.

Ariadna escuchó gritos, entró rápidamente en la habitación y vio lo sucedido: un enfermero y dos guardias de seguridad intentaban tranquilizar a Myriam sin éxito. Se acercó a la cama de Carla y una de sus compañeras negó con la cabeza. Lo habían intentado. Habían tratado de estabilizarla, sin ningún resultado.

Ariadna agarró el bolso de Myriam y se dirigió fuera de la sala, pero uno de sus pies golpeó algo en el suelo. Se agachó y se dio cuenta de que era un test de embarazo. Y daba positivo. Miró a la mujer que se estaba peleando con los vigilantes, que no paraba de gritar rogando que la dejaran verla.

Se guardó el test en el bolsillo y salió, acercándose a ella.

Myriam la miró con ojos vidriosos y Ariadna negó con la cabeza mientras las lágrimas

manchaban sus mejillas.

La chica dejó de forcejear con los hombres y cayó al suelo de rodillas mientras gritaba. Por suerte, Ariadna la agarró antes de caer. Ambas estaban agachadas, una frente a otra.

—Lo siento mucho... —logró decir Ariadna. El grito de la muchacha le había desgarrado el corazón.

Odiaba estos momentos. No era la primera vez que intentaba hablar con los familiares. Al no conocerlos, era más fácil, pues no volvería a verlos, pero en este caso era diferente: se trataba de su vecina, tendría que verla día a día. Y, además, era su amiga. Era un momento muy complicado para ella.

Mimi sintió como algo se rompía en su interior.

Pero Ariadna lo tenía muy claro: vale más un gesto que mil palabras. La abrazó con ímpetu. Pensó que Myriam se apartaría, pero, sin embargo, la abrazó con tanta fuerza que pensó que se quedaría sin aire.

CAPITULO 14

Aquella noche ninguna de las dos chicas pudo dormir. Ariadna tuvo que llamar a los padres de Carla y a los de Myriam, pues su vecina no se encontraba en condiciones de hablar con nadie.

Ariadna la había llevado a su propia casa, no quería que permaneciese en el mismo hogar que había compartido con Carla. Ambas descansaban en el sofá de Ariadna. Ella estaba sentada, y Myriam, tumbada de lado, con la cabeza apoyada sobre sus piernas. No había dejado de llorar desde que salieron del hospital.

Cuando llegaron a la urbanización, Myriam quiso entrar en su casa, pero Ariadna no se lo permitió: si lo hacía, no sabría qué locura podría cometer ella sola, por lo que la obligó a entrar en la suya.

En esos momentos necesitaba una amiga, y como ya no estaba Carla, ella intentaría ocupar su lugar.

Pasadas las ocho de la mañana, Gabriel llegó a casa y encontró a su hermana en la cocina, preparando el desayuno. Ella le contó todo lo que había ocurrido en el hospital. El corazón de Gabriel comenzó a palpar con rapidez, sentía muchísima pena por Myriam, que había perdido a su mejor amiga. Pudo recordar, después de tanto tiempo, lo que sintió al perder a su madre. Si le faltase también su hermana, lo pasaría realmente mal, por lo que entendió perfectamente cómo se encontraría ella.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Gabriel, dando un gran bocado a un bocadillo de jamón con tomate que le había hecho su hermana.

—Está durmiendo en el sofá.

—¿En el nuestro?

Su hermana asintió. Gabriel soltó con rapidez el bocadillo y corrió al salón. Necesitaba verla una vez más. Y allí estaba, encogida como un bebé.

Gabriel agarró una manta y se la echó por encima. Se agachó frente a ella y le apartó el pelo que cubría sus ojos. Realmente tenía mala cara, incluso le pareció notar que estaba más delgada, pero quizá fuera tan solo un efecto óptico, pues él también había tenido una mala noche.

Desde que Miguel le obligó a salir del hospital y seguir con la guardia, había estado como ausente, no podía dejar de pensar en ella. Incluso estuvo a punto de liar una buena con un paciente si no hubiera sido porque Miguel se dio cuenta a tiempo.

Acarició la suave piel del rostro de la muchacha. Deseó besarla, pero prefería hacerlo cuando ella despertara.

Ariadna le observaba cruzada de brazos, apoyada en el marco de la puerta.

—Es cierto que la quieres —dijo ella, sobresaltando a su hermano, que se levantó con rapidez. La miró.

—Claro que la quiero. Jamás he sentido nada igual por nadie...

—Necesita apoyo, una amiga o amigo... —recalcó la última palabra—. No la atosigues o desaparecerá. Deja que sea ella quien se acerque a ti.

Gabriel sabía que su hermana tenía razón. Si ella necesitaba alguien con quien hablar, él sería el primero en estar ahí. Era mejor tenerla únicamente como amiga a que se marchara para siempre de su lado.

Se acercó a su hermana y, tras besarla en la mejilla, subió a ducharse.

En ese momento, la chica recibió una llamada al móvil. Se trataba del padre de Carla, que la avisaba de que todo estaba preparado para el entierro de su hija. Habían tenido problemas con el hospital, pues ellos no querían que le realizasen la autopsia a la chica, mientras los médicos les decían que era necesaria; gracias a Ariadna no se llevó a cabo. Ella tenía el certificado de defunción en su poder, pero en esos momentos le quemaba en las manos, al igual que aquella vez que sujetó el de sus padres...

Tras comprobar que Myriam aún dormía, rebuscó en el bolso de la muchacha y cogió las llaves de su casa. Cruzó la calle que separaba las fincas y, tras meter la llave en la cerradura, abrió la puerta. Entró en la vivienda y buscó su habitación, descubriéndola enseguida, pues había una foto en la cómoda de Charlotte Thorn dedicada a Myriam.

Abrió el armario y buscó algo de ropa para que se la pusiera. Eligió un traje de chaqueta negro y una camisa blanca, cuidadosamente planchadas y colocadas en una percha. Buscó ropa interior en la cómoda. Sonrió, pues prácticamente el ochenta y cinco por ciento de las mujeres guardaban en ese mobiliario las prendas íntimas. Se dio cuenta de que todo lo que había era de firmas conocidas.

Dejó la indumentaria en el salón, sobre el respaldo del sofá. Ya que estaba allí, curioseó por la vivienda. Sabía que aquello estaba muy feo, pero siempre había querido saber cómo era su hogar. La veía tan *fashion* y tan elegante que tenía curiosidad por saber cómo vivía.

Subió las escaleras hacia la buhardilla. Cuando llegó, se quedó asombrada con el taller de costura. Vio los trajes en los maniquís y uno de ellos llamó poderosamente su atención; no pudo evitar tocar aquella fantástica tela. Era un precioso vestido aguamarina con pedrería. Ese debía de ser el que tenía preparado para la actriz.

Abrió el enorme armario y su sorpresa fue mayor. Cada vestido era más bonito que el anterior. Desde luego, poseía una gran imaginación para poder crear aquellas maravillas.

Tomó una percha con un vestido rojo largo. El cuerpo era de seda, con trozos de gasa cruzados, imitando una gran trenza, y, la falda, de vaporosa seda. El escote tenía forma de corazón y unos anchos tirantes de seda trenzada. Se colocó el atuendo por delante y se miró al espejo. Le recordó a un vestido de princesa. Se pudo imaginar a sí misma con él, con unos altos tacones rojos, el pelo recogido en un alto moño y una corona.

Pero enseguida lo guardó en su sitio, cerrando después el armario. Aquel no era el mejor momento para soñar. Cuando todo pasara, le pediría que se los enseñase, o incluso que le dejase probárselos.

Bajó al salón, recogió la ropa y los zapatos, y después salió de la casa, echando la llave.

Cruzó la calle y entró en su domicilio. Buscó a Myriam en el salón, pero allí no estaba. Entonces, fue a la cocina y la vio preparándose un café. Ariadna se asustó, pues pensaba que se había marchado.

—Buenos días —la saludó Ariadna, frotándole los brazos—. ¿Has descansado?

Myriam se encogió de hombros mientras se echaba azúcar en el café.

—Me ha llamado Marcos, te esperan en hora y media en el cementerio.

Marcos y María, los padres de Carla, tomaron un avión desde Galicia hasta Madrid. Acudieron al hospital, pues querían ver a su hija antes de nada. A María tuvieron que suministrarle un calmante, pues, al ver a su hija, a punto estuvo de desmayarse. En cambio, a Marcos se lo veía aparentemente entero, aunque sabían que no se encontraba bien.

Ya se hallaban en el cementerio esperando al resto de la familia de Carla. Incluso Marta y Lolo, los padres de Myriam, habían cogido el primer avión desde Nueva York. Sabían que no llegarían a tiempo para el entierro, pues les esperaban más de trece horas de viaje, pero al menos estarían allí para apoyar a sus amigos y a su hija.

Minutos después apareció Myriam, acompañada de Ariadna y Gabriel, también de riguroso luto. Myriam, al ver a los padres de su amiga, corrió hacia ellos y los tres se fundieron en un amargo y doloroso abrazo. Un gesto que necesitaban.

Ariadna comenzó a sentirse mal, como si fuese ella quien hubiera perdido a una amiga. La última vez que estuvo en un cementerio fue en el entierro de su madre, al que no les permitieron asistir, pero acabaron escapándose de casa, apareciendo en el camposanto. Saber que no podía despedirse de ella fue horrible. Aquel día se convirtió en el peor de su vida. Por suerte, en ese momento, Gabriel permanecía a su lado, quien, al ver su nerviosismo, la abrazó por la cintura y la besó en la cabeza.

Myriam se separó un poco de María y Marcos, dejando que el resto de la familia les diese el pésame.

Minutos después, el cura comenzó la misa. Myriam estaba ausente, intentando recordar los buenos momentos que había pasado con ella. Nunca es agradable acudir a un acto así, pero es más doloroso cuando se trata de alguien a quien quieres de verdad...

Su amiga ya no estaría más con ella, se había marchado para siempre. Al menos, su conciencia estaba tranquila, sabía que la había perdonado. Consiguió despertar del coma para despedirse de ella. Eso sería algo que jamás olvidaría.

La madre de Carla se acercó para abrazarla mientras se despedían de la brillante caja de madera donde yacía su hija, tan guapa como siempre. Ambas mujeres pensaron que estaba durmiendo y que despertaría de un momento a otro, pero no fue así. Ella jamás regresaría.

Comenzaron a bajar el féretro a la tumba de mármol blanco donde sería enterrada. Colocaron la pesada tapa también del mismo material y, sobre ella, depositaron los ramos de flores que la gente les había entregado.

Un gran ángel con las alas plegadas y una paloma en la mano cuidaría a su amiga en su

sueño eterno, hasta que sus padres o ella misma acudieran algún día a su lado.

María besó la tumba de su hija entre lágrimas mientras su marido la abrazaba, también llorando. Myriam se apartó un poco, dejándoles intimidad.

Ariadna y Gabriel se acercaron a ella y su vecina la abrazó. Myriam agradeció mucho aquel gesto. Miró de soslayo a Gabriel. Deseaba que él la abrazara, que la ayudara a olvidar su dolor, pero no podía, no era capaz de rozarle por miedo a su reacción, porque, si rechazaba su compañía, sentiría un dolor tan grande que no sabría qué efecto podría causar en su débil cuerpo. Ella sabía que Gabi odiaba a su vecina, la bruja, que era ella, la misma chica al que él le había salvado la vida y del que, sin darse cuenta, se había enamorado profundamente.

Cuando María y Marcos se alejaron, destrozados, ella se aproximó de nuevo a la tumba, y, tras arrodillarse ante esta, dejó un bonito ramo de lirios morados, las flores preferidas de su amiga.

—Jamás te olvidaré, hermana —dijo entre sollozos.

Acarició la gran fotografía que habían colocado sobre la pesada tapa. ¿Qué haría ahora sin ella?

Sus vecinos también pusieron sus respectivos ramilletes sobre la lápida. Ariadna la abrazó de nuevo y le susurró unas palabras que gratificaron a Myriam, la cual hizo un amago de sonrisa.

Gabriel no pudo evitarlo más y la estrechó con suavidad. Myriam aspiró el aroma de su cuerpo. Su camisa olía a perfume. Un perfume afrutado. Pensaba que se había calmado un poco, pero no fue así. Abrazó con tanta fuerza a Gabriel que este comenzó a sentir dolor en sus costillas. Aun así, no pensaba soltarla.

Las lágrimas de la muchacha se convirtieron en un amargo torrente de dolor, que le hizo perder fuerzas y caer de rodillas al suelo. Gabriel, que aún la sostenía, se arrodilló con ella. Llorando los dos, no rompieron en ningún momento su unión.

Ariadna, que estaba de pie junto a ellos, no pudo evitar que las lágrimas mancharan de negro su rostro, corriendo su maquillaje.

La llegada de sus padres desde Nueva York la había animado un poco, tenerlos cerca en esos momentos la había reconfortado, olvidando una pizca el dolor que sentía por dentro. Les contó lo que había sucedido y, considerándose nuevamente culpable por la muerte de su amiga, lloró sin consuelo. Su madre la abrazó y su padre se unió a ellas en aquel instante tan íntimo.

Gabriel y Ariadna la habían acompañado hasta que ellos llegaron. Lolo agradeció de corazón a los dos que hubiesen cuidado de ella en aquel horrible momento.

—Ven con nosotros a Nueva York —le había dicho su madre, pero Myriam no estaba preparada para marcharse de allí, aunque era una gran oportunidad, pues podría aprovechar el viaje y visitar a Charlotte y a su agente y entregarles el traje que había hecho para la actriz.

—Ahora no puedo —les dijo Myriam—, tengo mucho trabajo.

—Si necesitas ayuda con la empresa puedo ayudarte —se ofreció su madre.

—Tranquila, me las apañaré, no puedo dejarlo todo e irme tan lejos. Necesito tiempo para estar sola. Tengo que asimilar lo que ha ocurrido.

Días más tarde, sus padres se marcharon, dejándola sola con sus pensamientos.

CAPITULO 15

Aquel día, en el cementerio, Gabriel creyó morir de pena cuando Myriam lo abrazó con fuerza. No pudo apartarse de ella. Si hubiese sido por él, jamás la habría soltado, sino que la habría apretado con más fuerza aún contra su pecho, como si creyese que aquel contacto le haría olvidar todo el dolor que sentía, pero no fue así.

Tras el entierro, la acompañaron a casa. Gabriel insistió en que se quedara con ellos hasta que regresasen sus padres, pero ella no quiso, necesitaba estar sola. Él lo intentó de nuevo, pero su hermana le rogó que la dejase tranquila.

La mañana en el hospital fue aburrida; por primera vez desde que entró a trabajar ahí, no había apenas enfermos.

Miguel, en cambio, sí tenía bastante trabajo trayendo y llevando pacientes en camillas o sillas de ruedas a sus respectivas habitaciones o incluso a quirófano.

Gabriel dormía cuando Miguel lo despertó.

—Gabi, levanta. Viene de camino una ambulancia con un niño que ha sido atropellado. El hijo de puta del conductor se ha dado a la fuga.

Gabriel odiaba a ese tipo de personas, ¿cómo podía haber gente con tan mal corazón? Daba igual si era hombre, mujer, anciano o niño. ¿Podrían vivir con la culpa? Él, desde luego, no.

En unos minutos llegó la ambulancia. Llevaron a toda prisa la camilla por los pasillos de urgencias. Tras despedirse de Miguel y darle las gracias por haberle avisado, corrió tras la camilla. Se preparó con la bata y los guantes para entrar.

El niño tenía una herida abierta en la cabeza.

—Ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, vamos a realizar un escáner para descartar posibles lesiones internas o fracturas —dijo uno de los enfermeros.

Llevaron al pequeño a través de los pasillos para hacerle la prueba. Una vez terminaron, comprobaron que, por suerte, solo tenía un esguince en el tobillo derecho y algunas contusiones por todo el cuerpo, además de un ojo morado e hinchado y la gran brecha en la cabeza.

Gabriel tuvo una especie de visión, imaginándose que ese niño podría haber sido su sobrino o incluso su propio hijo. Tenía tanta rabia acumulada de ver al pequeño tumbado en la camilla, monitorizado y con las vías para administrarle los calmantes que no pudo evitar que las lágrimas afloraran y rodaran por sus mejillas, las cuales limpió de inmediato con el brazo.

El chico se dispuso, con ayuda de Lorena, la anestesista y su compañera de turno, a suministrar más calmantes al pequeño, que comenzaba a ponerse demasiado nervioso, cuando, de pronto, sintió que alguien tiraba de él y le apartaba del niño.

—Gabriel, ¿desde cuándo tienes tú, un enfermero de mierda, el derecho a hacer nuestro trabajo?—le increpó Luis, uno de los médicos.

Luis Sánchez era un cirujano un tanto engreído, se creía el dios del hospital. No era la primera vez que liaba alguna, por ejemplo, dándole medicación equivocada a algunos pacientes. Además, tenía muchas quejas, pero por desgracia conocía a alguien importante y estaba allí por enchufe.

—Soy alguien con un par de cojones que no se rinde ante nada y que se preocupa por sus pacientes, no como tú —se defendió Gabriel, con mirada amenazante—. Así que fuera de mi camino, gilipollas.

Lorena empujó al médico, apartándole de allí. Luis se dio media vuelta y continuó a lo suyo.

Gabriel, con una sonrisa triunfante, preparó junto a su compañera todo lo necesario para la operación, pues el escáner había detectado parte de masa encefálica fuera de la cavidad craneal.

Más tarde, Gabriel se acercó a administración, donde su hermana y el resto de compañeros los esperaban a él y a Lorena. Cuando los vieron salir del quirófano, les aplaudieron y vitorearon, pues varios enfermeros habían escuchado la conversación entre enfermero y médico. La noticia recorrió el hospital como la pólvora. Ariadna corrió hacia él y saltó, encaramándose a la cintura de su hermano mientras le abrazaba con fuerza.

—¡¡Olé ese par de huevos, hermanito!! Ya era hora de que mandaras a la mierda a ese imbécil.

—No podía dejar que me toreará una vez más —rio él.

—Lo sé, y por eso te adoro.

Bajó de la cintura de su hermano y le besó en la mejilla. Después, felicitó también a Lorena, que se sonrojó.

—Os merecéis el ascenso —les comentó Ariadna.

—Gallego, López, os espero inmediatamente en mi despacho —dijo alguien a su espalda.

Todos callaron de repente y su alegría se convirtió en prudencia. El director del hospital estaba allí.

Ariadna miró preocupada a su hermano, que se encogió de hombros y cruzó los dedos. Ella lo imitó, deseándole buena suerte.

Él y su compañera siguieron al hombre hasta el último piso del edificio, donde se encontraban las oficinas y el despacho del director del hospital. Entraron en la sala y su superior se sentó en su cómoda silla, frente a su escritorio, cruzándose de brazos.

José Antonio de Santiago era un hombre que infundía respeto. Tenía el pelo y la barba completamente blancos, a pesar de no tener más de cincuenta y seis años. Llevaba más de treinta y cinco trabajando en hospitales como cardiólogo, hasta ahora, que había reducido su trabajo a encargarse del hospital y, de vez en cuando, de alguna operación importante.

Los miró con sus ojos verdes y con una mueca de enfado.

—Sentaos, por favor —les dijo muy serio. Los chicos se sentaron frente a él—. Lo primero, tengo que llamarte la atención por haber insultado al doctor Sánchez.

—Señor, no me permitía realizar mi trabajo —habló Gabriel—. Lleva tiempo molestándome y dejándome en ridículo delante de mis compañeros y hoy no he podido aguantarme. Lo siento.

—En cuanto a usted, Gallego —miró a Lorena—, el doctor Sánchez asegura que le ha impedido acercarse a Gabriel.

—Es cierto, señor, pero únicamente le di un pequeño empujón —confesó ella.

El director tenía el semblante serio y el ceño fruncido.

Gabriel y Lorena se miraron: sabían lo que venía a continuación. Agacharon la cabeza resignados y esperaron el veredicto de su superior.

—Lo dejaré estar, pues no ha derivado en ningún problema, pero que no vuelva a ocurrir, ¿entendido? —Ambos asintieron—. Ya tendré yo unas palabras con Luis Sánchez. Por otro lado, sé que lo deseáis y que habéis luchado mucho por ello, pero no puedo daros ese ascenso. El hospital no tiene tanto dinero. Lo siento —su voz sonó triste.

Era su trabajo, pero aun así sentía mucha lástima por ellos, habían salvado a un crío que tenía toda la vida por delante y, en lugar de premiarles por ello, los castigaba no pudiéndoles dar el ansiado ascenso.

Salieron más tranquilos del despacho. Nada más cruzar la puerta, Lorena comenzó a llorar de alegría, habían pensado lo peor. Entraron en silencio en el ascensor y bajaron a administración. Su turno de trabajo había terminado y tenían que cambiarse, recoger sus cosas y marcharse.

Allí los esperaban Miguel, Ariadna y otros tantos compañeros, que, al verlos más animados, respiraron tranquilos.

Miguel se acercó a Gabriel y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Debes descansar un poco. Tienes días libres, así que haz algo de provecho —le dijo su amigo.

—Podrás terminar de una vez la porquería esa de coche que tienes en el garaje —comentó ahora su hermana.

Gabriel sonrió.

Los dos compañeros entraron en la sala de descanso y, tras cambiarse de ropa, guardaron sus uniformes en sus mochilas. Les esperaban tres días de descanso. Salieron sonrientes, el haber salvado la vida al niño les había hecho especiales, les había convertido en héroes por un momento.

Cuando pasaron por administración, todos les aplaudieron a modo de despedida hasta dentro de unos días. Gabriel pidió a su hermana que en algún momento pasara a hablar con los médicos y, si le daban permiso, visitara al niño y le contara cómo evolucionaba.

Ariadna lo habría hecho igualmente, aunque él no le hubiese dicho nada.

Salieron fuera acompañados por Miguel, que se sentía muy orgulloso de sus compañeros, en especial de su amigo.

—Te echaré de menos por aquí. Hasta mañana, señor héroe —le dijo Miguel.

—Bah, como si me fuera a librar de ti... Te veo en casa, mariquita.

Miguel le dio un puñetazo amistoso en el hombro. Gabi se puso el casco de la moto y, después de colocarse la mochila sobre los hombros, se sentó en su preciosa Ninja. Encendió el contacto y aceleró, saliendo disparado y provocando un fuerte chirrido con las ruedas.

Lorena se montó en su pequeño Ibiza y se marchó a casa con una sonrisa en los labios.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que alguien los observaba desde el último piso. José Antonio de Santiago estaba muy orgulloso de sus dos empleados. Hacía muchos años que trabajaba en el hospital y nunca había tenido unos enfermeros tan entregados con su trabajo como aquellos chicos. Sí, eran jóvenes en comparación con cirujanos, traumatólogos y demás especialistas, pero ninguno había tenido las agallas suficientes para hacer el trabajo de un médico. Hasta ahora.

Cuando Gabriel llegó a casa, aparcó la moto en el garaje. Al salir, se quitó el casco sin poder evitar mirar hacia la casa de Myriam, esperando verla. Y la vio.

La muchacha regaba y arrancaba las malas hierbas del jardín. Llevaba puesto un *short* vaquero y una camiseta de tirantes azul marino. Ella no fue consciente de que el escote de su camisa enseñaba más de lo que imaginaba, pero Gabriel sí se dio cuenta de ello.

El muchacho no había olvidado ni por un instante lo que sintió al probar sus turgentes pechos. Recordar aquellos momentos despertó su entrepierna, por lo que intentó no volver a pensar en ello.

Con el casco enganchado en su brazo cruzó la calle y se acercó a la muchacha, que intentaba sin éxito arrancar unas hierbas.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Gabriel, sobresaltando a su vecina.

—Hola, Gabriel. No hace falta, creo que puedo...

Se puso de cuclillas y, con las dos manos, intentó tirar de las mustias plantas, pero no lo logró. Lo único que consiguió fue que se rompiesen las flores y se cayera de culo al suelo.

Gabriel rio con ganas y ella se enfadó. El chico dejó el casco sobre las escaleras. Se agachó un poco y tiró, sin apenas hacer fuerza, de las malas hierbas que estropeaban la cuidada rosaleta.

Le mostró con una gran sonrisa las plantas y ella se levantó. Cogió la manguera y, sin mirarle, se dispuso a regar su jardín. Gabriel puso los ojos en blanco y se marchó sonriendo a por su casco, pero un chorro de agua le cayó encima.

Se giró rápidamente y vio como Myriam se reía a carcajada limpia mientras sostenía la manguera con el grifo abierto.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —rio él.

Dejó su casco a buen recaudo y corrió hacia ella. Myriam se defendió con el agua, pero a Gabriel no le importó empaparse.

Sin ella poder evitarlo, él la cogió por la cintura y la elevó del suelo. Comenzó a dar vueltas sobre sí mismo sin soltar a la chica. Ella, que no había soltado la manguera, se la enchufó a la cara, intentando que la dejara caer, pero, en lugar de eso, Gabriel le hizo cosquillas.

Myriam no paraba de reír y gritar rogándole que la soltara, pero él ignoró su súplica.

—¡Suéltame, por favor! ¡Cosquillas noooo, tengo muchaaaaas! —gritó ella.

La dejó de nuevo en el suelo y la chica se descuidó un poco. Gabriel aprovechó y le quitó la manguera. Myriam vio sus intenciones.

—Gabriel, no. Suelta eso —le amenazó la joven.

Gabriel sonrió maliciosamente y le apuntó con el chorro de agua, empapándola.

—¡Cuidado con la escayola! —le regañó ella de malos modos, pero su regañina se convirtió en una carcajada.

Cualquiera que los viera pensaría que estaban locos.

Cuando Gabriel decidió que su venganza estaba completa, cerró el grifo y se aproximó a ella, comprobando que la escayola se encontraba en perfectas condiciones.

Myriam estaba preciosa. Su pelo negro, ahora mojado, le creaba un efecto distinto, la hacía irresistible. Gabriel sintió la necesidad de besarla hasta que se quedase sin aliento, pero sabía que aún era pronto para forzar las cosas.

Sin embargo, Myriam se fijó en lo sexy que él estaba con el agua goteando de su cabello suelto hasta los hombros. Se lo imaginó desnudo, con gotas de agua recorriendo sus músculos y su vientre.

Notó algo raro en su estómago. No era dolor, sino algo que no había experimentado nunca. Sabía de qué se trataba, pero no se sentía segura de si estaba preparada para ello...

Dio un paso hacia él, le apartó el pelo mojado de la cara y acarició su mejilla, ahora cubierta por una suave barba de varios días. No le gustaban los hombres con barba, pero cierto era que a Gabriel le sentaba de muerte.

El chico sujetó la pequeña mano de ella, la apretó con cariño contra su cara y después le besó la palma de la mano.

—Dios, eres tan perfecto... —dijo ella, sin dejar de mirarle a los ojos.

Se puso de puntillas y le besó dulcemente en los labios, pero enseguida se apartó. Su corazón latía a mil por hora. Gabriel no soltó su mano y ella tampoco hizo amago de apartarla.

—Te... ¿Te gustaría cenar conmigo? —preguntó él con precaución, temiendo la respuesta de ella—. Me gustaría hablar contigo...

Ella soltó bruscamente su mano. No estaba preparada para una sesión de sinceridad con él.

—Tranquila, solo como amigos —sonrió el muchacho al ver que el gesto de ella cambiaba.

Era imposible resistirse a esa sonrisa tan perfecta, por lo que, un poco atolondrada, asintió.

—¡Perfecto! Te recojo a las diez. Ponte ropa cómoda.

La besó en la mejilla, todavía húmeda y, tras recuperar el casco de su moto, se marchó, dejándola pasmada.

CAPITULO 16

Aún faltaban dos horas para su cita con Myriam. No sabía cómo había estado tan tranquilo al hablar con ella si lo único que deseaba era abrazarla, besarla y hacerle el amor una y otra vez... Al menos, había aceptado cenar con él. Le prometió que irían a cenar como amigos y, aunque le doliera en el corazón, se comportaría como tal.

Nunca había roto una promesa y no iba a hacerlo ahora...

Intentó mantenerse entretenido fregando los platos e incluso haciéndole la cena a su hermana, que leía tranquilamente un libro sentada en el sofá. Dudaba si dejarse la barba o afeitarse. Quería estar guapo, pero no parecer un vagabundo.

Se probó incontables prendas hasta elegir su atuendo: unos vaqueros desgastados y una camiseta negra ajustada a sus perfectos músculos. Se puso calzado cómodo y la chaqueta de cuero negra que le había regalado Ariadna hacía un par de años.

Se dejó el pelo suelto y las gafas puestas. No sabía si a Myriam le gustarían, aunque se llevó las lentillas por si acaso.

Cuando llegó la hora, cogió su casco y el de su hermana y salió por la puerta, llevándose una gran sorpresa: allí estaba Myriam, a punto de llamar a su timbre.

Al igual que él, llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta de rayas blancas y negras, pegada al pecho y con anchas mangas hasta los codos. Uno de sus hombros se encontraba al descubierto y mostraba un bonito tatuaje con la frase «*Carpe Diem*» rodeada de mariposas y una rosa. De su brazo colgaba una chaqueta vaquera y la notó bastante más alta debido a los impresionantes zapatos negros de tacón.

—¡Mimi! —se alegró él.

—Hola, estaba aburrida y vine a buscarte.

—Ya iba yo a por ti. Bueno, ya que estás aquí, ven.

Se colgó los dos cascos de un brazo y la agarró de la mano. La guio hasta el garaje, donde descansaba la moto de Gabriel.

Ella se quedó asombrada. Era una moto preciosa. Le encantaban, pero le daban un poco de miedo. Cuando era más joven, le dejaron probar una, pero no se le dio nada bien y acabó en unos matorrales con los brazos y las piernas llenas de arañazos.

Gabriel abrió la puerta del garaje y, mientras se acercaba a ella, se colocó el casco, quitándose primero las gafas y poniéndoselas nuevamente.

—Siento que el casco te despeine...

—Bah, no pasa nada, llevo un peine pequeño en el bolso —sonrió la muchacha.

Ella también se puso el casco y después la chaqueta, pues intuía que pasaría un poco de frío.

—¿Conoces el restaurante Zuric? —preguntó el muchacho mientras arrastraba la moto

fuera del garaje—. Está en pleno centro de Madrid. Tengo un amigo que trabaja allí y me ha conseguido una mesa en una zona tranquila.

—Claro que lo conozco, he cenado un par de veces allí con algunos clientes.

—¿Clientes? —esa palabra extrañó muchísimo al muchacho.

—Luego te explico —dijo ella con una sonrisa picarona.

Tras cerrar la puerta del garaje, se montó en la moto y la arrancó. Myriam se colocó el bolso, que tenía forma de mochila, sobre los hombros. Se montó detrás del chico y se puso cómoda.

—Agárrate fuerte —le pidió él.

Myriam obedeció. Sintió en sus manos el calor de la piel de Gabriel, además de sus perfectos abdominales. Por suerte, él no pudo ver su cara sonrojada, pues había deseado que entre su mano y su vientre hubiera desaparecido aquel trozo de tela oscura.

Gabriel aceleró y salieron a toda velocidad de allí.

El chico prefirió bajar a Madrid por el puerto, disfrutando de las curvas. Ya hacía muy buen tiempo y no nevaría hasta el invierno, si no, sería imposible salir con la moto.

Myriam también disfrutaba de aquella sensación de velocidad. Sentía que el aire frío se le colaba por los riñones, pero no le importó.

Tras pasar el puerto, se incorporaron a la autovía, donde Gabriel aumentó la velocidad.

Sin ser consciente del tiempo pasado, Myriam se dio cuenta de que ya habían llegado a la Gran Vía de Madrid, siempre atestada de coches y personas. Odiaba esa parte de la ciudad, acostumbrada a la tranquilidad de la urbanización.

Aun así, era la mejor zona para ir de compras.

Bajaron del vehículo, que Gabriel dejó aparcado en la acera, enfrente del restaurante. Se quitaron los cascos y el chico ayudó a su acompañante a colocarse el pelo. Después, entraron. Allí los esperaba David, el camarero encargado de las mesas y reservas, el amigo de Gabriel.

—¡Hombre, Gabi! ¡Bienvenido! Hacía meses que no te veía por aquí.

—He tenido mucho trabajo, por eso no había podido pasar a saludarte.

—¿No me presentas a tu amiga? Que, por cierto, es muchíiiiisimo más guapa que las últimas que me has traído. Hola, encanto, soy David.

Myriam soltó una risa forzada mientras le daba la mano al camarero, pero enseguida le lanzó una mirada llena de odio a Gabriel que, al verla, cambió de tema disimuladamente.

—Ella es Myriam... Bueno, ¿dónde está esa estupenda mesa que nos ibas a preparar? —dijo Gabriel, regañando con un feo gesto a su amigo.

David sonrió y los llevó a una mesa apartada de las demás. Nada más sentarse, les ofreció la carta. El camarero se marchó y regresó al poco tiempo con una botella de vino gran reserva.

—Disculpa, ¿podrías traerme a mí un refresco de naranja?

—¿No quieres vino? —preguntó Gabriel, sin entender; a ella le gustaba el vino.

—Sabes que me gusta, pero luego me sienta mal.

Gabriel no supo cómo tomarse ese comentario, si en realidad le sentaba mal o lo decía por si acababa emborrachándose y haciendo alguna locura.

Tal y como había pedido, David le trajo un refresco con mucho hielo.

—¿Qué queréis cenar? —preguntó el camarero.

—¿Qué nos recomiendas? —comentó Myriam.

—De primero os aconsejo o el salmorejo cordobés, muy bueno, por cierto, o la ensalada de manzana. Y de segundo, lo que a mí más me gusta es el secreto ibérico con cebolla caramelizada y puré de patatas o el pollo crujiente relleno de queso y jamón.

—Si quieres —dijo la muchacha—, podemos pedir las cuatro cosas y lo compartimos.

—Por mí, perfecto —respondió Gabriel.

David se marchó dejando a la pareja a solas.

—Así que traes muchas amiguitas, ¿eh? —se burló ella.

—No tantas, no le hagas caso, es un exagerado...

—Ya, ya...

—¿Y tú qué me dices? ¿Y tus clientes? —su tono de voz denotaba celos, cosa que hizo sonreír a la muchacha.

—Gabriel, soy diseñadora de moda. He quedado con muchos famosos aquí —dijo orgullosa—. ¿Sabes quién es Charlotte Thorn? —Él asintió—. El último vestido que hice fue para ella.

Gabriel se asombró. Jamás podría haberlo imaginado. Seguro que tratar con una estrella así era todo un lujo.

—Tengo hasta mi propia firma: Mimi Rodríguez —siguió hablando.

—Me suena de algo esa marca... Seguro que Ariadna tiene algo tuyo.

—Tendré que hablar con ella, porque tengo en mente una línea de ropa interior preciosa...

Gabriel se rio. Era raro que ella hablase de esos temas con él.

—¿Sabes? Estás muy guapa hoy, te veo bien —le dijo él, cogiéndola de la mano—. ¿Cómo te encuentras?

—La echo mucho de menos. La casa es demasiado grande para mí sola, y preferiría no hablar de ella ahora... Sé que me echaré a llorar... Duele tanto, Gabi... —susurró con ojos vidriosos.

—Si necesitas ayuda en algo, a Ari se le da muy bien lo que tenga que ver con números y papeleo —cambió de tema, pues veía que finalmente se pondría a llorar, y todo por su

culpa—. Antes de entrar en el hospital era contable en una asesoría. Puedo decirle que te eche una mano. Incluso si necesitas un chico de los recados, me tienes a mí. Para eso estamos los amigos, ¿no?

Amigos... A ninguno de los dos le gustó cómo sonaba aquella palabra. Ambos se querían, pero el orgullo era mucho más fuerte que el amor...

—Aunque no voy a negarte que me gustaría desnudarte lentamente, besarte, y hacerte el amor sin descanso... —se sinceró, sin mirarla a los ojos, pues tenía miedo de que ella lo rechazara.

—Gabi, yo...

—Tranquila, prefiero que seamos amigos, es mejor eso que no tener nada.

En ese momento, llegó David con el primer plato.

—Que aproveche, chicos. —Y se marchó.

La cena transcurrió tranquila. Ambos hablaron de sus vidas y sus trabajos como si se tratase de su primera cita.

Gabriel se quedaba embobado cuando Mimi sonreía.

Él no había mencionado en ningún momento aquella palabra que tanto le asustaba: embarazo. Pero, al no comentarlo ella tampoco, no le dio demasiada importancia, pues significaría que no lo estaba. Aunque, al menos, podía confirmarle algo al respecto. Estaba completamente «acojonado».

Tras los postres, Myriam comenzó a sentirse un poco cansada, por lo que le pidió que regresaran a El Escorial.

El trayecto de regreso a casa le resultó muy largo al muchacho, pues aquello significaba que aquella magnífica noche terminaría ya.

Aparcó la moto frente al jardín de Myriam y la acompañó hasta la puerta de la casa.

—Gracias por la cena, Gabi, necesitaba despejarme —dijo la muchacha.

—Si necesitas despejarte en cualquier momento, no te pierdas cómo preparo algo de comida, soy un auténtico desastre. —Ella se rio—. Y lo más divertido es que, al menos, esta comestible, ja, ja, ja.

—¿Quieres entrar... y ver mi taller? —preguntó ella, un poco sonrojada.

—Me encantaría.

Myriam abrió la puerta con manos temblorosas. Por suerte, el chico no se percató de ello. Entraron y, tras dar las luces, Gabriel se encontró con el enorme salón de tonos naranjas y marrones. Un gran cuadro de Nueva York adornaba la pared y una enorme televisión de pantalla plana estaba anclada en la otra pared.

Había una bonita chimenea, pero estaba prácticamente sin usar.

Myriam se disculpó y entró en su habitación. Dejó el bolso sobre la cama y se quitó la chaqueta vaquera y los altísimos tacones. Regresó enseguida con él, descalza.

—Te enseñaré la casa. Bueno, el salón ya lo has visto. Primero, quiero que veas el taller, ven.

Subieron por las escaleras de madera al segundo piso y, nada más cruzar la puerta, Gabriel se quedó alucinado. Jamás había visto un taller igual. No entendía mucho de moda, pero aquellos vestidos se veían preciosos y de gran calidad.

Le mostró la prenda que había creado para la actriz que tanto le gustaba y Gabriel pudo imaginársela, no a la actriz, sino a Myriam con aquel vestido. Estaría mucho más que preciosa. Si Ariadna viera esos trajes, se volvería completamente loca. Incluso le mostró el resto de ropa y complementos que guardaba en el gran armario.

Después, bajaron al primer piso y le enseñó la cocina y su habitación, pero cuando se dispuso a mostrarle el cuarto que había sido de Carla, no pudo hacerlo. Se quedó mirando la puerta y suspiró, intentando contener las lágrimas.

—N-No he sido capaz de sacar sus cosas —dijo, a punto de echarse a llorar.

—No te preocupes. Ven, te prepararé una tila, te relajará.

Gabriel la cogió de la cintura y la apartó de allí, guiándola hacia la cocina, pero a mitad de camino ella se paró.

—Gabi, me duele tanto aquí. —Cogió la mano del muchacho con la mano escayolada y la puso sobre su corazón—. La echo tanto de menos que apenas he dormido desde aquella noche —dijo, con lágrimas recorriendo sus mejillas.

—Tranquila, ella siempre estará contigo, en tu corazón, si no la olvidas nunca.

—Jamás podría hacerlo... ¿Tú olvidarías a tu hermana?

Gabriel negó con la cabeza, no podría imaginar que algo le pudiese pasar a Ariadna. Cuando se dio cuenta, Myriam le abrazaba con fuerza y lloraba sin parar. Él le devolvió el abrazo también con fuerza, pero intentando no hacerle daño.

—Me... ¿Me harías un favor? —pudo decir entre lágrimas, aún sin separarse del pecho de Gabriel.

—Por supuesto, lo que sea.

—¿Te quedarías conmigo esta noche?

El corazón del muchacho comenzó a latir con fuerza. Era consciente de que aquello no significaba nada, pero era un comienzo.

—Hoy y todas las noches que necesites. Vamos.

La cogió de la mano y la guio hasta su habitación. Él se tumbó en la cama y ella a su lado, apoyándose en el perfecto pecho del chico. Gabriel la abrazó. No quería que ese instante acabase nunca. Ella le pidió que le contase algo más de él y Gabriel lo hizo.

Poco a poco, el latido del corazón del chico fue calmándola hasta que se quedó dormida. Gabriel le acariciaba las suaves ondas de su pelo oscuro hasta que él se durmió también.

A la mañana siguiente, Myriam se despertó sola en la habitación. No estaba segura de si Gabriel en realidad había estado allí o si se trataba de un sueño.

Se quitó los vaqueros y se puso ropa cómoda. Eligió un *short* deportivo y una camiseta de tirantes. Se lavó la cara con agua fría y se hizo su particular moño de estar por casa. Salió de la habitación y seguía sin haber rastro de Gabriel, por lo que de verdad consideró que todo había sido un sueño. Pero, cuando llegó a la cocina, se llevó una gran sorpresa. Allí estaba él, casi desnudo. Tan solo vestía un pantalón corto de deporte de color negro. Su pelo estaba mojado y suelto y llevaba las gafas puestas.

Ella se quedó absorta contemplando su ancha y musculosa espalda. Miró lentamente el enorme tribal que tenía tatuado en el brazo izquierdo y que le subía por el hombro, llegándole casi a la oreja. Intentó sentarse en la butaca de la cocina americana, mientras deseaba recorrer el dibujo con su húmeda lengua.

Por culpa de sus obscenos deseos, tropezó y cayó al suelo, asustó a Gabriel, al que se le escurrió la cafetera de las manos, que se hizo añicos contra el suelo, manchando todo con el oscuro líquido.

Al oír el tremendo ruido, corrió para ver qué había pasado y descubrió a Myriam en el suelo, quejándose en silencio.

Rápidamente, la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —preguntó él, preocupado por su brazo escayolado.

—Me duele la rodilla...

Gabriel la cogió en brazos como si fuese una pluma. Ella se agarró a su cuello. Se sentía tan segura entre sus brazos... La llevó hasta el salón y la sentó en el sofá. Le observó a conciencia, como el profesional que era, el brazo operado, descartando más lesiones o que la escayola se hubiese partido. Le comprobó también la rodilla derecha, haciendo que la moviera. Entonces la miró a la cara y se sorprendió.

—No te muevas de aquí, ahora mismo vengo —le dijo el muchacho.

Myriam no entendía qué ocurría hasta que notó algo húmedo en su mejilla. Se tocó y descubrió un líquido pegajoso. Sangre.

Enseguida llegó Gabriel con su enorme botiquín de emergencias que guardaba en casa.

—No te toques —la regañó mientras le inspeccionaba bien la herida—. Te has abierto la ceja con la silla, tengo que ponerte puntos de aproximación⁽⁴⁾.

—¿¡Puntos!?! —preguntó alarmada mientras le apartaba la mano de su cara.

—Tranquila, no es grave.

Eso la tranquilizó, por lo que le dejó hacer. Él era el técnico, no ella.

Se puso los guantes de látex y se acercó a la chica. Cogió el suero y unas gasas para limpiarle la herida. Tras ello, le puso los puntos sobre la herida.

Sus rostros estaban muy juntos. Demasiado. Algunas gotas del pelo mojado de Gabriel cayeron sobre las piernas desnudas de Myriam.

Myriam lo miró a los ojos y, al notar que él también la miraba, bajó la vista a sus labios. Tenía unos labios carnosos que harían a cualquier mujer desear besarlos. Además, se había afeitado, por lo que lucía una suave piel.

Gabriel se apartó y guardó sus cosas en el botiquín. Enseguida se puso de pie.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa.

Él también sonrió.

—He de marcharme. Tengo que sacar a *Baloo* a su paseo diario de por las mañanas...

—¿No desayunas conmigo? —Puso cara de niña triste.

—No puedo negarme a esa carita... —dijo acariciando su cabeza como si se tratara de una mascota.

Entre los dos recogieron el estropicio de la cafetera y tomaron leche con cacao y unas tostadas.

Una hora más tarde, él la ayudó a fregar los cacharros. Tanto dinero y no tenía un lavaplatos. El chico la convenció para que se comprara uno, sería mucho más cómodo para ella, sobre todo ahora con la escayola. Incluso se ofreció para acompañarla a adquirirlo.

Gabriel agarró su botiquín y se dirigió a la puerta.

—Gracias por quedarte anoche conmigo —agradeció la chica.

—Ya te dije, princesa, que todas las que tú quieras o necesites. Si te apetece, puedes venir a mi casa y comer con Ari y Miguel.

—No quiero molestar...

—Que boba eres... No molestas. Así podrías aprovechar y hablar con Ari del trabajo.

—Está bien, acepto tu invitación.

Gabriel se colgó el botiquín al hombro y salió de la casa, pero Myriam lo agarró del brazo. Se acercó a él y lo besó en la comisura de los labios. Entonces, el chico aprovechó para besarla.

Ella le devolvió el beso.

—Gabi, *Baloo*... —dijo sin separar sus labios de los de él.

—*Baloo* puede esperar...

Myriam tiró de él hacia el interior de la casa y cerró la puerta de una patada, sin dejar de besarle. Gabriel tiró al suelo el botiquín para poder abrazarla con fuerza. Puso sus manos sobre el trasero de la muchacha y la elevó, dejando que ella se enganchara con sus piernas a su cintura, besándola con avidez.

Pero, de pronto, sonó su móvil. Llevaba tiempo deseando hacer eso y no iba a permitir que nada ni nadie lo estropeará. Quería estar dentro de ella y no separarse nunca.

Gabriel caminó hasta la habitación de Myriam y la dejó en el suelo, frente a él. Le quitó la camiseta con rapidez y, con sus manos, masajeó sus pechos, que estaban desnudos. Los

besó y después la besó a ella.

Myriam jugueteó con la entrepierna de él, notando como se endurecía ante tal contacto.

Él la empujó hacia la cama y ella se tumbó, esperando que él lo hiciera sobre ella. Gabriel le quitó despacio el *short* y el tanga, disfrutando de aquella perfecta visión de la muchacha. Después, él se deshizo de su ropa y de las gafas, y se colocó sobre ella, besándola nuevamente.

Sin haberse dado cuenta, notó como Gabriel se adentraba en ella con suavidad. Segundos después, se convirtió en un vaivén de caderas.

El móvil del chico continuaba sonando, pero a ninguno de los dos les importó.

Myriam llegó al clímax antes que él. Al notar como los músculos de la muchacha se contraían, él no pudo controlarse más y llegó al orgasmo de inmediato. Allí, sobre ella, la miró a los ojos y le acarició el cabello, ahora sin el moño. La chica le apartó unos mechones de pelo y se los puso tras la oreja, acariciándole también la mejilla.

Ninguno de los dos dijo nada, sus sonrisas hablaron por ellos.

Poco después, compartieron la ducha, que se convirtió en una húmeda sesión de sexo. Hacía tiempo que Mimi no disfrutaba de esa placentera sensación mientras el agua recorría sin preocupación sus cuerpos.

CAPITULO 17

La comida con Myriam, Miguel y Ariadna se le antojó perfecta a Gabriel.

Myriam le había hablado a Ariadna sobre el trabajo de ayudante y la chica aceptó sin dudar. Gabriel estaba en lo cierto, ella tenía algunas prendas de ropa interior suyas, incluso bolsos de fiesta. Jamás habría imaginado que su vecina sería la mismísima Mimi Rodríguez, una de sus diseñadoras favoritas. Sabía que era diseñadora, pero no una tan conocida.

Durante la comida, Gabriel y Myriam se lanzaban miraditas de amor, de las que la otra pareja se dio cuenta. Ari estaba muy contenta de cómo su hermano comenzaba a ser feliz, nunca lo había visto tan bien y enamorado como lo estaba de Mimi.

Cuando terminaron de comer, Ariadna le pidió a Myriam que la acompañase a la cocina a por el postre.

Una vez allí, cerró la puerta y se acercó a Mimi.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó la rubia.

—La echo mucho de menos. Menos mal que os tengo a vosotros, si no, creo que me habría vuelto loca...

—¿Y el embarazo?

El cartón de leche que Myriam tenía en la mano se cayó al suelo. Por suerte, estaba cerrado.

—¿¿Cómo...??

— Encontré un test en el suelo la noche que Carla falleció... Y lo escondí.

—¿Lo sabe Gabi? —Ari negó con la cabeza—. No le digas nada, por favor... Ni siquiera sé si quiero tenerlo...

—Si decides tenerlo, cuéntaselo, por favor. Si no lo haces, sé que jamás te lo perdonaré.

—Lo sé... Tampoco me lo perdonaría a mí misma...

—¿De cuánto estas?

—Tan solo de unas semanas... Ni siquiera sé si esto seguirá adelante o no...

—Quiero que cuentes conmigo para lo que sea, decidas lo que decidas, ¿entendido? Ambos tendréis mi apoyo hagáis lo que hagáis.

Myriam sonrió a su nueva amiga. Jamás podría sustituir a Carla, pero tenía la impresión de que Ariadna se esforzaría por intentarlo, y ella se lo agradecería.

Tras el café, Gabriel y Miguel se tuvieron que marchar a la base, pues les tocaba hacer guardia y no regresarían hasta la mañana siguiente.

Entonces, Myriam aprovechó para darle una copia de las llaves de su casa a Ariadna. Le enseñó su hogar y su querido taller. Su vecina fingió sorpresa porque ya lo había visto

antes, pero jamás se lo diría. Aunque se sentía mal por ocultárselo. Myriam le mostró muy orgullosa el atuendo que sería para la gran actriz de Hollywood.

—Mimi... Tengo algo que contarte.

—¿Qué ocurre?

—Yo... Ya había estado aquí. ¡No te enfades conmigo! ¡No toqué nada! ¡Te lo juro! — la diseñadora se dio cuenta de lo mal que se sentía y no le dio importancia.

—No te preocupes —sonrió—. Mira, como sé que te gusta tanto mi firma, elige uno de estos vestidos —le dijo a su nueva ayudante, abriendo el gran armario lleno de trajes de fiesta.

—¿En serio? —Mimi asintió—. No, no puedo aceptarlo...

—Vaaaaamos. Pruébatelos.

Le sacó un montón de hermosos vestidos que Ari no tuvo inconveniente en probarse. Ella era una chica alta y estilizada, y además usaba la misma talla que Myriam, por lo que todos los vestidos le sentaban como un guante. Estaba muy bonita con todos, pero había uno que la hacía especialmente guapa. Se trataba de un modelo de color champagne lleno de pedrería, con un gran escote en V y sin mangas. La falda se ajustaba en las caderas hasta la espinilla, donde se abría como si fuese una cola de sirena.

Le recogió el pelo en un moño bajo y le puso una horquilla con una bella rosa del mismo color que el vestido.

Cuando Ari se miró al espejo no podía creérselo, parecía una auténtica actriz que se dirigía a la alfombra roja de los Oscar.

—Estás preciosa... —dijo Mimi, mirándola de arriba abajo.

—Te juro que si algún día me caso, tú me harás el vestido...

—Y para mí será todo un honor.

Ariadna la abrazó con ganas. Después, Mimi la ayudó a desvestirse y se fijó en unas cicatrices en su espalda.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Myriam muy enfadada.

Ariadna se puso rápidamente la camiseta y la miró a los ojos.

—Fue... mi padre...

Ariadna le contó la historia completa, incluyendo el asesinato que Gabriel cometió para salvar su vida.

Myriam se emocionó tanto con su horrible historia que se echó a llorar, contagiando a Ariadna su tristeza. Si ya quería a Gabriel, saber que siempre había sido un héroe, le hizo amarle aún más.

—Gabi aún tiene pesadillas con aquel día. Sé que ningún psicólogo podrá borrar de su mente aquellos malos recuerdos, además, meterlo en el reformatorio no ayudó nada... — Ari estaba preocupada por su hermano y Mimi se dio cuenta de cuánto quería a su hermano.

—Necesita tu apoyo, y ya se lo estás dando, quizá solo necesita a alguien que esté a su lado.

Su vecina, sin ningún pudor, le enseñó el resto de marcas de su cuerpo. Incluso le confesó que, si se fijaba bien en el tatuaje de su hermano, encontraría en el hombro una cicatriz bastante fea de un latigazo con el cinturón.

—Quiero que sepas que aunque lo tuyo con mi hermano no vaya bien, yo seguiré siendo tu amiga —le dijo Ariadna con total sinceridad.

Eso emocionó aún más a Myriam. Si era verdad que su relación con Gabi no iba a ir bien, necesitaría a alguien que la apoyase. Abrazó a la otra chica, dejándola casi sin aliento.

En ese momento, la diseñadora recibió una llamada telefónica. Ariadna la escuchó hablando en inglés, por suerte, ella lo entendía bien, pero Mimi conversaba tan bajo que apenas pudo escuchar qué decía.

—Creo que vas a empezar ahora mismo con tu trabajo de ayudante —dijo Myriam muy sonriente.

—¿Ah, sí? ¿Qué tengo que hacer?

—Comprarme un billete a Nueva York para dentro de unos días.

—¿A Nueva York? ¿Les ha pasado algo a tus padres?

—¡Para nada! ¡Tengo una cita con Charlotte para entregarle su traje!

Ariadna la abrazó, dándole la enhorabuena. Inmediatamente, encendió el portátil que había sido de Carla y se puso a buscarle un vuelo en clase *bussiness* tal y como su «jefa» le había pedido. Tenía la impresión de que ese trabajo le iba a gustar mucho más que el del hospital.

—¿Para qué día te compro el billete de vuelta? —preguntó Ari mientras buscaba el vuelo.

—Busca solo ida.

La chica la miró preocupada.

—Volveré, tranquila, ya que estoy allí, me gustaría pasar unos días con mis padres.

La preocupación de Ariadna desapareció. Mimi le había prometido que pronto la llamaría para que le reservara el vuelo de regreso. Mientras su nueva ayudante compraba el billete, ella aprovechó para mandarle un mensaje a Gabriel al móvil.

«Necesito hablar contigo. Mañana cuando salgas de la guardia, pásate x mi casa. Pídele la llave a Ari. Bss».

Cuando Gabriel recibió el mensaje de Mimi eran las tres de la madrugada. Habían tenido avisos durante toda la noche y por fin habían conseguido descansar un rato. Ese simple mensaje le había preocupado tanto que se sentía incapaz de pegar ojo, mientras sus

compañeros dormían. Incluso Miguel roncaba. Solo pudo hacer una cosa: responder.

«Sé que es tarde, lo siento. Salgo a las 8. Iré a despertarte. Bss».

Las horas siguientes se le hicieron eternas. Quizá Mimi quería decirle algo sobre el embarazo, pero, por otra parte, no debería ser eso, pues ya había tenido más de una ocasión para contárselo...

Al terminar su turno, se despidió de sus compañeros. Miguel se marchó a su casa a dormir un rato, ya vería más tarde a su chica. Gabriel se despidió de él, se montó en su moto y se dirigió a su hogar.

Su hermana ya estaba despierta, pues en un rato iría a trabajar al hospital. Se metió en la ducha y se puso ropa cómoda. Eligió un pantalón largo de deporte azul oscuro y una camiseta blanca de tirantes. Se recogió el pelo en una coleta y se quitó las lentillas, poniéndose las gafas. Le pidió a su hermana las llaves de la casa de Mimi y Ari le ordenó que las quería de vuelta.

Cruzó la calle y abrió la puerta. Frente a él se encontró de espaldas a la muchacha que entraba en su habitación con ropa en las manos. Sigilosamente, se dirigió al cuarto. Iba a entrar para darle un susto, pero ella salió antes, asustándose los dos.

—Joder, Gabi, ¡qué susto!

—El susto me lo he llevado yo...

Myriam le miró y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó él mientras andaba marcha atrás hacia el salón.

—Estás muy divertido con esas gafas, pareces un empollón —se mofó.

—¡Venga ya! ¡Si estoy *supersexy*!

Eso no se lo pudo discutir. Gabriel estaba *sexy* de cualquier forma, incluso si llevara vestido y tacones. Imaginárselo con esas pintas hizo que se carcajeara. El chico no se atrevió a preguntar, pues sabía que sería por él.

Myriam regresó a su habitación y él la siguió. Vio la maleta y le dio un vuelco el corazón.

—¿Y... Y esa maleta? —le costó preguntar.

—Me marcho a Nueva York unos días, tengo una cita con Charlotte para entregarle el vestido y hacer las últimas pruebas para que esté perfecto. También pasaré unos días con mis padres.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? —dijo él, bastante enfadado.

—¡Me llamó ayer su agente! Fue justo antes de mandarte el mensaje.

—Te voy a echar de menos, princesa.

Gabriel se acercó a ella, puso las manos sobre su cintura y la atrajo hacia sí. Ella se

dejó abrazar. Entonces se agachó y la besó.

—Me marcho en un par de días —dijo ella.

—Yo te llevaré en mi tartana de coche... En la moto no entra esa enorme maleta. —Y la besó de nuevo.

Esta vez fue ella quien dominó el momento. Empujó a Gabriel y este cayó sobre la cama. Myriam se sentó a horcajadas sobre sus piernas y lo abrazó.

Él le besó el cuello, los hombros, su escote y, por último, le quitó la camiseta. Masajeó sus pechos y lamió sus pezones. Ella le quitó las gafas y la coleta, acariciando su sedoso pelo rubio.

El muchacho se hizo paso entre el pantalón de Mimi y el tanga, acariciando su suave terciopelo. La muchacha gimió sin dejar de besarle. Entonces, ella se apartó de golpe, dejando al muchacho atontado.

Pensó que lo dejaría ahí con el calentón, pero no fue así, con lentitud, para su disfrute, Myriam se quitó el pantalón y el tanga, quedando completamente desnuda. Le ordenó que se tumbara en la cama y él obedeció.

Ella gateó desde los pies de la cama hacia él, como una pantera a punto de saltar sobre su presa. Cuando llegó a la zona sensible y visiblemente endurecida de él, lamió su vientre, sus abdominales y su pecho. Su lengua recorrió el tatuaje de su hombro y acabó en su cuello, mordiendo su oreja y, finalmente, lo besó con avidez, mientras le bajaba el pantalón.

Se puso de nuevo a horcajadas sobre él y se movió, haciendo que sus sexos se rozaran.

—Mimi, por el amor de Dios, no me hagas esto...

Ella sonrió. Se incorporó un poco y notó como el más que endurecido sexo de Gabriel se hundía en ella, haciéndola sentir poderosa.

Sus movimientos fueron lentos y a veces rápidos, hasta que los dos alcanzaron a la vez el orgasmo.

Una hora después, Gabriel se tuvo que marchar a trabajar.

Durante la hora de la comida, Miguel y Gabriel comían juntos en el comedor del hospital. Hablaban de sus cosas cuando vieron que Ariadna entraba allí. Parecía que esperaba a alguien, pues no hacía más que mirar su reloj.

A Miguel le extrañó que no se sentara con ellos. Entonces apareció Myriam. Y no venía sola.

—Gabi, mira, es Myriam. —Le hizo un gesto para que mirara a su izquierda—. Y viene acompañada...

Gabriel miró hacia donde ella se encontraba y, efectivamente, iba acompañada de un hombre. No pudo reconocerlo, pues iba con gafas de sol y una gorra negra.

Los tres se sentaron en una mesa alejada de ellos. El hombre se había sentado frente a

Myriam y al lado de Ariadna, que la saludó dándole dos besos.

Mimi agarró al chico de la mano con cariño. Gabriel no podía creérselo. Pensaba que todo entre ellos estaba bien, pero no era así. ¿Le estaría engañando con ese hombre?

Este se quitó la gorra y las gafas y la sorpresa de Gabriel fue aún mayor. Aquel pelo anaranjado lo reconocería a leguas... ¡Richi le estaba robando a su chica! Miguel se quedó con la boca abierta al reconocer al policía, que estaba coqueteando con la novia de su mejor amigo.

Gabriel, enfadado, se levantó de la silla y corrió hacia ellos. Miguel siguió a su amigo, pues tenía por seguro que se iba a liar una buena.

—Buenas tardes —dijo Gabi bastante enfadado.

Myriam se levantó para besarle, pero él se apartó.

—¿Qué pasa, Gabi? —preguntó ella, sin entender qué había pasado.

—Richi, ¿qué haces aquí?

—¿Pues no lo ves, Gabi? Rodeado de bomboncitos —sonrió.

Ariadna entendió a la primera el tono de voz de su hermano, por lo que se levantó y se puso delante de él.

—Gabi, no es lo que piensas —le dijo su hermana en voz baja—. Richi está ayudando a Myriam con el pasaporte. Así que olvida ese tono y esa cara de novio celoso. YA —le ordenó.

Mimi lo cogió de la mano y tiró de él para apartarlo de sus amigos.

—¿En serio pensabas que te estaba engañando? —dijo ella con tristeza.

—Jamás dudaría de ti, pero sí de él...

—Gabi, yo te quiero a ti y a nadie más. Ven, comamos juntos.

Se sentaron en una mesa lejos de los demás. Ariadna y Miguel sabían que necesitaban estar solos y despedirse, pues esa tarde ella saldría de viaje a Nueva York.

Myriam le contó lo que Richi le había dicho. Él y Carla habían tenido una «cita» la noche en que ella fue atacada. La había encontrado en el Cha Cha Chá tomando un batido cuando él, que acababa de salir de su turno en la comisaría, la vio allí. La había reconocido al momento. Sabía que era la amiga de Myriam, pues Gabriel le había comentado en alguna ocasión que la segunda bruja era asiática. Y tras charlar durante un rato, acabaron montándoselo en el coche de Carla.

Gabriel se rio por el descaro de su amigo. Ya le había dicho en una ocasión que las dos vecinitas eran *sexys*, pero jamás se habría imaginado que se la habría ligado. Desde luego, el uniforme era un gran punto a su favor.

Después de comer, Myriam se despidió de sus nuevos amigos. Ciertamente era que los iba a echar muchísimo de menos a todos.

La despedida en el aeropuerto fue muy dura para los dos, pues Myriam no sabía exactamente cuándo regresaría. No tener cerca a Gabriel iba a ser muy complicado para ella.

Tras un último y largo beso, Myriam desapareció por la puerta de embarque, no sin antes despedirse de él con la mano.

Se habían prometido chatear todas las tardes. Lo harían a las seis de la tarde, hora española, que serían aproximadamente las doce de la mañana en Nueva York. Incluso se enviarían *emails* fuese la hora que fuese.

Decirle adiós, aunque fuera por unos días, iba a ser muy difícil para Gabriel...

CAPITULO 18

Tras casi nueve horas de viaje, Mimi estaba deseando llegar a casa de sus padres y relajarse, pero no había tiempo: en un par de horas tenía una cita importante y no quería llegar tarde.

Cuando salió por la puerta de embarque con la maleta a rastras, se llevó una grata sorpresa: la mismísima Charlotte Thorn, acompañada por Jeremy, su representante, la esperaban de incógnito. La actriz, al verla, corrió en su busca, fundiéndose ambas en un fraternal abrazo.

—¡Me alegro de conocerte al fin! —dijo la bella intérprete mostrando su intento de hablar español para comunicarse con ella. A Mimi le encantó el gesto y, al ver que le costaba comunicarse, fue ella quien acabó hablando en inglés—. Lo lamento, sigo aprendiendo español, pero es muy difícil —comentó ya en su idioma—. Gracias por venir. Vamos, nos esperan. —Se puso de nuevo las gafas de sol que, junto a su peluca pelirroja, no le hacían parecer ella misma.

Charlotte la agarró del brazo mientras Jeremy se encargaba de su maleta. Salieron de la terminal y allí las esperaba una gran limusina blanca. Mimi estaba alucinando, pues nunca había montado en una. Una vez dentro, el conductor arrancó y las llevó a la hermosa y carísima casa de la actriz, la cual compartía con dos preciosas gatas persas. Tras ofrecerle algo de beber, la rubia pidió a la diseñadora que le enseñara la preciada prenda que iba a lucir en la ceremonia de los Oscar. Mimi, sin pensarlo ni un momento, se lo mostró. Charlotte se probó maravillada el vestido, que le sentaba como un guante.

—¡Es impresionante! ¡Qué tela tan maravillosa! Mira, Jer. —Así llamaba ella a su agente y mejor amigo—. ¡Es espectacular! —Se miró al espejo una y otra vez, sin poder creer que la chica tuviera tan buena mano con las prendas—. Es mil veces más bonito que otros cientos que me he probado, ¿verdad?

—Desde luego que sí, Charly. —Jeremy había apodado así a su amiga hacía tiempo. Tan solo él tenía el permiso para hacerlo—. Además, el color te sienta muy, muy bien.

—Ya verás, todas mis amigas se morirán de envidia. ¡Seguro que intentarán contratarte!

—Y yo estaré encantada de hacer tratos con ellas. —Le guiñó un ojo. Después, revisó que no le quedara ni un trozo de tela mal ajustado a su cuerpo—. Ni siquiera tengo que hacer cambios...

Charlotte le hizo un gesto a su amigo, que le entregó el resto del dinero por el encargo.

—Quiero hacer algo más por ti —dijo la actriz. Myriam no entendía qué más podía hacer, haberle pagado el viaje completo para ella ya había sido todo un regalo—. Quiero que seas mi acompañante en la cena y la gala.

—¡Pero...! —Sus ojos se abrieron desmesuradamente. No podía creer lo que le estaba diciendo—. ¿En serio? ¿A la gala de los Oscar? ¿Para eso no hay que tener invitación y

ser famoso o estar nominado como tú lo estás?

—Cielo, si te estoy invitando es porque puedo hacerlo. —Le dedicó una gran sonrisa, que Myriam le devolvió. A punto de darle un ataque de alegría, no pudo negarse: era la ocasión perfecta para darse a conocer entre los famosos.

Los días que pasó con sus padres fueron magníficos. La colmaron de regalos y mimos, justo lo que a ella le hacía falta. Sabían que lo había pasado muy mal con la muerte de Carla, pero se alegraron mucho de verla animada, y más aún después de haber conseguido confeccionar un vestido para una gran actriz.

Aquella mañana, sus progenitores la llevaron a pasear por Central Park, lugar que Mimi tenía muchísimas ganas de visitar desde hacía tiempo.

Myriam veía tan felices a sus padres paseando delante de ella, cogidos de la mano, que por un momento tuvo un ataque de celos. Notaba su corazón vacío sin Gabi a su lado. Sintió nostalgia y se imaginó que él estaba a su lado y que paseaban por aquel precioso y cuidado parque, cogidos de la mano. Lo echaba tanto de menos que ese sentimiento confirmó lo que temía: se había enamorado locamente de él. Pero algo que no podía entender era desde cuándo lo estaba. ¿Antes de que tuviera el accidente? ¿Después? Su corazón palpitaba a mil por hora por el simple recuerdo de su compañía.

Pasaron por delante de un grupo de padres con sus hijos. Algunos adultos jugaban al fútbol con los más pequeños, algunas mamás ayudaban a sus bebés a que aprendiesen a caminar e incluso había parejas dando de comer a sus hijos.

Se imaginó a sí misma y a Gabriel jugando con un precioso bebé rubio de largos rizos y cara rolliza. Instintivamente, se acarició el vientre, pensando en si aquello podría hacerse realidad o no...

Durante la comida, a la muchacha se le hizo pesado permanecer con sus padres. No sabía qué hacía allí si lo que realmente deseaba era regresar a España, a casa, con Gabriel. Quería contarle todo, decirle que estaba embarazada y que, si aún seguía con la idea de hacerse cargo, podrían formar una familia.

Cogió su móvil y le escribió un *email* a Gabi, contándole cómo fue la cita con la actriz.

Minutos después, recibió la respuesta a su correo. Gabriel la echaba mucho de menos, incluso Ariadna, que se aburría y había redecorado las dos casas, tanto la de ellos como la de Myriam.

«No me deja entrar en tu casa para ver el estropicio que ha hecho», le decía en su *e-mail*.

Ella a punto estuvo de contarle lo del embarazo, pero no era capaz, prefería decírselo cara a cara y cuando realmente tuviera la certeza de que lo que anidaba en su interior fuera a crecer.

Sus comunicaciones pasaron de ser de varias veces al día, a una. De ahí, un correo electrónico o una llamada cada varios días y, finalmente, una vez a la semana.

Gabriel empezaba a preocuparse por Myriam. Temía que hubiese encontrado allí a alguien, pero sabía que no era así, pues se notaba en sus correos que lo echaba de menos y que le quería.

Él le escribía todos los días, pero no obtenía respuestas tan a menudo.

Ya había pasado un mes desde que Myriam se marchó. Ella le explicó que tardaría un poco en volver, pues otra actriz le había pedido que le diseñase un vestido para una hermana que se casaba. Él lo entendió, pues era su trabajo y allí le pagaban muchísimo mejor que en España, pero tantos desplantes habían comenzado a deprimir al muchacho.

Ariadna intentaba animarle diciéndole que no se preocupase, que ella se encontraba bien. Mintió a su hermano contándole que ella también llevaba tiempo sin hablar con Mimi, pero no era cierto: charlaban todos los días, pero por asuntos de trabajo, nada más.

Y los meses pasaron.

Julio.

Agosto.

Septiembre.

Octubre.

Noviembre...

CAPITULO 19

Las primeras hojas del tardío otoño comenzaban a cubrir las calles con un colorido manto. Tras la desaparición del verano, el ánimo de Gabriel había empeorado con el paso de los meses. Myriam no había regresado, pues su madre se cayó y se rompió una pierna, por lo que entre ella y su padre tuvieron que echarle una mano.

Ella le aseguraba que se encontraba bien, que le echaba muchísimo de menos y que sentía el no haberle escrito tan a menudo como él lo hacía, pero ayudar a su madre le robaba muchísimo tiempo.

Incluso le había contado que en un hospital de Nueva York le habían quitado la escayola y que le habían examinado a conciencia el brazo, comprobando que los huesos se habían soldado a la perfección, por lo que al fin se sentía libre. Ya podía hacer cosas por sí misma, incluso ducharse sin tener que ponerse la maldita bolsa de plástico.

Por su parte, él le había contado la situación en su casa. Miguel se había ido a vivir con ellos, pues había discutido con sus padres y como él y Ariadna querían estar juntos, aprovechó la ocasión para marcharse de allí.

Él se sentía un «sujeta velas» cuando la pareja estaba con él y se hacían arrumacos. Siempre se marchaba a su habitación a leer una y otra vez los *emails* de Mimi y ver las fotos que le enviaba. De todas, la que más le había gustado era una en la que aparecía muy sonriente con Charlotte Thorn. La veía feliz. Feliz sin él... Esa noche sería la gran gala a la que la muchacha asistiría acompañando a la actriz. Le deseó mucha suerte en esa aventura, aunque se moría por estar ahí con ella, a su lado.

Durante la comida con la artista, Charlotte le presentó a otro de sus mejores amigos, Josh Knight, con quién más de una vez había protagonizado rumores de romance, pero entre ellos jamás había pasado nada. Eran como hermanos.

—Estoy harto de los cotilleos. El día que tenga una pareja, se enterarán porque yo mismo les venderé la exclusiva —rió, contagiando a las dos chicas, que lo hicieron con ganas.

—Chicos, tengo que marcharme —dijo Charlotte mirando su reloj—, tengo cita con mi peluquero. Myriam, cuando acabe conmigo le diré que te haga una visita al hotel. Y no olvides que en cuatro horas volamos a Los Ángeles.

Se despidió de ellos y los dejó solos en el restaurante.

—Yo también debería irme, no sé ni qué vestido ponerme —comentó la morena, dando un último trago a su vaso de zumo.

—¿Te importa que te acompañe? —pidió Josh.

—Claro, podemos ir andando si quieres y así cruzamos Central Park hasta el hotel.

El actor pagó la comida, cosa que ella no permitió, pero finalmente él acabó saliéndose

con la suya.

—A la próxima invito yo —dijo ella.

Salieron del hotel y caminaron a paso despreocupado por el parque. Todos se les quedaban mirando y hacían fotos al actor, sin atosigarlos. La chica se sorprendió.

—No puedo creerlo, no molestan. En España los fans son muy diferentes. Allí te abordan para conseguir un autógrafo y se te echan literalmente encima con tal de hacerse una foto contigo —explicó ella.

—Muchos son periodistas de incógnito. Lo malo de la fama es que debes acostumbrarte a ellos, a las entrevistas, las fiestas, los rumores...

—Creo que jamás me acostumbraría a esto... Debe de ser muy duro el no poder enamorarte y formar una familia sin ser acosado por los *paparazzi*.

—Nunca he tenido una pareja estable por ese mismo motivo. Lo más normal es que los que estamos en este mundillo acabemos juntos, pero los que no pertenecéis a él, puede ser demasiado asfixiante. ¿Y tú? ¿Tienes pareja?

Myriam se acarició la barriga, ya bastante abultada.

—Digamos que sí —respondió ella.

—¿Él es el padre?

—Sí, pero aún no lo sabe...

—¿No se lo has contado? —Ella negó con la cabeza—. Creo que deberías contárselo, si yo fuera él, me enfadaría mucho contigo.

—No sé cuál será su reacción... Han pasado tantos meses que no sé si seguirá sintiendo lo mismo por mí.

—Nunca lo sabrás si no se lo dices. ¿Le quieres?

—Más de lo que creía. Nunca pensé enamorarme de esta manera.

—Si lo hablas con él, seguro que lo entiende. Además, no estás aquí por placer, sino por trabajo. Tienes que hacerlo ya, no dejes pasar más tiempo, merece conocer a su hijo.

—Niña. Es niña —sonrió y pensó en Carla.

—Una pequeña que tendrá la mejor madre del mundo —le devolvió el gesto.

Hablaron de muchas cosas más, casi todas de trabajo. Josh le contó mil y una historias que le habían ocurrido en los rodajes. En más de una ocasión se rompió algunos huesos, él era de los que no quería un doble para las escenas peligrosas, ¡a él le encantaban!, pero claro, eso conllevaba un importante riesgo.

Sin haberse dado cuenta, habían llegado al hotel.

—Gracias por el paseo, la verdad es que me ha venido muy bien —agradeció ella con una gran sonrisa.

—El placer ha sido mío, da gusto encontrar a gente como tú, que no se pone nerviosa al estar al lado de gente famosa y que es acosada por periodistas —rio.

—Eso es porque realmente no me conoces... Si no estuviera coladita por Gabriel, me habría lanzado ya a tus brazos —bromeó y soltó una risita.

—Y aunque estuvieras coladita por él... Si yo subiera a tu habitación, nadie tendría por qué enterarse. —Le guiñó un ojo y después la besó en la mejilla, muy cerca de sus labios —. Tengo que marcharme, esta noche te recogeré. —Y con una hilera de blancos dientes se dio media vuelta, dejándola completamente descolocada.

Cuando lo vio montar en el taxi, se despidió de él con la mano, gesto que él le devolvió y entró en el *hall*. Mientras esperaba en el ascensor, recibió una llamada de Ariadna.

—¡Ari! ¡Si te digo lo que me ha pasado ni te lo crees! Te lo cuento enseguida, quizá me quede sin cobertura.

Entró en el elevador y pulsó el botón de su piso, al que subió con rapidez. Cuando llegó a la última planta, sacó del bolso la llave electrónica y abrió la puerta. Una vez dentro, se dejó caer en la cama de espaldas y le contó lo ocurrido con Josh Knight, su actor favorito y amor platónico, omitiendo obviamente el beso que le había dado.

Llegó la gran noche de Myriam. Su madre y la actriz, que habían acudido al hotel donde la diseñadora se alojaba y la ayudaron a ponerse un precioso vestido largo de color rojo con un solo tirante, que iba desde el hombro hasta el escote, todo de pedrería. Tenía una sola manga que dejaba al descubierto el brazo y se ceñía al antebrazo. Todo el conjunto era de seda y gasa. Sus padres la abrazaron con fuerza, deseándole mucha suerte, pues esa sería una buena oportunidad para que todo el mundo la conociera, a ella y su firma. Charlotte estaba casi tan nerviosa como ella y le pidió ayuda para vestirse. Mimi no lo dudó ni un instante. Ambas mujeres se sentían como si fuesen conocidas de toda la vida.

Al salir del hotel, una gran cantidad de periodistas buscaban la mejor instantánea de la actriz, que posó para ellos. Josh, tal y como había prometido, había acudido con su limusina a buscar a Myriam, y los tres se colocaron como auténticos profesionales para ser fotografiados.

La cena fue muy amena y divertida. Ella y la actriz compartían mesa con los actores Josh Knight, Robert Wilson, Antoine Crowel y Peper Collins, quienes se portaron con ella como si fueran sus amigos. Los había encandilado. Estaban totalmente absortos con su historia.

—Amo España —dijo Josh con su acento británico en un perfecto español.

—¿Hablas español? —Mimi se sorprendió.

—Entiendo mejor que hablo.

—¿Y por qué he hablado contigo en inglés todo el rato? —El actor se encogió de hombros con una amplia sonrisa.

—¿De dónde eres? —preguntó Antoine.

—Soy de Madrid, vivo en una pequeña urbanización —respondió ella.

—¡Me encanta Madrid! —Ella sonrió al ver como se esforzaba por comunicarse con

ella—. ¿Vives con tus padres?

—Mis padre fue destinado a Nueva York, vivo con... —de pronto, se calló y sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Eh, ¿qué ocurre? —Josh preguntó en inglés mientras se acercaba a ella y la abrazaba por los hombros, intentando animarla.

Charlotte se asustó al ver a su amiga llorando y la mesa entera la arropó. Myriam les contó lo ocurrido y lo mal que lo estaba pasando por la muerte de su mejor amiga, cosa que les ablandó el corazón. La actriz no pudo evitar echarse a llorar, contagiando a su compañera Peper. Mimi estaba tan triste que Robert y Antoine comenzaron a contar historias graciosas para hacerla sonreír, cosa que consiguieron con facilidad.

Myriam se quedó prendada ante la amabilidad de Josh Knight, que parecía haberle cogido cariño, pues no la dejó sola ni un instante, algo que a ella, sinceramente, no le importó, aunque horas antes hubiera tonteado con ella. Se sentía integrada, al igual que junto al resto de actores. Era una más entre ellos.

—Te pones fea cuando lloras —bromeó Antoine.

—Tanto como tú —le respondió Robert con una cara graciosa, que hizo que Peper y Charlotte no pudieran parar de reír.

—¡Shhh! Nos van a llamar la atención — Josh los regañó, algo que les hizo más gracia todavía.

Tras la cena, llegó la gala en la que entregarían los premios. El encargado de otorgar los ansiados trofeos no era otro que el magnífico John Malvich, quien vestía con un elegante esmoquin.

Ya habían dado todos los premios y tan solo faltaba uno: el de mejor actriz. Charlotte estaba muy nerviosa, pues estaba nominada y no sabía si ganaría o no.

Myriam y sus compañeros la cogieron de la mano, deseándole toda la suerte del mundo.

—Y la ganadora del Oscar a la mejor actriz es... ¡Charlotte Thorn! —dijo con ganas John.

La actriz se levantó muy contenta. Sus compañeros la abrazaron con cariño y Myriam la besó en la mejilla, dándole la enhorabuena.

La mujer subió al escenario a recoger su premio entre una gran ovación de aplausos, silbidos y gritos de felicitación.

—Guau... No puedo creerlo —dijo la actriz con lágrimas en los ojos—. Quisiera daros las gracias por este premio. Llevo años siendo nominada y por fin lo he conseguido. Quiero dedicárselo a alguien muy especial. Alguien que me ha hecho ver la vida desde otra perspectiva, alguien con quien me siento muy identificada. Mimi, este premio va por ti. —Señaló con su preciado premio hacia el público.

Los focos iluminaron a Myriam, que lloraba de alegría. La actriz le pidió que subiese al escenario con ella. Josh, tan galante, la acompañó y la ayudó a subir las escaleras para que no se pisara el largo vestido.

El actor la besó en la mano y después repitió el gesto con Charlotte, a la vez que se inclinaba a modo de reverencia frente a ella.

—Queridos compañeros, os presento a Mimi Rodríguez, es una buena amiga española. Por sus manos corre un gran don. Ella diseñó el precioso vestido que llevo puesto, incluso el que ella luce ahora mismo. —Acarició la barriga de la muchacha—. Este bebé tendrá una mamá muy especial.

Todos los presentes aplaudieron a la muchacha, que se sintió como si ella misma hubiese sido la ganadora de aquel premio. Josh la abrazó con cariño.

Sus compañeros de mesa subieron al escenario a felicitar a su amiga Charlotte por el ansiado premio. Tras finalizar la celebración, Robert los invitó a continuar la fiesta en su fantástica casa, invitación que ninguno rechazó, ni siquiera Myriam.

La casa era magnífica, de dos plantas, completamente de cristal y no tenía cortinas. A Robert no le importaba, pues no tenía ningún vecino que le importunara o cotilleara lo que hacía. Además, se encontraba en un alto risco, construida a gran altura, donde ni siquiera los *paparazzi* se atrevían a subir y molestar. De noche era espléndida, toda llena de luces.

Allí tomaron unas copas, sonrientes. Robert ya iba un poquito contento por el alcohol. Se metió en la gran piscina y se montó en una colchoneta, cuando, de repente, Myriam empezó a notar un dolor terrible en el vientre. Su copa cayó al suelo, haciéndose añicos.

Sus amigos, muy asustados, la socorrieron. Robert, del susto, cayó al agua y nadó rápidamente hasta ella.

Myriam respiraba con dificultad, pues el dolor era insoportable. Antoine llamó a una ambulancia, mientras Josh y Charlotte le daban un poco de aire con unas bandejas que anteriormente habían sostenido unos carísimos canapés.

La ambulancia llegó enseguida y se llevaron a la muchacha al hospital. Charlotte la acompañó y Peper y Antoine llamaron a los padres de la chica para avisarles de lo que había pasado. Robert y Josh no quisieron dejarla y también los acompañaron.

El hospital se convirtió en una guerra entre periodistas, pues habían visto entrar a los actores al centro. Robert y Antoine se encargaron de que los inoportunos reporteros se largaran de allí.

Hicieron varias pruebas a Myriam. Todo estaba bien, tan solo había sido un susto, los nervios que había pasado en la gala le habían pasado factura. Debía quedarse esa noche en el hospital, en observación. Una hora después llegaron sus padres, quienes agradecieron a los actores haber cuidado tan bien a su hija. A partir de ese momento, ellos se quedarían allí con ella, por lo que los demás se marcharon de nuevo a casa de Robert, donde pasarían la noche esperando noticias de Myriam.

A la mañana siguiente, la muchacha fue a la casa del actor, acompañada por sus padres. Sus amigos se tranquilizaron al saber que todo había sido un susto. Había estado a punto de perder al bebé, pero tan solo había sido cosa de los nervios y estrés por la fiesta.

—Mamá, marchaos a casa, yo estoy bien, Charlotte no me deja ni a sol ni a sombra —pidió la diseñadora.

—¿Estás segura? —su madre no tenía ganas de dejarla sola.

—Sí, no os preocupéis. Papá, debes volver al trabajo, no pierdas más tiempo por mí.

—De acuerdo. Cualquier problema que tengas, llámanos —dijo el policía.

Se despidieron de ella, dejándola en manos de aquellos intérpretes tan simpáticos y amables.

—¿Te apetece tomar algo? —ofreció Josh.

—Un refresco no estaría mal —sonrió.

Ambos se dirigieron hacia la cocina, donde Robert había dispuesto sándwiches y bebidas para sus invitados. Desde luego, era un gran anfitrión. Myriam cogió su vaso y dio la espalda al actor, la niña se movía demasiado y, después del susto que había tenido, estaba intranquila, preocupada por si algo iba mal a partir de ese momento.

—Mimi —él le llamó y ella se volvió—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

Dejó su cóctel sobre la mesa y se acercó a ella. Acarició con cariño su mejilla y sin que ella pudiera evitarlo, Josh la besó. De pronto, su móvil sonó. Se apartó unos centímetros y miró la pantalla del teléfono y contestó la importante llamada que había estropeado ese gran momento.

Ella, aún en *shock* por lo que acababa de pasar, huyó de la cocina aprovechando que él miraba a través del gran ventanal. En el pasillo se encontró con Charlotte y Robert.

—Me marcho al hotel, no me encuentro muy bien.

—¿Quieres que te acompañemos? —dijo la rubia.

—No os preocupéis, puedo apañarme sola, pediré un taxi.

—Nada de taxis. —El hombre sacó su móvil y, en un segundo, ya tenía un vehículo privado que la llevaría donde ella quisiera.

No quería seguir en aquella casa, no cerca de Josh. Seguía siendo su actor favorito, su amor platónico y protagonista de algunas de sus fantasías sexuales... Pero estaba enamorada de Gabriel, llevaba a su hija en vientre y no quería que nada de eso cambiase, no iba a dejar que el capricho de un niño rico destruyera su futuro.

Gabriel estaba muy triste porque Mimi no le había escrito contándole qué tal le había ido en la gala de los Oscar, intentó verla en televisión, e incluso a través de internet, pero tuvieron un aviso de un accidente múltiple y estuvieron ocupados toda la noche. Pero enseguida su tristeza se esfumó. Myriam le había llamado por teléfono, avisándole de que en una semana regresaría a España y que necesitaba hablar con él, por lo que le pidió que fuera a buscarla al aeropuerto.

Él pensaba hacerlo, aunque ella no se lo pidiera. Esos días se le iban a hacer totalmente eternos. Deseaba verla, abrazarla, besarla... hacer realidad todas las fantasías con las que llevaba soñando desde que se marchó.

La tenía tan metida en su cabeza y en su corazón que era imposible olvidarla. La quería

con locura. Haberla visto con otro hombre habría sido su peor pesadilla. Él deseaba ser quien la abrazara cada noche, quien le hiciera el amor lentamente, quien la amase hasta el final de sus días... Pero sabía que aquello le costaría tiempo. Antes de marcharse parecía que todo iba bien entre ellos, pero aquella llamada desde Nueva York lo estropeó todo. Maldijo a la actriz por ser la culpable de su tristeza.

Durante esos meses estuvo muy entretenido. Con ayuda de Miguel había conseguido «tunar» la vieja chatarra que tenía como coche. Habían puesto embellecedores de color plata en las puertas y la pintura metalizada. Además, por fin arrancaba sin ningún problema, se conducía estupendamente e incluso alcanzaba bastante velocidad. A pesar de tener un cantoso color morado, le encantaba ese vehículo. Tenía más de veinte años, pero tras un buen arreglo, funcionaba a las mil maravillas.

Cuando Ariadna lo vio se quedó boquiabierta. En su día, había apostado con su hermano a que no sería capaz de terminarlo, pero había perdido la apuesta: le debía doscientos euros.

Aprovecharía ese dinero para pintarlo de color negro.

Al día siguiente, tras la comida, Gabriel jugaba en el jardín con *Baloo* lanzándole un *frisby* cuando vio pasar al cartero. El hombre lo saludó y le entregó un montón de cartas y revistas. Era un señor mayor y, como se trataba del único cartero de la urbanización, se entretenía demasiado en entregar el reparto. Además, como todos lo conocían, se paraban a charlar con él.

Entró en casa mientras revisaba las cartas. La mayoría eran facturas. Otras tantas, publicidad, y había también varias revistas de las que su hermana era suscriptora.

—¡Ari! ¡Ya están aquí tus revistas guarras! —gritó.

Las comprobó una a una y suspiró aliviado. Eran todas de cotilleos. Pero se quedó boquiabierto cuando vio una de las portadas.

Su cara se volvió pálida y sus ojos se abrieron de par en par: allí estaba Mimi, más guapa que nunca, rodeada de un montón de famosos. Llevaba un bonito vestido largo de seda y gasa de color rojo. A su derecha, se encontraba Charlotte Thorn y a su izquierda, el guapísimo actor Josh Knight, que le acariciaban sonrientes una enorme barriga de embarazada.

—¡¡Ariadna!! —gritó Gabriel todo lo alto que pudo.

Su hermana bajó rápidamente, asustada por los gritos.

—¿Qué ocurre? —dijo ella preocupada.

—¿Qué es esto? —Gabriel le mostró la portada y Ari la miró con detenimiento.

—Está preciosa... ¡Y qué suerte! Ha estado con un montón de famosos. La cena seguro que fue estupenda. —Ojeó la revista—. ¡Charlotte ganó el Oscar a la mejor actriz! ¡Bien! ¡Y, por Dios, qué bueno que está Josh Knight!

Pero Gabriel le quitó la revista de muy malos modos y la enseñó la portada, donde le indicó con el dedo la abultada barriga de Myriam.

—Mierda... —tan solo pudo decir ella mientras se tapaba la cara con las manos.

—¿Mierda? ¿Lo sabías? —Ariadna no dijo nada—. ¡Lo sabías! ¡Joder, Ari! ¿Y de quién es?

—Yo... no... ¡Yo no soy quién para decírtelo! —se defendió la muchacha—. Le juré que no te diría nada, ¡y no pienso contártelo! —dijo a punto de echarse a llorar.

De eso era lo que Myriam querría hablarle. Por eso le había pedido que fuese a buscarla al aeropuerto. ¿Y si no era hijo suyo? ¿Y si había acabado en brazos de alguno de los guapos y millonarios actores con los que se codeaba? Estaba hecho un mar de dudas. ¿Le había mentado?

Ahora entendía por qué tardaba tanto en responder a sus *emails*: había encontrado a otro. Con la revista en la mano, subió a su habitación para echarle un vistazo a la revista y ver todas las fotos en las que ella aparecía. Bajo una de las fotos en la que Myriam aparecía junto a la actriz rubia y al lado de otra morena que, si no se equivocaba, era Peper Collins, leyó: —«Charlotte Thorn nos presenta a Mimi Rodríguez, una joven diseñadora de Madrid (España) que ha diseñado el precioso vestido que lleva la artista para la gala en la que ha sido ganadora del premio a la mejor actriz. Desde la redacción damos la enhorabuena a Mimi por su embarazo y porque ha dejado prendado a medio Hollywood con su hermosura, simpatía y arte con las telas».

Era cierto, estaba muy bonita. El embarazo le había cambiado la cara, la veía más madura.

Siguió pasando las páginas y, en otra de las fotos, pudo verla rodeada por dos hombres.

—«Nuestros favoritos: Josh Knight y Robert Wilson abrazan a la joven promesa de la moda. Hay rumores de una relación especial entre ella y Knight». —Miró la foto de al lado en la que Myriam abrazaba al Josh ese con cariño mientras sonreía. Más abajo, había más fotos de ambos juntos en la gala y otra en la que los habían pillado en la puerta del hotel besándose.

¿Sería él el padre? Los celos le carcomían por dentro, por lo que tiró la revista al suelo. Se cambió rápidamente de ropa y bajó corriendo las escaleras, donde a punto estuvo de chocar con su hermana. Ariadna esperaba a que él bajara para disculparse, pero no tuvo ocasión, pues Gabriel pasó de largo.

—¿Dónde vas? —preguntó su hermana al verlo tan enfadado.

—A Nueva York a buscar a mi chica. —Cogió su móvil, llamó a la aerolínea y compró el billete con el primer vuelo que había—. Y a partirle las piernas al imbécil ese.

—¡¿Estás loco?! ¡No sabes siquiera dónde se aloja!

—Yo no, pero tú sí y vas a decírmelo ahora mismo.

—No vas a ir a ningún lado. Tú te quedas aquí hasta que ella vuelva y podáis hablarlo con tranquilidad.

—¿Con tranquilidad dices? ¡Llevo meses sin saber cómo está y de pronto me encuentro con esas fotos tan...! —no terminó la frase, su puño se estampó con fuerza contra la pared.

—No puedes ir en ese estado, Gabi. Si te comportas como un burro, ella te dará calabazas, no debes disgustarla. Por favor...

El chico miró a su hermana, que tenía los ojos vidriosos.

—No te preocupes. Te vienes conmigo.

Entró de nuevo en casa y cogió el bolso de su hermana, donde metió su cartera, y cerró la puerta de un golpe, echando la llave. Tras comprobar que el garaje estuviera cerrado, metió también las llaves en la bolsa y se la entregó a su hermana. En ese mismo momento, el taxi que Ari había pedido llegaba. Se montaron en él y pidieron al conductor que condujese con rapidez, pues faltaban dos horas para que saliera su vuelo.

Las casi nueve horas de viaje se presentaban terribles para él. Estaba muy nervioso y el temblor de su pierna estaba enfureciendo a su hermana. Amargas lágrimas comenzaban a agolparse en sus ojos, impidiéndole ver con claridad. Finalmente, esta le ofreció una de sus pastillas para dormir y ambos se la tomaron, así todo se haría más llevadero y ella no tendría que seguir viendo como su hermano pequeño lloraba por una chica.

Cuando despertaron, el avión comenzaba a descender y la voz de la azafata les indicaba que se pusieran los cinturones.

El Aeropuerto Internacional John F. Kennedy estaba abarrotado de turistas y trabajadores, algo que agobió a los hermanos. Se dirigieron a la ventanilla de alquiler de vehículos y alquilaron una moto. Sabía que a Ariadna le daban miedo, pero ella no rechistó, no quería que su hermano se alterase más de lo que ya estaba. Una vez rellenaron los papeles necesarios, pidieron un GPS para que los llevara directos al hotel donde Myriam se alojaba.

Tras poner la llave en el contacto, ambos montaron en la motocicleta y ella se abrazó con fuerza a la cintura de su hermano. Salió de allí con rapidez, siguiendo las instrucciones del navegador y, a la altura del Brooklyn War Memorial, cerca del puente de Brooklyn, por su derecha apareció un coche que no tenía «ganas» de respetar las señales de tráfico.

El enfermero no pudo hacer nada por evitar el golpe. Los dos vehículos chocaron con fuerza, haciendo que Gabriel saliese disparado por encima del volante de la moto y que cayese bastantes metros más adelante, boca arriba. Ariadna, sin embargo, cayó de lado, rodó varias veces y se incorporó como pudo. Le dolía todo el cuerpo, pero estaba bien, no tenía nada roto. El coche se dio a la fuga, pero a ella le dio tiempo a memorizar la matrícula.

Buscó a su hermano y lo vio a una gran distancia de donde ella se encontraba. Corrió hacia él mientras se desabrochaba su casco y se lo quitaba, dejándolo caer al suelo. No se atrevió a tocar a su hermano por si tenía lesiones graves.

—¡Gabi! ¡Gabi, contéstame! ¿Estás bien? ¡Dime algo!

Marcó el número de emergencias y les contó lo ocurrido.

—Ya viene una ambulancia —dijo ella llorando al ver a su hermano inmóvil.

Gabriel no podía moverse, quería hacerlo, pero le era imposible; le dolía todo el cuerpo.

De pronto, todo se volvió oscuro...

CAPITULO 20

Deseaba verlo, abrazarlo y pedirle disculpas por todo. Cuando decidió tener el bebé por la promesa que le hizo a Carla, no se imaginó lo duro que sería. Su padre no se lo tomó nada bien, incluso la incitó a que abortara, pero su madre no se lo permitió.

Estaba tan contenta por ser abuela que no le importó en absoluto que no hubiera padre. Aunque hubiese sido un lío de una noche, querría a ese nieto o nieta igualmente. Sin embargo, cuando les contó que el padre era Gabriel, su madre se alegró mucho más.

Aun así, a su padre siguió sin hacerle ninguna gracia. Aún seguía tratándola como si tuviese doce años, pero ya era una mujer adulta de casi treinta.

Esperaba en la puerta del hotel a que Robert llegara. El famoso actor le había conseguido una nueva cliente: su hermana Jocelyn. Hacía algo de fresco y se arrebujó en el abrigo, levantó el cuello y se colocó la bufanda. Entonces el bebé le dio una patada.

—Tranquila, cielo, pronto podrás escuchar la voz de papá —dijo mientras acariciaba su abultada tripa.

Se le ocurrió coger su móvil para mirar la hora y se dio cuenta de que lo tenía sin sonido y, además, siete llamadas perdidas de Ariadna.

Con un nudo en la garganta, marcó su número y los tonos sonaron, pero no se lo cogía. Insistió varias veces más y tampoco tuvo suerte.

Lo intentó una cuarta vez, aún más preocupada.

—¿Ari? —preguntó Myriam.

—Mimi, por Dios, ¡por fin consigo hablar contigo! N-no quiero asustarte, pero estoy con Gabi en el hospital.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, no es nada. ¿Te importa venir al hospital? Estamos en el Brooklyn Hospital Center.

—¿Estáis en Nueva York?! ¡Pero...! —No podía creer lo que escuchaba.

—Ven, por favor...

—Ahora mismo voy.

Sin molestarse en avisar a Robert de su desplante, buscó un taxi. Para su desgracia, comenzó a llover a mares. La muchacha no tenía paraguas y empezó a empaparse. Todos los taxis estaban ocupados y ella notó como el frío se colaba por cada rincón de su cuerpo. El agua le caló hasta los huesos.

Una mujer que entraba en el hotel la vio y se acercó a ella con un paraguas.

—Cielo, ¡estás empapada! Te vas a constipar. —Se asombró por el tamaño de su barriga y se santiguó—. ¡Alma de cántaro! Cielo, ven, monta en mi coche, te llevaré

donde quieras.

—¿En serio? —La mujer asintió—. ¿Podría llevarme al hospital de Brooklyn? Tengo un familiar al que acaban de ingresar.

—Por supuesto, cielo. Sígueme.

Myriam se lo agradeció de corazón. Corrieron al coche y se sentó sobre su chaqueta, que se la había quitado y dado la vuelta para no mojar el asiento.

La mujer, mientras se sentaba en el asiento del conductor, llamó a su familiar y le avisó de que tardaría un rato en subir a la habitación, pues iba a llevar a la muchacha al hospital.

Tras llegar al centro, Myriam le dio a la mujer cien dólares por las molestias, que esta no aceptó, aunque, finalmente, lo tuvo que hacer, pues Mimi se los dejó en el asiento.

Ariadna había salido a recogerla y se sorprendió al verla empapada. La llevó a la sala de descanso y la obligó a sentarse. No pudo sonsacarle nada a su ayudante, aunque la vio demasiado nerviosa, pero no tanto como lo estaba ella. Sentía su corazón latir a mil por hora y el bebé se movía inquieto.

—Por favor, Ari, dime qué ocurre, no me asustes... —le pidió Myriam cogiéndola de las manos.

—Hemos tenido un accidente con la moto...

—¿¿Qué?! —Myriam tuvo que agarrarse a ella—. ¿Estás bien? —Miró con detenimiento el cuerpo de su amiga—. ¿Y Gabriel?

—No me han dicho nada más. Sé que está en el quirófano... Creo que se ha roto algo.

—¡Por Dios, Ari! ¡Trabajas en un hospital! ¡Haz algo!

—Ya lo he intentado, pero ni siquiera me han dejado entrar para preguntar...

Ariadna la llevó a la sala de espera de urgencias y se sentaron en las cómodas sillas que allí había. A la muchacha le gustaba ese hospital porque era muy moderno y confortable, no como el resto de centros médicos con esos horribles, duros e incomodísimos asientos, donde las horas de espera se hacían mucho más angustiosas.

Ari le tocó la barriga y le preguntó por su semana, intentando calmar así a Myriam y, de paso, ocultar su más que visible nerviosismo.

Después, se acercó a la máquina y pidió un chocolate para Mimi y un café bien cargado para ella, pues lo necesitaba.

—¿Q-qué pasó? —preguntó Mimi, pero enseguida se arrepintió al sentir sus ojos humedecerse. No quería llorar delante de Ari.

—Un coche se saltó el stop y golpeó con fuerza la moto. Gabriel salió disparado unos metros, lejos del lugar del accidente. Gracias a Dios, yo solo di unas vueltas. Llamé a emergencias y vi como perdía el conocimiento. En principio, no vi nada grave, excepto la pierna rota... —le contó su amiga.

Las muchachas se sentaron de nuevo en las sillas y apuraron sus bebidas.

—¿Cómo la llamarás? —le preguntó Ariadna, viendo la tristeza en sus ojos.

—Le prometí a Carla que tendría el bebé. Es una niña y qué mejor que llamarla como ella.

—Es un nombre precioso. Seguro que a Gabi también le encanta.

Ariadna sacó la revista de su bolso y se la enseñó.

—Gabi vio tus fotos. La verdad es que estabas preciosa. ¡Y qué envidia me has dado con tantos famosos! ¿Cómo es Josh Knight? ¿Está tan bueno en persona como en las películas?

Myriam sonrió ante tales preguntas.

—Robert está como una verdadera cabra. También conocí a Peper Collins. Es majísima. Peper me ha pedido un vestido para una celebración familiar —dijo sonriente.

Ari se dio cuenta de que había omitido cualquier respuesta a sus preguntas sobre el atractivo actor.

—¿Sabes? Me da la impresión de que Gabi cree que el hijo es de Josh. Sales muy acaramelada con él...

—Estos malditos paparazzis... Siempre tergiversando tanto las palabras como las imágenes... ¡Ya me hubiera gustado que se hubiese enamorado de mí! —¿Por qué decía eso? No era cierto que lo deseara. Quizá por una milésima de segundo lo pensó, pero, desde luego, ya no sentía lo mismo por él—. Pero yo quiero a tu hermano.

De repente, salió un médico por la puerta de la sala.

—¿Familiares de Gabriel López? —preguntó el joven doctor.

Ambas se levantaron y se acercaron a él.

—Soy su hermana —respondió Ari.

—Acompáñeme, por favor. Le ruego que espere aquí unos minutos —le ordenó a Myriam, que se volvió a sentar muy nerviosa.

La media hora que Ari llevaba con el médico fue eterna para Mimi. Comenzaba a ponerse histérica, tanto que comenzó a notar las patadas de su bebé. Se acarició la barriga y empezó a tararear su canción favorita, haciendo que Carla se calmara poco a poco. Estaba tan inquieta como su madre.

No se dio cuenta de cuando la puerta se abrió y salió Ariadna. Se acercó a ella y Myriam alzó la mirada. Se levantó rápidamente.

—¿C-cómo está? —preguntó a duras penas.

—Está sedado. Se dio un golpe tan fuerte en la cabeza que su casco se rompió, pero gracias a Dios no ha sido nada grave. Tiene la pierna derecha y varias costillas rotas. No le quedará ningún tipo de secuela —le explicó mientras se secaba las lágrimas con un kleenex. Estaba feliz; su hermano seguía con vida.

Su corazón volvió a latir de nuevo. Había temido lo peor, pero, por suerte, sus malos pensamientos no se habían hecho realidad.

Las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos negros mientras su corazón palpitaba a mil

por hora. Quería verle. Necesitaba verle. No podía creer las palabras de Ariadna hasta que no lo comprobara por ella misma.

A punto estuvo de caerse, pero, por fortuna, Ari la agarró a tiempo. La ayudó, cogiéndola de la cintura, a entrar en la habitación de la UCI donde Gabriel se recuperaba de la anestesia.

Allí lo vio, entubado, con muchos cables enchufados al pecho y catéteres en sus brazos que le administraban calmantes.

Cuando Ari la acompañó al borde de la cama, esta tuvo que apartar la mirada. Le dolía tanto ver así a su hermano que a punto estuvo de sentir que se desmayaba, por lo que, tras disculparse con Myriam, la dejó sola con Gabriel.

Una enfermera irrumpió en la habitación. Comprobó las constantes del chico y las apuntó en el historial.

—No puedes estar aquí —le dijo la mujer a Myriam.

—Por favor, déjeme unos minutos...

Esta, al ver que Mimi se acariciaba la barriga, sintió mucha pena y el remordimiento la carcomió. Al final, se compadeció de ella y le permitió quedarse cinco minutos. Myriam se lo agradeció con una sonrisa. La enfermera se marchó y los dejó solos.

La chica tomó la fría mano del muchacho y la acarició. No pudo evitar derramar las saladas lágrimas que luchaba por contener. Aquella imagen le recordó tanto al momento en el que Carla había fallecido que las piernas le flaquearon y cayó de rodillas, sin soltar la mano de él.

Lloró desconsoladamente sobre el colchón, apoyando la cabeza en su brazo. Con la otra mano se acariciaba la barriga, intentando controlar el nerviosismo que en ese instante tenía.

Se puso en pie como pudo y se acercó más a él. Le acarició la mejilla y le apartó el pelo de los ojos. A pesar del lamentable aspecto que mostraba, le seguía pareciendo el hombre más sexy sobre la faz de la Tierra. Era el hombre al que amaba.

—Gabi, amor mío... —dijo secándose las lágrimas con la mano libre mientras la otra seguía sujetando la del chico—. Ya estoy aquí, a tu lado. Te he echado muchísimo de menos... Quiero disculparme por haberte tenido tan abandonado, pero han sido unos meses un poco extraños...

Se sentó en el borde de la cama y apoyó la mano de él sobre su barriga.

—Tienes que conocer a Carla..., tu hija...

Al sentir el contacto de la fría mano de Gabriel sobre su tripa, el bebé dio una patada.

—Cielo, es papá. Ahora no puede hablarte, pero lo hará muy pronto. —Se agachó y le besó en la mano—. Porque papá es muy fuerte y valiente y despertará enseguida para conocerte —dijo dirigiéndose al muchacho mientras le acariciaba de nuevo.

Se acercó un poco más a su cara y observó el monitor en el que podía ver los gráficos que marcaban los latidos de su corazón.

Posó la mano de Gabi sobre su mejilla, imaginándose que era él quien la acariciaba. En ese momento, el chico abrió los ojos. Parpadeó varias veces, pues no podía creer que ella estuviera ahí con él.

—Hola, Gabriel. —Ella sonrió feliz.

—¿Mimi? ¿Qué ha pasado? —Se quitó la máscara de oxígeno.

—Habéis tenido un accidente con la moto.

—¿Dónde está Ari?!

—Tranquilo, está bien, te está esperando fuera.

Intentó incorporarse, pero un fuerte dolor en el pecho se lo impidió.

—No te muevas, tienes varias costillas rotas, si lo haces, te dolerá más.

—Vine a buscarte.

—Lo sé.

—¿Por qué me has mentado? —soltó directo.

—Yo...

—Te vi con ese actor, Josh. ¿Te acostaste con él? ¿Es hijo suyo?

—¡Dios, no! Gabi, solo te quiero a ti. No. No me interrumpas —dijo al ver que él abría la boca—. No hay momento en el que no piense en ti... Siempre he estado enamorada, desde la primera vez que te vi. Bueno, en realidad, la primera vez que vi a ese chico de pelo largo y desaliñado y unas enormes gafas de pasta, al más puro estilo Clark Kent. —Le acarició el cabello—. Cualquier motivo para verte era para mí lo mejor del día. Que me mostrara borde contigo era una forma de llamar tu atención... Richi y tu hermana me ayudaron a engañarte, queríamos saber exactamente qué sentías por mí y lo conseguimos. Siempre he sido una cabra loca y todo esto me superaba, me estaba enamorando como una colegiala... —Comenzó a llorar—. Te amo, Gabi. Te amo desde lo más profundo de mi alma.

Esperó una respuesta, pero él ni pestañeó.

—Estuve meses sin saber nada de ti.

—Lo sé, y quiero pedirte perdón por ello. Pensé mil y una veces en abortar y regresar contigo, pero no pude deshacerme de ella. Sentirla dentro de mí me hizo feliz.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podía haber venido a verte... Pero no mientas, sé que has tenido algo con ese idiota.

—No te negaré que él quiso que ocurriese algo entre nosotros, pero no pasó nada, te lo juro. Vamos, Gabi, no me dejes tú también. Sola no podré salir adelante con la niña... Necesita un padre. Su padre. A ti...

Silencio. Gabriel apartó la mirada y soltó su mano.

La enfermera que le había dejado pasar entró para pedirle que, por favor, dejase descansar al paciente. Inmediatamente, esta salió. La muchacha, a regañadientes, se bajó

de la cama.

De pronto, el chico la aferró del brazo.

—Ya hablaremos más tarde —aunque parecía una orden, más bien era un ruego.

Mimi asintió, pero, de pronto, se agarró la abultada barriga, gritó de dolor y cayó de rodillas.

—¿Mimi? ¿Qué te ocurre? —Gabi se preocupó.

Y su preocupación aumentó al ver algunas gotas de sangre que manchaban el suelo.

—¡Mimi!

El chico, con un fuerte dolor en el cuerpo se puso en pie como pudo, apoyándose en la pierna buena y se dejó caer al suelo al lado de la chica.

—¡¡Enfermera!! —gritó con fuerza en inglés mientras se arrastraba hacia Myriam. La celadora que dejó pasar a la diseñadora entró asustada y, al ver aquella escena, fue en busca de ayuda.

Entre dos compañeros levantaron a Gabriel y lo subieron a la cama mientras otros dos se llevaban a Mimi lejos de él. Con el corazón a punto de salirse del pecho, rezaba a Dios que no le ocurriera nada a la mujer que amaba.

Se estaba quedando sin uñas. Llevaban tres horas allí esperando, sin noticias. Ariadna se hallaba sentada a su lado y también estaba de los nervios. El tembleque de su pierna le estaba poniendo de muy mal humor.

—¿Puedes estarte quietecita un rato? —le dijo a su hermana de malos modos.

—Lo siento... —Dejó de temblar—. Gabi..., ¿qué vas a hacer?

Pero él no respondió. Realmente, no sabía qué quería hacer. Puso los codos sobre sus rodillas y apoyó el mentón en sus puños cerrados. Sentía el corazón palpar a mil por hora, como si quisiera salirse del pecho. Justo en ese momento, la doctora que había atendido a Myriam salió de la habitación.

—¿Sois familiares de la señorita Rodríguez? —preguntó esta.

—Sí. —Gabi se incorporó—. ¿Cómo está?

—Puedes entrar a verla —le dedicó una sonrisa.

El chico miró a su hermana, que se puso en pie y empujó la silla de ruedas hasta el interior de la estancia. Allí estaba Mimi, sentada en la butaca y mirando hacia la ventana. No se había dado cuenta de que habían entrado hasta que se acercaron a ella.

—¿Mimi?

Al reconocer la voz de Gabriel se giró y se puso en pie agarrándose la barriga. El chico suspiró aliviado al ver que ambas estaban bien.

—Siento haberos asustado —se disculpó ella.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Ari.

—Los nervios... No son buenos para los embarazos —sonrió.

—Bueno... Yo me voy, tenéis mucho de qué hablar.

Ariadna dejó «aparcado» a su hermano frente a su amiga y salió de la habitación, dándoles algo de intimidad.

Pero ninguno de los dos habló. No durante unos minutos. Ella le miró, pero Gabriel apartó la mirada.

—Gabi...

—No quiero escuchar más excusas, Myriam —respondió con seriedad.

—No voy a disculparme. Ya dije cuanto tenía que decir.

—Desde que te metí en la sala de descanso del hospital, he sido feliz, y tengo un problema. Me invade el temor de... decepcionarte, de que nuestra relación pueda terminar, que no seas feliz a mi lado, que algo pueda ocurrirte; miedo a que me dejes de querer por otro... O que no llegues a amarme como yo te amo a ti...

—Gabi... —Las lágrimas se agolparon en sus ojos y rodaron por sus mejillas—. Eres cuanto he deseado durante toda mi vida, un príncipe azul que ha rescatado a la princesa de vivir en soledad. No quiero seguir separada ni un solo instante de ti.

—Ni yo de ti.

—Entonces..., ¿me perdonas por haber cometido el grave error de no haberte contado que vas a ser papá? —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Eso me va a costar mucho poder olvidarlo, pero... mi enfado disminuirá si...

—¿Si qué?

—Si... —la cogió de las manos— me prometes no volver a alejarte de mí.

Pero Myriam no respondió. Colocó los largos dedos de Gabriel sobre su barriga y lo besó con ganas. Carla dio una patada para que su padre se diera cuenta de que ella también le daba la bienvenida a su vida.

EPÍLOGO

—Tranquila, inspira, espira. Si no te calmas, te dolerá mucho más —dijo la matrona.

Ariadna no podía aguantarlo. Aquello era horrible. Había tanta sangre que pensaba que se desmayaría, pero no podía hacerlo, tenía que seguir consciente. Agarró su mano con fuerza. No pensaba dejarla sola en aquel momento.

—Mimi, cielo, haz caso a la experta.

—¿¿Qué te crees que intento?! —gritó a su amiga, respirando con rapidez.

—Tranquila, verás como en unos minutos todo esto habrá acabado —le prometió la enfermera.

—Dios, Mimi, no voy a dejar que Miguel me haga pasar por esto, te lo juro.

—¿Ni se te ocurra! —Y chilló de dolor mientras empujaba, deseando que aquello acabase ya.

—Eso es, Myriam, empuja, ya está a punto de salir —comentó el ginecólogo.

—¡¡Abrid paso!! —vociferó Miguel corriendo por los pasillos. Llegaba tarde al paritorio. Myriam y Ariadna lo matarían si no estaba allí a tiempo. Una mujer a punto de dar a luz no era un buen enemigo.

Iba a toda velocidad empujando la silla de ruedas de Gabriel, se habían entretenido demasiado.

—Creo que, si no te das más prisa, no llegaremos ni en un millón de años... —le dijo a su amigo, cachondeándose de él.

Miguel le hizo burla sin que él se diera cuenta.

La puerta del paritorio donde Myriam estaba dando a luz se abrió de repente. Miguel entró de espaldas, abriendo la puerta con el trasero.

—¡¡Dejadme pasar!!

—¡Ya era hora! —gritó Ariadna.

—¡Dejad paso! ¡Mi hija está a punto de nacer!

—¡¡Gabriel!! ¡Te juro que jamás volverás a tocarme! ¡No volverás a dejarme embarazada y a hacerme pasar por esto!

Gabriel aún seguía ingresado en el hospital de Brooklyn. Hubo complicaciones en la operación de la pierna que se rompió (tuvieron que intervenirle dos veces) y no podía andar. Estaba en incesante rehabilitación, de la que comenzaba a ver resultados.

Al principio no sentía la pierna, pero, tras el tratamiento (generosamente abonado por

los famosos y millonarios amigos de su chica), había conseguido notarla, aunque todavía no era capaz de erguirse apoyando los dos pies. Richi y Miguel pidieron vacaciones para la misma semana en que Mimi salía de cuentas, mientras que Ariadna había pedido una excedencia de un año, y allí se encontraban, junto a su amiga.

Sin ayuda, Gabriel movió la silla de ruedas hasta ponerse lo más cerca posible de Myriam, que en esos momentos lo miraba con odio.

Él la agarró de la mano y no supo en qué lío se había metido cuando comprobó la fuerza que podía tener una mujer dando a luz. Con cada contracción, Myriam gritaba y apretaba su mano.

—¡Joder, Mimi! ¿De dónde coño sacáis tanta fuerza las mujeres? —se quejó.

Ariadna, que estaba a su lado, le dio una buena colleja a su hermano.

—¡La leche! ¡Estoy rodeado de mujeres con mala uva! —dijo Gabriel, haciendo que todos, incluidos médicos y enfermeros, se rieran ante el comentario del chico.

Incluso sonsacó una dolorosa sonrisa a Myriam.

—Empuja, Myriam, ¡que la nena ya está aquí! Con un solo empujón la tendremos fuera —la animó la matrona.

Y ella le hizo caso. Apretó con tanta fuerza que Gabriel puso los ojos en blanco y se mordió el puño, intentando aguantar el dolor que sentía en la otra mano.

El sufrimiento que ella padecía era insoportable. El bebé tenía tantas ganas de salir que no les había dado tiempo siquiera a ponerle la epidural a la muchacha. Estaba tan dilatada que casi se veía la cabeza cuando llegaron al hospital.

Y entonces se oyó un llanto...

—Enhorabuena, papás —dijo la matrona que, tras limpiar al bebé y valorar que se encontraba perfecta, se la entregó al padre.

Gabriel se sentía el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra. Tener en brazos a la criatura a la que él había ayudado a dar la vida le hizo llorar de alegría.

Ariadna besó a su hermano y después a su amiga, dándoles la enhorabuena. Miguel se limpió las lágrimas con la manga del jersey. Nunca había tenido la suerte de asistir a un parto y le pareció el momento más alucinante de un nacimiento: el instante en el que el bebé conoce por primera vez a sus padres.

Ariadna abrazó y besó a su chico.

Miguel ayudó a su amigo a darle el bebé a Myriam, que lloraba de felicidad. Deseaba besar a su niña después de tanto tiempo.

—Hola, Carla, bienvenida al mundo. Eres la niña más bonita del universo —dijo su madre mientras la enfermera la ayudaba a colocar al bebé sobre su pecho.

Horas después, mamá e hija estaban en su habitación. Cada paciente tenía su propia sala, por lo que no se preocuparon en si molestaban a alguien. Charlotte y Jeremy, su

agente, habían acudido inmediatamente a ver a la chica y a la recién nacida. Ari estaba alucinada por lo guapa que era en persona. La actriz tenía en brazos al bebé y lo acunaba con cariño.

En ese momento llamaron a la puerta; Robert y Josh aparecieron tras ella con un gran ramo de rosas blancas y una enorme cesta con regalitos para la criatura. Ambos le dieron la enhorabuena y Josh, con un fuerte abrazo, se disculpó por lo que había hecho tiempo atrás. Ella le regaló una sonrisa a modo de respuesta.

—Os quiero presentar a Gabriel, el papá de Carla. —Los rivales se estrecharon la mano con fuerza, intentando demostrar quién era el que mandaba.

Ariadna sonrió al ver la cara de celos de su hermano. Estaba muy contenta. Sí, era cierto que había jurado que no permitiría que Miguel le hiciese pasar por eso, pero era tan feliz que pudo imaginarse a sí misma abrazando a su propio hijo.

—Miguel, quiero un bebé... —Su chico la miró con una ceja levantada—. Pero...

—¿Pero qué? —dijo él.

—¿Te casarías conmigo?

La boca de Miguel se abrió. Estaba alucinando. Los visitantes rieron ante tal proposición.

—Miguel, ¿no le dices nada? —le recriminó Mimi.

El muchacho reaccionó tras un pellizco que su amigo le dio en la pierna.

—¡Joder, Gabi! —dijo frotándosela.

Ariadna puso mala cara mientras se cruzaba de brazos y lo miraba enfadada por no responderle.

—Esto... ¡Claro que me casaré contigo, so boba! —dijo abrazándola y besándola.

Todos los felicitaron. Gabriel estaba muy contento, ¿quién mejor que su mejor amigo para ser su cuñado? Ya les gustaría a muchos que les ocurriese algo así.

—¡Eeeeh! Esperaaaaaaaaaaaaad —dijo Gabriel, intentando calmar el ambiente. Cuando consiguió silencio, continuó hablando—: A ver, creo que tengo algo que decir yo también ante tal petición, ¿no? —dijo muy serio.

Se asió a los brazos de la silla de ruedas y, con fuerza, se puso de pie, dejando caer el peso en la pierna buena. Enseguida, apoyó la otra pierna y dio un par de pasos hacia la camilla donde Myriam descansaba. Tuvo que agarrarse a la cama, pues aún le dolía demasiado, por lo que eso era un gran logro.

Myriam no dejaba de sonreír.

Entonces Gabriel, aferrado a la camilla, se agachó e hincó una rodilla en el suelo, sacando de su bolsillo una cajita de terciopelo rojo.

—Mimi Rodríguez, ¿harías el favor de casarte con este idiota que te ama con todo su corazón? —dijo mientras abría el regalo, mostrando un bonito anillo de oro blanco bastante ancho, con grabados de estrellas y unos diamantes lilas.

Ariadna se tapó la boca con las manos, procurando no gritar de emoción. Miguel sonrió. Por fin, su amigo había dado el gran paso.

Charlotte, que había dejado al bebé en su cunita, aplaudió feliz. ¡Le encantaban las bodas! Tanto o más que a Robert, que lo veía como la ocasión de pillarse una buena cogorza. Sin embargo, a Josh no le hizo tanta gracia, pero finalmente, contagiado por la alegría de todos, sonrió.

Richi no estaba atento a lo que acababa de pasar, tan solo tenía ojos para la actriz. Cupido acababa de clavarle una de sus flechas hasta lo más hondo de su corazón. Charlotte se dio cuenta de que el policía la observaba de una forma en la que nadie lo había hecho. Se fijó en lo mono que era, en su pelo rojo y sus divertidas pecas, pero lo que más le gustó fueron sus ojos esmeralda. Sonriente, le guiñó un ojo.

Se sintió repentina y profundamente atraída hacia él en cuanto le sonrió. Sin que ninguno se diera cuenta, cogió de la mano al pelirrojo y juntos salieron de la habitación. Ambos iban a aprovechar (y muy bien aprovechado) el baño de mujeres ahora que la atención de todos se centraba en la niña.

Myriam no podía creer lo que estaba pasando. Jamás había pensado en matrimonio. Bueno, en realidad, tampoco había considerado nunca tener un hijo, hasta ese momento.

—¿Y me lo pides así, sin darme ni siquiera un beso? —dijo ella fingiendo enfado.

Gabriel se puso en pie con ayuda de Ariadna y Miguel. Se inclinó hacia ella y la besó dulcemente.

—Cásate conmigo —le pidió nuevamente, volviéndola a besar, y también a su hija, que había regresado a los brazos de su madre.

—Te va a costar mucho convencerme. Y creo que no te será nada fácil, pues te lo pienso poner muy, muy complicado, y puede que no lo consigas —le dijo con picardía al oído.

Él la besó otra vez mientras acariciaba la suave piel de su niña. No podía ser más feliz.

—Señor enfermero —susurró para que solo él pudiera oírle—, tengo una grave enfermedad... Tengo una emergencia de amor. No se acerque mucho a mí, creo que podría contagiarle...

—Correré el riesgo, princesa.

FIN

NOTAS

- (1) DESA. Desfibrilador externo semiautomático.
- (2) Autolítico. Quien se auto provoca daño intencionadamente, en este caso, un posible suicida.
- (3) Box Vital. Antes de entrar a quirófano, pasan por el vital, para estabilizar al paciente.
- (4) Puntos de aproximación. Son más conocidos como puntos americanos, esos de pegatina que te ponen cuando te haces una herida al caerte de la bicicleta.

DICEN DE LA NOVELA

Tierna, pasional y divertida. Una historia de amor que reúne todos los ingredientes para que no puedas dejar de leer.

Olivia Monterrey, autora de “Invierno”.

Fui una de las pocas afortunadas de poder leer Emergencia de amor antes de ser publicada. Desde el primer momento me cautivó la personalidad de la joven Mimi antes de adentrarse de lleno en el mundo de la alta costura y de la novela en sí. De Gabriel, mejor no hablo, solo os diré que muchas después de leeros el libro lo identificaréis como vuestro chico perfecto. Laura, a mi entender, ha conseguido con esta novela una maduración increíble como escritora, superándose a sí misma. Ha logrado salir de sobras airosa de conjuntar dos mundos tan diferentes como el de la moda y el sanitario (se nota a la legua que la chica se informó de ambos temas para escribir el libro). Es una historia sobre todo romántica, con unos personajes con unas historias tan profundas que emocionan desde el primer párrafo, y un final que me hizo llorar.

Cristina Calahorro Zafra, lectora.

Emergencia de amor es una novela que te engancha desde el principio. No puedes dejar de leerla. Pero sobre todo, te envuelve de una manera que te atrapa y hace que solo exista esta magnífica historia. Es fácil ponerte en la piel de los protagonistas. Dan ganas de encontrar un enfermero así y q te cuiden como lo hace Gabriel. Solo puedo decir que gracias por regalarnos una historia tan increíble.

Mari Lozano, lectora.

Dulce, sencilla y refrescante. Con un ritmo ágil y absorbente, Emergencia de amor nos sumerge en una tierna y apasionante historia de amor, con unos personajes bien contruidos y una trama muy bien hilachada. Espontánea y con mucho sentido del humor, esta novela es un soplo de aire fresco que complacerá a los más exigentes paladares románticos. Y es que... ¿quién puede resistirse al encanto de un sexy y apuesto enfermero capaz de curar hasta los corazones más maltrechos?

Elizabeth Valenzuela, lectora.

Es una brisa de aire fresco, es dulce, alegre, salvaje. Los personajes te enganchan desde el minuto cero, te hacen cómplice. ¡¡¡A mí me ha encantado!!! Y deseando que vea la luz para ocupar un lugar en mi biblioteca.

Aida Pazos, lectora.

Una historia que a cualquier mujer le gustaría vivir: ser una triunfadora en lo que más le gusta, y ser amada como si no hubiera un mañana... Una historia con humor, intriga, pasión, amor... Recomendable 100% a las más soñadoras.

Cristina Campos, lectora.

Ágil, sexy, amena, divertida... Si tuvierais un vecino como Gabriel, creedme, también tendríais una Emergencia de amor.

Virginia Sobreira, lectora y blogger.

LA AUTORA

Cuenta la leyenda, que en 1984, nació en Madrid una alocada niña morena y ojos negros, cuya infancia siempre ha estado marcada con manualidades y dibujos.

Descubrió su verdadero poder al darse cuenta de cuánto le gustaba inventarse historias con su hermana pequeña.

Esta amante de la magia, el terror y la fantasía, ha creado varias novelas y relatos, ganando incluso algunos concursos.

Es autora de “La Profecía” y partícipe en las antologías “Ilusionaria 2” (organizada por Juande Garduño), “Mística” (organizada por la fotógrafa Mara Hernández), “150 Rosas” (Divalentis), “Catorce Lunas” (Ediciones Kiwi), “Amentia” (organizada por Marcos Llemes y Misha Baker) y otras tantas que pronto verán la luz, además de creadora y administradora del blog literario “La Caja de Pandora”.

Algunos de sus relatos han sido publicados en diversas revistas digitales, como Imaginarios, Artesomos, MiNatura, Romántica’s, Pandora Magazine o Ultratumba.

También ha participado como jurado en diversos concursos literarios, como en “To Be Continued”, organizado por Roca Editorial o en el IV Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas.

Inmersa en diversos proyectos literarios, no pierde la ilusión de hacer sus sueños realidad, entre ellos, publicar en próximas fechas con la editorial Divalentis y sacar a la venta sus novelas a través de Amazon.

Blog literario: www.lacajamagicadepandora.com

Web personal: lauramoralestejeda.wix.com/autora